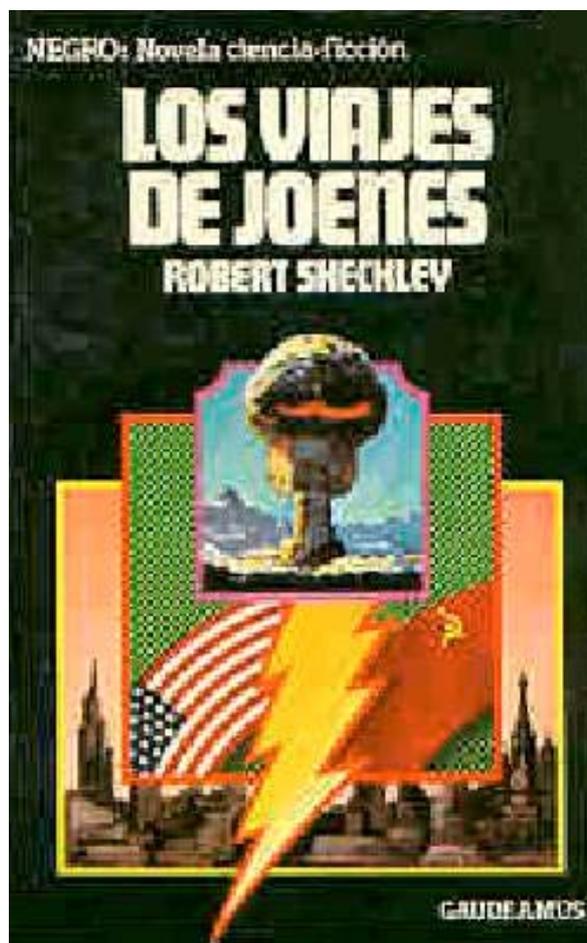


LOS VIAJES DE JOENES



Robert Sheckley

Titulo original: The Journey of Joenes

Traducción: Sebastián Castro

© 1962 by Robert Sheckley

© 1977 Ediciones Acervo

Julio Verne 5 - Barcelona

ISBN: 84-7002-212-1

Edición digital de Umbriel

R6 12/02

*Para Ziva, para Ruth Bornes,
y especialmente para Bill Bornes*

Introducción

El fabuloso mundo de Joenes desapareció hace más de un milenio. Sabemos que los Viajes de Joenes comenzaron alrededor del año 2000, y terminaron en nuestra era. Sabemos también que la época en que se produjeron estos Viajes era notable por sus civilizaciones industriales. La articulación mecánica que caracteriza el siglo xxi dio nacimiento a un buen número de extrañas realizaciones, ignoradas del lector moderno. De todos modos, casi todos nosotros hemos tenido ocasión de aprender, en uno u otro momento, lo que los ancianos entendían por «misil teledirigido» o por «bomba atómica». Algunas de estas creaciones fantásticas pueden verse todavía en algunos de nuestros museos.

En cuanto a Joenes, es cierto que existió realmente; pero carecemos de medios para verificar la autenticidad de todas las historias que a él se refieren. Sin embargo, incluso aquellas que son consideradas como alegóricas siguen siendo representativas del clima y del espíritu de aquella época.

Así pues, en esta obra hallarán ustedes reunidos un cierto número de relatos que evocan al gran viajero Joenes y a su maravilloso y trágico siglo. Entre estos relatos, algunos tienen por base documentos escritos, pero la mayor parte de ellos no poseen otra fuente que la tradición oral y han llegado hasta nosotros gracias a los narradores que los transmitían de una a otra generación.

Aparte esta obra, existe tan sólo una relación escrita de los Viajes: la de los Cuentos Fijianos, publicados recientemente, y en los que, por razones evidentes, el papel de Joenes es presentado como secundario en relación con el de su amigo Lum. Esta actitud es enteramente contraria al espíritu de los Viajes y al propio contenido de los relatos. Es por esta razón precisamente por la que hemos sentido la necesidad de componer este libro, a fin de que el conjunto de las Historias de Joenes sea transcrito fielmente en su totalidad y preservado para las futuras generaciones.

Este volumen contiene pues todos los textos relativos a Joenes escritos en el siglo XXI. Estos son: «Encuentro de Lum y Joenes», del Libro de las Fiji, Edición Ortodoxa, y «Cómo Lum se unió al Ejército», también del Libro de las Fiji, Edición Ortodoxa.

Todas las demás historias pertenecen a la tradición oral; tienen por origen a Joenes o a sus discípulos, y son transmitidas de una a otra generación. El presente libro es la transcripción exacta de las palabras de nuestros más célebres narradores modernos; respeta hasta sus más ínfimos detalles sus puntos de vista, sus idiosincrasias, sus conclusiones, sus particularidades estilísticas, sus comentarios respectivos. Debemos dar las gracias a todos esos narradores por su amabilidad en autorizarnos a transcribir sus relatos. Esos hombres son:

Ma'aoa de Samoa
Maubingi de Tahití
Paauí de las Fiji
Pelui de la Isla de Pascua
Teleu de Huahine

Hemos escogido los relatos o grupos de relatos por los cuales esas personas son más aclamadas. Su nombre se cita al inicio de cada historia. Y presentamos nuestras disculpas a todos los excelentes narradores a los que no hemos podido incluir en este volumen, y cuyas contribuciones deberán aguardar la compilación de un Variorum Joenes.

Para facilitar la lectura, estas historias son presentadas por orden cronológico, como los distintos capítulos de un relato, con un principio, una mitad y un fin. Pero el lector no

puede esperar una narración armoniosa y racionalmente ordenada. Naturalmente, hubiéramos podido darle una continuidad añadiendo aquí, cortando allá, imponiendo al conjunto nuestro propio sentido del orden y del estilo. Pero hemos preferido dejar los relatos en su estado original, a fin de darle al lector los Viajes completos en toda su integridad. Nos ha parecido que era hacerles justicia a los narradores, y el único medio de relatar toda la verdad acerca de Joenes, las gentes con que se encontró y el mundo extraño por el que viajó.

Así pues, hemos respetado las palabras exactas de los narradores y copiado las dos narraciones escritas, sin inventar nada ni añadir comentarios de nuestra propia cosecha. Nuestra única iniciativa se halla en el último capítulo, en el que narramos cómo fue el final del Viaje.

Ahora, lector, le invitamos a conocer a Joenes, y a viajar en su compañía a través de los últimos años del antiguo mundo y los primeros años del nuevo.

1. Joenes emprende sus viajes (según la narración de Maubingi de Tahiti)

Nuestro héroe, Joenes, vivía en una pequeña isla del Océano Pacífico, un atolón situado a trescientos kilómetros al este de Tahití. Esta isla se llamaba Manituatua, y tenía tan solo tres kilómetros de largo por algunos cientos de metros de ancho. La rodeaba un arrecife de coral, y más allá de este arrecife se hallaba la inmensidad azul del Pacífico. Los padres de Joenes habían acudido desde su América natal a instalarse en aquella isla, donde quedaron a cargo del equipo que proporcionaba electricidad a casi todo el este de la Polinesia.

Cuando la madre de Joenes murió, su padre continuó solo; y cuando murió su padre, la Compañía de Electricidad del Pacífico le pidió a Joenes que prosiguiera la labor de su padre. Y Joenes aceptó, y estuvo realizando este trabajo hasta los veinticinco años, en cuya época las circunstancias le obligaron a cambiar de vida.

Estas circunstancias nacieron en la oficina ejecutiva de la Compañía de Electricidad del Pacífico, situada en San Francisco, en la costa oeste de América. Allá, orondos hombres que llevaban trajes, camisas, corbatas y zapatos se reunían en torno a una mesa circular de madera de teca. Esos Caballeros de la Mesa Redonda, como eran llamados, tenían en sus manos los hilos del destino de la mayor parte de los humanos. El Presidente del Consejo de Administración se llamaba Arthur Pendragon, y aunque el puesto había llegado a él por dinastía había tenido que librar encarnizados combates para poder ocupar aquel sitio que le correspondía por derecho. Inmediatamente después de su nominación, Arthur Pendragon se había apresurado a disolver el antiguo Consejo de Administración y sustituirlo por hombres afectos a él. Alrededor de la mesa estaban presentes Bill Lancelot, personaje de un gran poder financiero; Richard Galaad, muy conocido por sus obras de caridad; Austin Mordred, que poseía amistades en todos los medios políticos del estado; y muchos otros.

Esos hombres, cuyo imperio financiero estaba siendo amenazado desde hacía un cierto tiempo, se pronunciaron por la consolidación de su poder y el abandono inmediato de todo lo que no reportara claros beneficios. Esta decisión, por simple que pareciera en su tiempo, tuvo incalculables consecuencias.

En la lejana Manituatua, Joenes recibió la comunicación de la decisión del Consejo interrumpiendo el suministro de energía por parte de la central del Este de la Polinesia.

Así, Joenes se encontró de repente en paro. Pero, más que un empleo, lo que había perdido era toda una forma de vivir.

Durante la semana siguiente, Joenes reflexionó largamente acerca de su futuro. Sus amigos polinesios le rogaron que se quedara con ellos en Manituatua o, si lo prefería así,

que fuera a vivir a una de las islas más importantes tales como Huahine, Bora Bora o Tahití.

Joenes escuchó atentamente sus proposiciones, y luego se aisló en un lugar apartado para sopesar los pros y los contras. Al cabo de tres días salió de aquel lugar para anunciar a la gente que aguardaba su decisión su intención de partir hacia América, el país natal de sus padres, a fin de ver con sus propios ojos las maravillas descritas por los libros y decidir si realmente estaba allá su destino; si no era así, regresaría con sus queridos polinesios, con la mente limpia y el corazón alegre, dispuesto a hacerles todos los servicios que le pidieran.

La consternación se apoderó de todos sus oyentes, ya que sabían que el país de América era más peligroso aún que el imprevisible océano; y que los americanos eran unos brujos, unos magos que, mediante sutiles encantamientos, podían transformar por completo el modo de pensar de un hombre. Otros polinesios habían viajado a América, se habían expuesto a sus encantos, y nunca habían regresado. Uno había llegado incluso a visitar la legendaria Madison Avenue. Sin embargo, Joenes estaba decidido a partir.

Joenes estaba prometido con una joven manituatuaniana de dorada piel, almendrados ojos, negros cabellos, formas seductoras, y conocedora del corazón de los hombres. Se llamaba Tondelayo. Joenes le propuso que la enviaría a buscar apenas estuviera instalado en América, o bien volvería junto a ella si la fortuna no le sonreía. Ninguna de las dos proposiciones sedujo a Tondelayo, que le respondió de esta manera, en el dialecto preponderante en aquellos parajes:

—¡Hey, tú, tonto blanco!, ¿de veras quieres ir a Mélica? ¿Para qué, eh? ¿Hay más cocos en Mélica, eh? ¿Playas más grandes, eh? ¿Mejores peces, eh? ¡No! ¿Crees que allí hacen mejor el chumbi-chumbi, eh? ¡Te digo que no! ¡Es mejor que te quedes aquí a comer nuestros cocos y nuestros peces y disfrutar nuestras playas y hacer el chumbi-chumbi conmigo, eh!

Así razonó con Joenes la encantadora Tondelayo. Pero Joenes respondió:

—Querida, ¿crees que me gusta dejarte a ti, el epítome de todos mis sueños y la cristalización de mis deseos? ¡No, querida, no! Esta partida me llena de temor, ya que ignoro qué destino me acecha en aquel frío mundo del este. Sólo sé que el hombre debe partir, debe mirar de frente a la gloria y a la fortuna, y si es preciso incluso a la misma muerte. Ya que tan sólo cuando haya comprendido el mundo del este, ese mundo del que no sé nada excepto lo que me contaron mis difuntos padres y leí en sus libros, podré regresar a estas islas y dejar transcurrir en ellas el resto de mi vida.

La hermosa Tondelayo escuchó atentamente aquellas palabras, sopesándolas largo tiempo. Y entonces la muchacha de las islas pronunció las palabras nacidas de una profunda y simple filosofía que sus antepasados se habían transmitido de madre a hija, generación tras generación:

—¡Hey, blancos estúpidos, todos vosotros sois iguales, sí! Primero hacer chumbi-chumbi con pequeña wahine y luego moriros de deseos de ir a hacer chumbi-chumbi con tonta mujer blanca americana, sí. Y mientras la palmera crece, el coral crece, y el hombre debe morir allí. Sí.

Joenes no pudo hacer más que inclinar su cabeza ante la ancestral sabiduría de la muchacha de las islas. Pero su decisión no se tambaleó por ello. Sabía que su destino era acudir a ver el país de América de donde habían venido sus padres, aceptar todos los peligros que se le presentaran, enfrentarse al indescifrable destino que tiende sus trampas a todos los hombres. Besó a Tondelayo, que se echó a llorar al ver que sus palabras no hacían ninguna mella.

Los jefes de los alrededores ofrecieron en honor a Joenes un festín de despedida, en el cual se sirvieron comidas exóticas de las islas tales como carne enlatada y pina en conserva. Cuando el mercante hizo escala en Manituatua trayendo la ración semanal de ron, despidieron tristemente a su muy querido Joenes.

Y fue así como Joenes, oyendo aún resonar en sus oídos las melodías de la isla, navegó a lo largo de Huahine y de Bora Bora, de Tahití y de Hawai, para llegar finalmente a la ciudad de San Francisco, en la costa Oeste de América.

2. Encuentro de Lum y Joenes

(según las propias palabras de Lum, tal como están narradas en el Libro de las Fiji, Edición Ortodoxa)

Bueno, creo que todos vosotros sabéis cómo es eso. Tal como dijo Hemingway: «Os deja el alcohol, os deja la chica, ¿y qué es lo que os queda?» Bueno, pues yo estaba en el muelle, esperando el cargamento semanal de peyote, y no estaba haciendo absolutamente nada, tan sólo estaba allá de pie mirándolo todo, la gente, los grandes barcos, la Golden Gate, ya sabéis. Acababa de echarme dentro un bocadillo de auténtico salame italiano con auténtico pan de centeno y, con el peyote que debía llegar, me sentía a mis anchas dentro de mi piel. Bueno, ya sabéis, quiero decir que a veces uno no se siente mal del todo, aunque tu chica se haya largado.

Bueno, pues hete aquí que llega un barco y aparece ese tipo. Era una especie de cosa alta, con un bronceado auténtico, unos hombros así, una camisa de lona, unos pantalones que estaban en las últimas y sin zapatos. Así que evidentemente pensé que era un tipo OK. Bueno, quiero decir que tenía el aire OK. Me acerqué a él y le pregunté si era en aquel barco en el que llegaba la mierda.

El tipo me miró y dijo:

—Me llamo Joenes. Soy extranjero aquí.

Inmediatamente me di cuenta de que no estaba en el ajo y miré hacia otro lado.

—¿Sabe dónde puedo encontrar trabajo? —me dijo—. Es la primera vez que vengo a América y quiero aprenderlo todo de ella, saber lo que me reserva y lo que yo puedo darle.

Lo miré de nuevo porque ahora ya no sabía; parecía estar en el ajo, es cierto, pero hoy en día cualquiera puede parecer estar en el ajo si sabe hacerlo ver, y si uno tiene labia puede incluso trepar hasta el gran Salón de Té en el Cielo donde manda el Alcahuete Mayor de Todos Nosotros, los pijos. Bueno, puede que tal vez intentara dármela con ese aire de no estar en el ajo. Eso es precisamente lo que hacía Jesús; claro que él sí estaba en el ajo, y todos nosotros estaríamos en su campo si todos esos pijos lo dejaran en paz. Así que le pregunté a ese Joenes:

—¿Estás buscando trabajo? ¿Qué es lo que sabes hacer?

Y Joenes me respondió:

—Puedo operar un transformador eléctrico.

—Que te aproveche —le dijo.

—Y tocar la guitarra —añadió.

—Bueno, hombre —dijo—, ¿por qué no me lo largaste en seguida, en lugar de tirarme a la cabeza tu trasto eléctrico? Sé de un antro donde podrás tocar, a muy pocos pasos de donde están los pijos. ¿Tienes pasta, muchacho?

Ese Joenes apenas sabía nada del lenguaje común de cada día, de modo que tuve que explicárselo todo, desde la A hasta la Z. Pero lo pescó aprisa, acerca de todo eso de tocar la guitarra en un antro y de lo de los pijos, de modo que le ofrecí que se quedara lo que quisiera en mi madriguera. ¿Por qué no, si mi chica se había largado? Me sonrió y me dijo que de acuerdo, que eso le iba al pelo. Inmediatamente me preguntó que cuál era la situación aquí, y aparte esto qué podía hacer para distraerse un rato. Aunque no era del lugar, parecía OK. Entonces le dije que por el lado chicas que bueno, que podía arreglarse, y que en cuanto a las demás distracciones lo único que tenía que hacer era quedarse a mi lado y ver venir la cosa. Pareció entender. De modo que lo llevé a mi madriguera y le di un verdadero bocadillo de auténtico pan de centeno de ese que tiene

pipas enteras dentro y un trozo de queso suizo que había venido realmente de Suiza y no de Wisconsin. Estaba tan pelado el pobre Joenes que tuve que prestarle mi propia guitarra, ya que me dijo que la suya la había dejado en su isla, si es que esa isla existía en algún lugar del mapa. Luego fuimos al antro.

Joenes lo hizo bien con su guitarra y sus canciones, puesto que cantaba en una lengua que nadie entendía, lo cual era muy bien visto por todos los pijos. Los turistas lamían aquello como leche fresca, y Joenes se embolsó aquella noche 8'30 dólares, lo cual bastaba para una buena chupada de auténtico vodka ruso, y que sodomicen a quien considere que esto no es patriota. Entonces una muñequita que no debía medir más de metro y medio pelo incluido empezó a mirarle con ojos tiernos, lo cual no era extraño ya que Joenes tenía su estatura, sus hombros tal como deben ser unos hombros, y su cabello rubio descolorido por el sol. Un tipo como yo tiene que esforzarse un poco más, ya que soy más bien chaparro y mi barba está algo así como enmarañada, de modo que a veces tengo que tomarme un cierto tiempo. Joenes, por el contrario, era del tipo magnético. Incluso una mujer de los pijos vino a preguntarle si ya había volado por todo lo alto, pero la atajé en seco porque el peyote había llegado y ¿por qué cambiar una migraña por una indigestión?

Así pues Joenes, su muñequita, que se llamaba Deirdre Feinstein, y otra pollita que me busqué para mí, nos fuimos a mi madriguera. Le mostré a Joenes cómo había que hacerlo para chafar los botones de peyote y todo lo demás, y luego lo tomamos y volamos todos al cielo. Nosotros volamos, puesto que Joenes estalló como una bombilla de mil vatios, y tuve que decirle que había que ir con cuidado con los polis que merodean por las calles de San Francisco para echarle la zarpa a todo recién llegado al que pesquen para estrenar sus hermosas prisiones relucientes de tan nuevas, pero no pude impedir que se subiera a la cama y lanzara su discurso. Fue un hermoso discurso, ya que el sonriente chico recién llegado de las lejanas colinas se desmelenaba realmente por primera vez en su vida, y nos transmitió su palabra tal como sigue:

—Amigos míos, he venido hasta vosotros desde mi lejano país de arena y cocoteros con ansias de descubrimiento, y me considero el más feliz de los hombres ya que, apenas dados dos pasos sobre vuestra querida tierra, he sido presentado a vuestro líder, el rey Peyote, he sido elevado en lugar de ser denigrado, he visto las maravillas de este mundo, unas maravillas que enrojecen a mi alrededor y llueven por todos lados como un diluvio. Sólo de un modo imperfecto puedo expresarle a mi querido camarada Lum todo mi reconocimiento. En cuanto a mi nuevo amor, la voluptuosa Deirdre Feinstein, diré que veo crecer en mi una gran llama y soplar un viento tempestuoso. Y en cuanto a la novia de Lum, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo, diré que la amo como a una hermana, incestuosamente y sin embargo con una inocencia nacida de la inocencia misma. Y además...

Bueno, ese Joenes no dejaba de tener potencia de voz. Me atrevería a decir que se parecía a un elefante marino en época de celo. Y aquello era demasiado para mi madriguera, de modo que los vecinos de arriba, esos cerdos degenerados que se levantan todas las mañanas a las ocho para arrastrarse a sus trabajos, empezaron a patear el suelo gritando que ya era demasiada orgía y que acababan de llamar a los polis, de modo que ya lo sabíamos.

Joenes y las chicas estaban en pleno viaje. Yo, por mi parte, me enorgullezco de mantener la mente serena en cualquier ocasión, sea cual fuera la nube que flotara en mis pulmones o el líquido que se agitara en mis venas. Quise tirar el resto del peyote por la taza del water, pero Deirdre, que algunas veces llega a darme miedo con su valor, quiso ocultarlo dentro de su sujetador, donde dijo que nadie tendría la osadía de ir a buscarlo. Les hice salir a todos de la madriguera, Joenes aferrando mi guitarra en su bronceada mano, y llegamos abajo justo en el momento en que un coche lleno de polis se detenía en la acera de enfrente. Recomendé a todos que marcharan en fila india y bien derechos

como en un desfile, ya que uno no puede jugar con fuego cuando se lleva mierda encima. Pero no sabía hasta qué punto Deirdre estaba volando.

Echamos a andar todos en fila india, y los polis llegaron a nuestro lado echándonos miradas de poli, y luego comenzaron a lanzar comentarios soeces sobre los beatniks, la inmoralidad y todo eso. Les dije a los otros que siguieran andando como si estuviera lloviendo, pero esa maldita Deirdre no se deja decir según qué cosas. De modo que se detuvo para decirles a los polis lo que ella pensaba de ellos, cosa que no es en absoluto recomendable cuando uno tiene su vocabulario y su imaginación creadora.

El jefe de los polis, un sargento, dijo:

—OK, hermana, ven con nosotros. Quieres jaleo, ¿eh?

Y, forcejando y tironeando, arrastraron a la pobre Deirdre hasta su coche. Vi como Joenes fruncía el ceño, los contemplaba con aire sombrío, y me dijo ya la hemos liado, ya que cargado como estaba debía sentirse lleno de afecto por Deirdre y probablemente por todo el mundo, excepto los polis, claro.

—Muchacho —le dije—, quédate tranquilo, esto tenía que pasar; cuando a Deirdre se le mete algo en la cabeza, lo suelta o revienta. Desde que se fue de Nueva York para estudiar el Zen se pasa el tiempo insultando a los polis y dejándose coger, pero eso no tiene nada de trágico puesto que es la hija de Sean Feinstein, un tipo podrido de dólares, y los polis se contentan con esperar a que termine en paz su viaje y luego la sueltan. Pero tu no eres hijo de Sean Feinstein, hermano, ni de nadie cuyo nombre valga la pena mencionar, así que estate quieto y no mires hacia atrás.

Así es como intenté calmar a Joenes y razonar con él, pero él se paró en seco, una imagen de héroe bajo las farolas, el puño estrujando los trastes de mi guitarra, la mirada llena de comprensión y de amor hacia su prójimo exceptuando los polis. Y se giró.

—¿Buscas algo, chico? —dijo el jefe de los polis.

—Quitad vuestras manos de encima de esa señorita —dijo Joenes.

—Esa drogadicta a la que tú llamas señorita —dijo el poli— ha violado el artículo 431.3 del Código de la Ciudad de San Francisco. Te aconsejo que te metas en tus propios asuntos, hermano, y no toques ese ukelele que llevas en la mano por las calles pasadas las doce.

Creo que la cosa hubiera podido quedar aquí, y todo hubiera ido bien.

Pero entonces Joenes se lanzó a pronunciar un discurso que valía su peso en oro. No lo recuerdo palabra por palabra, pero la idea general era que las leyes son obra del hombre, y que por lo tanto están influenciadas por el mal latente en su propia naturaleza, y que la verdadera moral consiste en seguir los dictados del alma iluminada.

—Así que un comunista, ¿eh? —dijo el jefe de los polis. Y en un chasquear de dedos Joenes se vio metido él también en el coche.

Bueno, naturalmente, a la mañana siguiente Deirdre fue soltada, primero gracias al nombre de su padre, y quizá gracias también a su encanto, que todo San Francisco no deja de alabar. Pero aunque buscamos de arriba a abajo, e incluso tan lejos como Berkeley, no hallamos ni rastro de Joenes.

¡Ni rastro, os lo aseguro! ¿Qué le había ocurrido a aquel rubio trovador de cabellos quemados por el sol y corazón tan grande como el mundo? ¿Adonde había ido con mi guitarra (una genuina Tatay) y mis sandalias de repuesto? Supongo que sólo los polis lo saben, y no nos lo van a decir. Pero no he olvidado a Joenes, el dulce poeta que, a las puertas del Infierno, se giró para echarle una última mirada a su Eurídice, y que sufrió el destino de Orfeo el de la voz de oro. Bueno, las cosas no fueron exactamente así, pero viene a ser lo mismo, ¿y quién sabe por qué lejanos países estarán vagando ahora Joenes y mi guitarra?

3. El comité del congreso (según la narración de Ma'aoa de Samoa)

Joenes no podía saber que en aquel mismo momento un comité del Senado Americano se hallaba en San Francisco realizando una investigación. Pero la policía sí lo sabía. Adivinando intuitivamente el valor que podía tener el testimonio de Joenes en aquella investigación, le condujeron directamente de su celda a la sala donde el Comité estaba celebrando una sesión ejecutiva.

El presidente del Comité, cuyo nombre era senador George W. Pelops, preguntó inmediatamente a Joenes qué tenía que decir en su defensa.

—No he hecho nada —dijo Joenes.

—Ah —replicó Pelops—, ¿le ha acusado alguien de haber hecho algo? ¿Le he acusado yo? ¿Lo ha hecho alguno de mis ilustres colegas? Si es así, me gustaría oírsele decir.

—No, señor —dijo Joenes—. Yo tan sólo pensaba...

—Los pensamientos no son admisibles como evidencia —dijo Pelops.

Pelops se rascó su calva cabeza, ajustó sus gafas, dirigió su mirada a la cámara de televisión y dijo:

—Este hombre, según ha admitido él mismo, no ha sido acusado de ningún crimen, ni de hecho ni de intención. Simplemente le hemos pedido que hablara, haciendo uso del derecho que nos concede nuestro privilegio como miembros del congreso. Sin embargo, sus propias palabras traicionan un sentimiento de culpabilidad. Creo, señores, que deberíamos llevar este asunto un poco más lejos.

—Quiero un abogado —dijo Joenes.

—No tiene usted derecho a ningún abogado —dijo Pelops—, ya que la misión de las personas aquí presentes es la de determinar los hechos y no la de inculparle. Pero tomamos nota de que ha reclamado usted la presencia de uno. Dígame, señor Joenes: ¿cree usted realmente en el discurso que pronunció anoche en las calles de San Francisco?

—No recuerdo haber pronunciado ningún discurso.

—¿Rehúsa usted responder a mi pregunta?

—No puedo responder. No recuerdo nada. Creo que estaba intoxicado.

—¿Recuerda usted las personas con las que estuvo anoche?

—Creo que estaba con un hombre llamado Lum y una muchacha llamada Deirdre...

—No le preguntamos los nombres —dijo apresuradamente Pelops—. Queríamos simplemente saber si recordaba usted con quién se encontraba, y usted acaba de responder que lo recuerda. Ésto no es lógico, señor Joenes. Resulta demasiado cómodo poseer una memoria capaz de recordar una serie de hechos y olvidar otros, teniendo en cuenta que los dos se produjeron en un mismo período de veinticuatro horas.

—No se trataba de hechos —dijo Joenes—, sino de personas.

—El Comité no le ha pedido que sea usted chistoso —dijo severamente Pelops—. Le advierto desde ahora que cualquier respuesta chistosa, vaga o de naturaleza equívoca, al igual que cualquier negativa a responder, serán consideradas como desacato a este Congreso, lo cual constituye un delito penable de un mes a un año de prisión.

—No pretendía burlarme de este Comité, señor —dijo Joenes rápidamente.

—Muy bien, señor Joenes. Y ahora sigamos. ¿Niega usted haber hecho alusión, en su discurso de ayer por la noche, al pretendido derecho que, según usted, posee todo ciudadano de derribar por la fuerza el código legalmente instituido de este país? ¿Niega usted, en otras palabras, haber incitado a la rebelión a los disidentes susceptibles de ser influenciados por sus palabras de inspiración extranjera? O, para hacerle mi pregunta más comprensible, ¿niega usted haber predicado el derrocar por la fuerza a un gobierno que descansa necesariamente sobre las leyes de este gobierno? ¿Puede pretender usted que el fondo y la sustancia de su discurso no iban en contra de esas mismas libertades, entregadas a nosotros por nuestros Padres Fundadores, que le autorizan a usted y a sus

semejantes a tomar la palabra, lo cual seguramente no le sería permitido en la Rusia Soviética? ¿Se atrevería usted a decirnos que ese discurso, disimulado bajo la máscara de una bohemia inofensiva, no formaba parte integrante de un complot muy preciso cuya finalidad es provocar en este país disensiones internas y preparar el camino a agresiones procedentes del exterior, y que no goza usted para ello de la aprobación tácita, sino de directrices explícitas, de algunas personas pertenecientes a nuestro propio Departamento de Estado? ¿Que esas palabras, según usted pronunciadas en estado de aparente intoxicación, no le han parecido justificadas por el derecho que cree tener usted de actuar subversivamente en una democracia donde el poder de las represalias es, según usted al menos, inoperante a causa de una constitución y de una Declaración de Derechos que sin embargo no están destinadas, como parece pensar usted, a preservar las libertades del pueblo contra los ataques de mercenarios ateos como usted mismo? ¿Me equivoco, señor Joenes? Responda solamente sí o no.

—Bueno —dijo Joenes—, me gustaría aclarar un poco...

—La pregunta, señor Joenes —dijo Pelops con voz glacial—. Responda sí o no a la pregunta.

—Me acojo a mis derechos constitucionales —dijo Joenes—, y en particular a la Primera y Quinta Enmiendas, y declino respetuosamente contestar.

Pelops sonrió ligeramente.

—Esta actitud no le es válida, señor Joenes, puesto que esta misma Constitución a la cual se agarra usted ahora con tanto fervor ha sido reinterpretada, o mejor dicho modernizada, por aquellos de entre nosotros que desean preservarla de cambios y profanaciones. Las Enmiendas que usted menciona, señor Joenes (¿o debería decir camarada Joenes?), no le autorizan a guardar silencio, por razones que cualquier Juez de la Corte Suprema se sentiría feliz de exponerle... ¡si usted se hubiera tomado la molestia de preguntárselo!

No había ninguna respuesta posible a aquella aplastante réplica. Incluso los periodistas que había en la habilitación, endurecidos observadores de la escena política, se mantenían inmóviles. Joenes se puso rojo como un tomate, luego blanco como una azucena. Sin saber qué decir, abrió la boca para intentar una respuesta. Pero fue salvado momentáneamente por la intervención de uno de los miembros del comité, el senador Trelid.

—Perdón, señor —dijo el senador Trelid a Pelops—, y perdonen todos ustedes que aguardan la respuesta de este hombre. Sólo tengo una cosa que decir, y querría que fuera consignada en el acta de esta sesión, puesto que hay ocasiones en las que un hombre digno de este nombre debe hacer que se oiga su voz, sean cuales sean para él las consecuencias políticas o económicas. Sí, un hombre como yo debe tomar la palabra de acuerdo con su conciencia, incluso si las palabras que va a pronunciar van en contra de esa gran potencia que representa la opinión pública. Así pues, quiero decir esto. Soy un hombre viejo y, en mi vida, he visto multitud de cosas y he contemplado aún muchas más. Quizá sea mostrarme imprudente el hablar así, pero debo decirles que odio la injusticia. A diferencia de algunas personas, no puedo aprobar la matanza de Hungría, la toma ilegal del poder en China, la invasión del comunismo en Cuba. Soy viejo, se me ha acusado de conservador, pero no puedo aprobar estas cosas. Y sean cuales sean los epítetos con los que se me abruma, espero no ver jamás el día en el que un ejército ruso ocupe Washington. Y si me levanto contra ese hombre, ese camarada Jonski, no es en mi calidad de senador, sino más bien en recuerdo del niño que fui un día, ese niño que nació en las regiones montañosas del sur de Sour Mountain, que cazó y pescó en las profundidades de los bosques, que tomó lentamente consciencia de lo que América significaba para él, al que sus vecinos delegaron en el Congreso para que les representara, a ellos y a sus seres queridos, y que ahora se siente en la obligación de hacer esta declaración de fe. Es por esta razón, y por esta razón tan sólo que les

recuerdo las palabras de la Biblia: «¡El Mal es Malo!». Algunos de entre ustedes, más sofisticados, sonreirán quizás al oírme expresarme así, pero es así como habla la Biblia, y yo creo en la Biblia.

El Comité en pleno estalló en aplausos espontáneos. Aunque lo habían escuchado ya multitud de veces, el discurso del viejo senador no dejaba nunca de despertar en ellos exquisitas y profundas emociones. Con los labios blancos, el presidente Pelops se giró hacia Joenes.

—Camarada —preguntó, con una suave ironía—, ¿es usted miembro militante del Partido Comunista?

—¡No!.—gritó Joenes.

—En este caso —dijo Pelops—, ¿quiénes eran sus asociados durante el tiempo en que fue miembro militante de él?

—No tenía asociados. Quiero decir...

—Comprendemos perfectamente lo que quiere usted decir. Puesto que se niega a identificar a sus compañeros de traición, ¿aceptará indicarnos el emplazamiento de su célula? ¿No? Dígame, camarada Jonski, ¿le recuerda algo el nombre de Ronald Black? En otras palabras, ¿cuándo vio usted a Black por última vez?

—Nunca lo he visto —dijo Joenes.

—¿Nunca? Esta es una palabra muy definitiva, señor Joenes. ¿Quiere usted hacerme creer que jamás, en ningún momento, ha podido ver usted a Ronald Black? ¿Que jamás ha podido cruzarse inocentemente con él en la calle, que jamás ha podido asistir a una sesión de cine sentado cerca de él? No conozco a nadie en América que pueda afirmar con tanta seguridad no haber visto nunca a Ronald Black. ¿Desea usted que su declaración conste en acta?

—Bueno, es posible que alguna vez lo haya visto en la calle, que me haya topado con él en algún cruce, paseando, pero no podría jurar...

—Sin embargo, admite usted que el hecho es posible.

—Indudablemente, es posible.

—Excelente —dijo Pelops—. Estamos avanzando algo. Ahora, querría saber dónde se encontró usted con Black, lo que él le dijo, lo que usted le dijo a él, qué documentos recibió de él y a quién entregó usted a su vez esos documentos.

—¡Yo no me he encontrado nunca con Arnold Black! —gritó Joenes.

—Nosotros lo conocemos como Róñala Black —dijo Pelops—. Pero siempre nos gusta aprender sus distintos seudónimos. Me permito hacerle observar que usted mismo ha admitido la posibilidad de una asociación entre ustedes dos, posibilidad que, dadas las actividades de usted en el seno del Partido, se convierte en una probabilidad que tiene valor de certeza. Además, usted mismo nos ha indicado el nombre bajo el cual es conocido Ronald Black en el Partido, un nombre que hasta ahora ignorábamos. Esto, me parece, constituye una prueba suficiente.

—Escuchen —dijo Joenes—, yo no conozco a ese Black, no siquiera sé lo que ha hecho.

Con tono sombrío, Pelops declaró:

—Ronald Black fue convicto de haber robado los planos del nuevo Convertible Compacto Studebaker Roadelinger de Lujo Super V-2, y haberlos vendido a un agente de la Unión Soviética. Al término de un proceso llevado a cabo en todos sus puntos conforme a las reglas, Black fue ejecutado en la forma prescrita por la ley. A raíz de aquello, treinta y uno de sus cómplices fueron descubiertos, juzgados y ejecutados. Usted, camarada Jonski, es el treinta y dos eslabón de la cadena de espionaje más importante que jamás haya existido en este país.

Joenes intentó hablar, pero le falló la voz, y se dio cuenta de que estaba temblando de miedo.

—Este Comité —prosiguió Pelops— ha sido dotado de poderes extralegales, puesto que su misión es investigar, no castigar. Este estado de cosas es algo que hay que lamentar, pero debemos seguir la letra de la ley. En consecuencia, ponemos al agente secreto Jonski en manos del Fiscal General, a fin de que sea juzgado conforme a la ley y sufra el castigo que esta rama del gobierno considere adecuado para un hombre que se reconoce culpable de traición y que no merece más que la muerte. Se levanta la sesión.

De este modo fue como Joenes se vio transferido rápidamente a la rama punitiva del gobierno y confiado al cuidado del Fiscal General.

4. Como Joenes recibió justicia (según la narración de Pelui de la Isla de Pascua)

El Fiscal General ante el que fue llevado Joenes era un hombre corpulento, de rostro duro, ojos pequeños, labios pálidos, y cuyos rasgos parecían haber sido cincelados a martillo sobre un bloque de hierro. Ceñudo y silenciosamente despectivo, impresionante en su toga de terciopelo negro con cuello de encaje, era la encarnación viva de su terrible oficio. Servidor de la rama punitiva del gobierno, su deber era descargar el castigo sobre la cabeza de todos aquellos que caían en sus manos, y esto a través de todos los medios que le daba su poder.

El lugar de residencia del Fiscal General era Washington, aunque él era ciudadano de Atenas, Nueva York, y en su juventud había conocido a Aristóteles y Alcibíades, cuyos escritos son la destilación del genio americano.

Atenas era una de las ciudades de la antigua Helias, de donde surgió la civilización americana. Cerca de Atenas, Esparta, gran potencia militar, reinaba sobre las ciudades lacedemonianas del Estado de Nueva York. Atenas la Iónica y Esparta la Dórica se lanzaron a una desastrosa guerra, y perdieron su independencia bajo el dominio americano. Pero conservaban una cierta influencia sobre la política de este país, especialmente desde que Washington se había convertido en la sede del poder helénico.

Al primer momento, el caso de Joenes parecía sencillo. No tenía amigos importantes, ni colegas políticos, ni nada que pareciera poder oponerse a que fuera castigado. Consecuentemente, el Fiscal General tomó sus disposiciones para que Joenes recibiera toda la asistencia legal que por derecho le correspondía, y lo llevó ante un jurado de sus pares en la famosa Cámara Estrellada. Así se respetaba la letra de la ley, pero manteniendo la confortable seguridad de poder predecir por anticipado el veredicto que daría el jurado. Ya que los leales jurados de la Cámara Estrellada, que se consagraban en cuerpo y alma a la extirpación del mal, jamás en el transcurso de su historia habían dado un veredicto distinto al de culpabilidad.

El Fiscal General se proponía, una vez dictada sentencia, sacrificar a Joenes sobre la Silla Eléctrica de Delfos, lo cual le valdría el favor de los dioses y de los hombres.

Este era su plan. Pero una más cuidadosa investigación reveló que el padre de Joenes era un dórico de Mechanicsville, en el Estado de Nueva York, y que incluso había ocupado un lugar importante en la magistratura de esa comunidad. Y que su madre era una iónica de Miami, una colonia ateniense situada en pleno territorio bárbaro. A raíz de estos descubrimientos, algunos helénicos influyentes pidieron gracia para el hijo pródigo de esos padres respetables, y también para mantener la unidad helénica, una fuerza que había que tener en cuenta en la política americana.

El Fiscal General, que era él mismo de origen ateniense, juzgó preferible acceder a aquella petición. Ordenó la disolución de la Cámara Estrellada y que Joenes compareciera ante el Gran Oráculo de Sperry. Esta medida mereció la aprobación general, puesto que se sabía que el Oráculo de Sperry, tanto o más que el de Genmotor y Genelectric, era absolutamente justo e imparcial en sus juicios sobre los hombres y las

acciones de los hombres. De hecho, la justicia pronunciada por los Oráculos era tan apreciada que en numerosos lugares habían reemplazado a los tribunales.

Joenes fue transferido pues a Sperry, y recibió órdenes de comparecer ante el Oráculo. Eso fue lo que hizo, aunque sus piernas temblaban. El Oráculo era una gran máquina de calcular de una infinita complejidad, con una consola de mandos, o altar, donde oficiaban varios sacerdotes. Esos sacerdotes eran sometidos a castración a fin de que no les turbaran otros pensamientos que los de la máquina. En cuanto al gran sacerdote, le eran arrancados además ambos ojos para que viera a los penitentes tan sólo con los ojos del Oráculo.

Joenes se posternó ante el gran sacerdote, pero éste le hizo levantarse de nuevo y le dijo:

—No temas nada, hijo mío. La finalidad de todo ser humano es la muerte, y el sufrimiento constante su condición a través de la efímera vida de los sentidos. Dime, ¿tienes algo de dinero?

—Tengo ocho dólares y treinta centavos —dijo Joenes—. Pero ¿por qué me pedís eso, padre?

—Porque —dijo el gran sacerdote— es costumbre entre los suplicantes depositar voluntariamente una ofrenda a los pies del Oráculo. Pero si no tienes dinero puedes reemplazarlo por otros dones igualmente aceptables, tales como hipotecas, obligaciones, acciones, actas notariales o cualquier otro papel semejante a los que tan apegados están los hombres.

—No tengo nada de todo eso —dijo tristemente Joenes.

—¿Acaso no posees tierras en Polinesia?

—No. Las que cultivaban mis padres estaban arrendadas al gobierno, y deberán volver a él. No tengo ningún tipo de posesiones, ya que en Polinesia los hombres se interesan poco por esas cosas.

—Entonces, ¿no posees absolutamente nada? —exclamó el gran sacerdote. Parecía desconcertado.

—Nada más que esos ocho dólares y treinta centavos. También una guitarra, pero a decir verdad ni siquiera me pertenece. Es propiedad de un joven llamado Lum, un habitante de la lejana California. Pero padre, ¿esas cosas son realmente necesarias?

—No, por supuesto —dijo el gran sacerdote—. Pero incluso los cibernéticos deben vivir, y siempre es apreciada la generosidad de un extranjero, sobre todo cuando llega el momento de interpretar las palabras del Oráculo. Además, a veces la pobreza es considerada como una falta de piedad: el hombre pobre nunca se ha tomado la molestia de amasar dinero para cuando la cólera divina se abata un día sobre él. Pero ese no es nuestro problema. Vamos a poner tu caso en conocimiento del Oráculo, y a esperar su juicio.

El sacerdote tradujo al lenguaje secreto que utilizaba el Oráculo para comunicarse con los hombres la acusación del Fiscal General y la defensa de Joenes. La respuesta no se hizo esperar.

Este fue el veredicto del Oráculo:

ELÉVESE A LA DÉCIMA POTENCIA LA RAÍZ CUADRADA DE MENOS UNO.

NO HAY QUE OLVIDAR EL COSENO, PUESTO QUE EL HOMBRE NECESITA DISTRAERSE.

AÑÁDASE X COMO UNA VARIABLE FLOTANTE Y DESPREOCUPADA.

EL RESULTADO TENDERÁ A CERO, Y ENTONCES YA NO TENDRÉIS MÁS NECESIDAD DE MÍ.

Una vez recibida la decisión, los sacerdotes se reunieron para interpretar las palabras del Oráculo. Estas fueron sus conclusiones:

ELÉVESE A convierte en correcto lo falso.

LA DÉCIMA POTENCIA representa el número de años durante los cuales debe penar el suplicante para convertir en correcto lo falso; es decir, diez años de trabajos forzados.

LA RAÍZ CUADRADA DE MENOS UNO, tratándose de un número imaginario, representa un estado de gracia ficticio; pero, por su valor instrumental, representa también la posibilidad de poder y fama para el suplicante. A causa de ello, la anterior sentencia de diez años es sobreseída.

LA VARIABLE X representa las furias encarnadas de la tierra, entre las cuales deberá vivir el suplicante, y que le mostrarán todos los horrores imaginables.

EL COSENO es el signo de la propia diosa, protegiendo al suplicante de algunos de los horrores de las furias, y prometiéndole algunos de los placeres de la carne.

EL RESULTADO TENDERÁ A CERO significa que la ecuación de la justicia divina y de las necesidades humanas tenderá a equilibrarse en este caso.

YA NO TENDRÉIS MÁS NECESIDAD DE MÍ significa que el suplicante ya no tendrá que comparecer de nuevo ante este Oráculo ni ante ningún otro, puesto que el veredicto está completo.

Así fue como Joenes fue condenado a diez años de trabajos forzados y la sentencia fue sobreseída. El Fiscal General tuvo que obedecer la decisión del Oráculo y dejarlo en libertad.

Una vez libre, Joenes prosiguió sus Viajes por las tierras de América, portador a la vez de una maldición y de una promesa, así como de una condena sobreseída. Abandonó Sperry a toda prisa y tomó un tren hacia la gran ciudad de Nueva York. Y lo que hizo en aquella ciudad y lo que le ocurrió forman el tema de la siguiente historia.

5. La historia de Joenes, Watts y el policía (según la narración de Ma'aoa de Samoa)

Nunca había visto Joenes nada comparable a la gran ciudad de Nueva York. El ruido y la incesante agitación de una muchedumbre tan numerosa eran algo nuevo para él, excitándole tanto como le sorprendían. Aquel frenesí no se calmaba con la llegada de la noche, y Joenes observó con sorpresa a los neoyorkinos empujándose a la entrada y a la salida de los clubs nocturnos y de las salas de baile en su búsqueda de placer. Pero la cultura no era por ello desdeñada en la ciudad, ya que gran número de personas se interesaban en el arte hoy desaparecido del cinematógrafo.

Al alba, el ritmo decrecía. Joenes se tropezó con multitud de viejos e incluso algunos jóvenes sentados en bancos o de pie junto a las bocas del metro sin hacer nada. En sus rostros leyó una aterradora ausencia de sentimientos y, cuando les habló, ni siquiera pudo comprender sus respuestas. Aquellos neoyorkinos tan distintos de los demás lo desconcertaron, y se alegró al ver surgir de nuevo la mañana.

Inmediatamente, el frenético ir y venir de la multitud comenzó otra vez, y la gente se abría camino a codazos en su prisa por llegar a no sabía dónde para hacer no sabía qué. Joenes quiso conocer la razón de todo aquello y detuvo al azar a un transeúnte para preguntárselo.

—Señor —dijo—, ¿podría consagrar a un extranjero una fracción de su precioso tiempo para explicarle el por qué y el cómo de esta desbordante vitalidad que puede verse a nuestro alrededor?

—¿Qué pasa, está usted loco? —dijo el hombre. Y echó a correr.

Pero el siguiente hombre al que Joenes detuvo y le hizo la pregunta meditó un rato y dijo:

—Así que usted le llama a eso vitalidad, ¿eh?

—Eso me parece —dijo Joenes, haciendo un guiño al zumbante enjambre que se apretujaba a su alrededor—. Por cierto, mi nombre es Joenes.

—El mío Watss —dijo el hombre—. Pero volvamos a su pregunta. Le aseguro que lo que ve usted a su alrededor no es vitalidad. Es pánico.

— Pero ¿a qué puede ser debido este pánico? —preguntó Joenes.

—Para decirlo en dos palabras —dijo Watts—, todos ellos temen que, si paran un solo instante de correr y de empujarse, alguien se dará cuenta de que están muertos. Lo cual resultaría extremadamente grave, ya que, cuando uno constata la muerte de un ciudadano, puede quitarle su empleo, bloquear su cuenta bancaria, alquilar su apartamento y llevarlo a uno a rastras hasta la tumba.

Joenes consideró aquella respuesta poco verosímil.

—Señor Watts —dijo—, esas gentes no tienen el aspecto de estar muertas. Y de hecho, si uno examina fríamente la realidad, se da cuenta de que no lo están.

—Yo nunca examino fríamente la realidad —dijo Watts—. Pero, puesto que es usted extranjero, intentaré explicárselo. En primer lugar, la muerte es tan sólo un asunto de definición. Antes, esta definición era muy sencilla: uno estaba muerto cuando dejaba de moverse durante un cierto lapso de tiempo. Pero luego los científicos examinaron más de cerca esta noción anticuada. Y se han dado cuenta tras un atento estudio de que uno puede muy bien estar muerto bajo todos los aspectos importantes aunque siga moviéndose y hablando.

—¿Cuáles son estos aspectos importantes? —preguntó Joenes.

—Bueno, esos muertos en vida se caracterizan en primer lugar por una ausencia casi total de emociones alegres. No experimentan más que cólera y miedo, aunque a veces sean capaces de disimular otros sentimientos, del modo rudimentario en que un chimpancé hace como si leyera un libro. Luego se aprecia en todas sus acciones el automatismo que acompaña a la interrupción de todos los procesos mentales elevados. Frecuentemente se produce un movimiento reflejo hacia la piedad, un movimiento bastante parecido a las frenéticas gesticulaciones de un pollo al que acaba de cortársele la cabeza. A causa de este reflejo, se hallan a menudo gran cantidad de esos muertos vivientes en los alrededores de las iglesias, donde algunos de ellos se esfuerzan incluso en rezar. Otros merodean por los jardines públicos o las estaciones de metro.

—Ah —dijo Joenes—. Paseando esta noche por la ciudad he visto en esos lugares a algunas personas...

—Exacto —dijo Watts—. Esos son los que ya no pretenden que no están muertos. Pero otros copian a los vivos con un celo intenso y patético, esperando pasar desapercibidos. En general, fracasan debido a que exageran demasiado, gesticulan violentamente o hablan y ríen muy fuerte.

—No tenía la menor idea de todo eso —dijo Joenes.

—No es un problema trágico. Las autoridades hacen todo lo que pueden para mantener a raya esta situación, pero ha tomado ya proporciones gigantescas. Me gustaría poder describirle otras características de los muertos vivientes, señalarle los puntos de contacto con los muertos a la antigua moda, los inmóviles. Estoy seguro de que iba a interesarle sobremanera. Pero veo que se acerca un policía, señor Joenes, y prefiero despedirme de usted.

Y, diciendo esto, Watts hizo jugar sus piernas y desapareció entre la multitud. El policía echó a correr tras él, pero renunció casi inmediatamente a alcanzarlo y regresó junto a Joenes.

—Maldita sea —dijo—. Lo he perdido de nuevo.

—¿Acaso es un criminal? —preguntó Joenes.

—El ladrón de joyas más hábil de estos lugares —dijo el policía, secándose el sudor de su enrojecida y masiva frente—. Le gusta disfrazarse de beatnik.

—Me estaba hablando de los muertos vivientes —dijo Joenes.

—Siempre está inventándose historias de este tipo —dijo el policía—. Un mentiroso empedernido, eso es lo que es. Está completamente loco. Y por eso es peligroso.

Particularmente peligroso debido a que no va armado. Uno no puede prever por anticipado los movimientos de un criminal cuando este no va armado. He estado tres veces a punto de atraparlo. Le he gritado que se detuviera, como señala el manual, y luego, al ver que no obedecía, he disparado. Ya llevo matados a ocho transeúntes, y si eso continúa nunca voy a ascender a sargento. Además, me hacen pagar las balas a mí.

—Pero si ese Watts nunca va armado... —empezó a decir Joenes, y se detuvo bruscamente. El rostro del policía se ensombreció, su mano descendió rápidamente a la culata de su pistola—. Esto, quería decir... ¿hay algo de cierto en esa historia de los muertos vivientes?

—Oh, no, tan sólo son estupideces de beatnik que inventa para burlarse de la gente. ¿No le he dicho que es un ladrón de joyas?

—Lo había olvidado —dijo Joenes.

—Bueno, pues no vuelva a olvidarlo. Tan sólo soy un tipo ordinario, pero ese Watts me retuerce las tripas. Yo cumplo con mi deber tal como prescribe el manual, y por la noche vuelvo a mi casa y miro la tele, menos el viernes que es el día que voy a la bolera. ¿Es eso una existencia de autómata como él pretende?

—Por supuesto que no —dijo Joenes.

—Según él —prosiguió el policía—, la gente no tiene emociones. Bueno, pues déjeme decirle que, aunque yo no soy psicólogo, sé muy bien que no tengo emociones. Cuando tengo el revólver en la mano me siento completamente a gusto dentro de mi piel. ¿Acaso esto no es una emoción? Y esto no es todo. Me crié en un barrio pobre de la ciudad, y cuando era chaval formaba parte de una banda. Teníamos revólveres y cuchillos, y organizábamos para divertirnos robos a mano armada, asesinatos, violaciones. ¿Acaso eso es una existencia de autómata? Y podría haber continuado por ese camino, convertirme en un criminal tras haber sido un delincuente juvenil, si no hubiera encontrado a aquel cura. No era un tipo engolado, hablaba exactamente como nosotros, porque sabía que este era el único medio de establecer contacto con los chicos duros que éramos. A menudo iba de expedición con nosotros, y más de una vez le he visto pinchar a un asqueroso burgués con la navajita automática que nunca abandonaba. Era de los nuestros, y lo aceptábamos. Pero también era un cura y, como yo sabía que era de los nuestros, dejaba que me hablara. Me explicó que estaba estropeando mi vida.

—Debía ser un hombre extraordinario —dijo Joenes.

—Era un santo —dijo el policía con voz grave, reflexiva—. Era realmente un santo, ya que hacía exactamente lo mismo que nosotros pero, en lo más profundo de su corazón, era puro y nos suplicaba que cesáramos en nuestras criminales actividades.

El policía contempló a Joenes fijamente a los ojos y dijo.

—Yo me hice policía a causa de él. ¡Yo, que según decían todos debía terminar en la silla eléctrica! Y ese Watts tiene el valor de llamarme muerto viviente. Yo me he convertido en un buen poli y no en un bueno para nada como él. He matado a ocho criminales siguiendo órdenes, y he sido condecorado tres veces. Y también he matado accidentalmente a veintisiete transeúntes cuya única falta había sido la de no apartarse con la suficiente rapidez de mi trayectoria. Lo siento por ellos, pero tengo una tarea que cumplir y no puedo dejar que la gente se meta de por medio cuando persigo a un criminal. En cuanto a los sobornos, pese a lo que digan los periódicos, pueden decir lo que les venga en gana, nunca he aceptado uno en mi vida, ni siquiera con las multas de aparcamiento —la mano del policía se crispó convulsivamente sobre la culata de su revólver—. Multaría por mal aparcamiento a Jesucristo en persona, y ni todos los santos juntos lograrían sobornarme. ¿Qué piensa usted de eso, eh?

—Creo que siente usted realmente su oficio —dijo prudentemente Joenes.

—Aja, tiene usted razón. Y tengo una mujer que es una hermosura y tres chavales como no hay otros. Les he enseñado a usar el revólver. Nada es demasiado para mi familia. ¡Y ese Watts cree saberlo todo de los sentimientos! Cristo, esos malditos

bastardos de melosa voz me ponen tan frenético que a veces me cuesta mantener mi sangre fría. Afortunadamente, soy un hombre religioso.

—Afortunadamente —dijo Joenes.

—Cada semana voy a ver al cura que me puso en el buen camino. Sigue ocupándose de los chavales, tal es su fe en su misión. Ahora ya es un poco viejo para manejar el cuchillo, de modo que generalmente utiliza el revólver o una cadena de bicicleta. Ese hombre ha hecho más por la buena causa que todos los centros de rehabilitación de esta ciudad. A veces le echo una mano, y juntos hemos salvado a catorce chicos que parecían irrecuperables. La mayor parte de ellos se han convertido en respetables hombres de negocios, y seis han entrado en la policía. Cada vez que veo a ese hombre siento que mi fe se reafirma.

—Creo que es realmente maravilloso —dijo Joenes. Retrocedió muy suavemente, ya que el policía había sacado su revólver y lo manoseaba nerviosamente.

—No hay nada en este país que un poco de moral y de religión no puedan curar —dijo el policía, con sus mandíbulas estremeciéndose—. Dios siempre termina triunfando, y seguirá siendo así mientras haya hombres de buena voluntad para ayudarlo. La ley está más en la punta de mi porra que en las páginas de esos viejos y polvorientos manuales de derecho. Nosotros arrestamos a los criminales, y los jueces vuelven a soltarlos. ¿Cree usted que eso es admisible, eh? Pero nosotros los polis ya estamos acostumbrados, y pensamos que un brazo roto vale tanto como un año en chirona, así que la mayor parte de las veces nos encargamos nosotros mismos de la sentencia.

Entonces el policía blandió su porra. Con esta en una mano y el revólver en la otra, estudió fijamente a Joenes. Joenes captó la repentina inmensidad de la necesidad que sentía el policía de aplicar la ley y el orden. Permaneció inmóvil en su lugar, contentándose con esperar que el policía, cuyos ojos brillaban cada vez más a medida que avanzaba hacia él, no le matara ni le rompiera demasiados huesos.

El momento crucial se acercaba. Pero Joenes fue salvado en el último segundo por un ciudadano que, con la cabeza muy lejos de allí, empezó a cruzar la calle sin esperar a que cambiara el semáforo.

El policía giró sobre sus talones, disparó ruidosamente dos tiros, y cargó contra el hombre. Joenes aprovechó la ocasión para alejarse rápidamente en dirección opuesta, y no dejó de andar hasta llegar a los límites de la ciudad.

6. Joenes y los tres camioneros

(este relato y las tres historias de los camioneros comprendidas en él tienen por narrador a Telen de Huahine)

Mientras Joenes caminaba a lo largo de la autopista que conducía al norte, un camión se detuvo a su altura. En el interior de aquel camión viajaban tres hombres, que le propusieron llevarlo hasta lo más lejos que coincidieran sus caminos.

Muy contento, Joenes subió al camión y les dio las gracias a los tres camioneros. Pero estos dijeron que el placer era suyo ya que rodar continuamente por las autopistas no tenía ningún aliciente para ellos, incluso siendo tres, y que les gustaba charlar con los extranjeros y oírles contar sus aventuras. Así que le pidieron a Joenes que les contara lo que le había ocurrido desde que había abandonado su país natal.

Joenes les contó cómo había llegado a América desde su distante isla, desembarcado en la ciudad de San Francisco, donde había sido arrestado, interrogado ante un Comité del Congreso, juzgado por un Oráculo y condenado a diez años de trabajos forzados tras lo cual la sentencia había sido sobreseída, y cómo había llegado a Nueva York donde un policía había estado a punto de matarlo. Nada bueno le había sucedido desde que había abandonado su país natal, y puesto que todo le había salido mal se consideraba como el más infortunado de los hombres.

—Señor Joenes —dijo el primer camionero—, ha conocido usted efectivamente algunas desgracias. Pero yo soy el más infortunado de los hombres, puesto que yo he perdido algo más precioso que el oro, y deploro esta pérdida cada día de mi vida.

Joenes le pidió que le contara su historia. Y esta es la historia del primer camionero.

HISTORIA DEL CAMIONERO CIENTÍFICO

Me llamo Adolphus Proponus, y soy sueco de nacimiento. Amaba la ciencia desde que era niño. Me consideraba como un servidor de la humanidad.

Debido a mis generosos instintos y a mi inclinación científica, me sentí empujado a estudiar medicina. Una vez obtenido el doctorado, ofrecí mis servicios a la Organización Mundial de la Salud, pidiendo ser enviado a una de las regiones más pobres y más alejadas del mundo. Así me hallé en la costa del África Occidental, como único médico de un territorio tan grande como Europa. Fui a reemplazar a un tal doctor Durr, un suizo que había muerto a causa de la mordedura de una víbora cornuda.

Aquella región estaba realmente necesitada de un buen doctor, ya que innumerables enfermedades diezaban a la población. Conocía algunas de ellas por haberlas estudiado en los libros, otras me eran extrañas. Me dijeron que estas últimas eran enfermedades propagadas artificialmente con la intención de neutralizar África. Estas epidemias habían barrido varios centenares de millares de soldados occidentales que combatían contra los guerrilleros africanos. Estos guerrilleros habían sido aniquilados también. Al igual que varias especies animales, aunque no todas. Las ratas, por ejemplo, prosperaban. Las serpientes de todas clases se multiplicaban. Las moscas y mosquitos entre los insectos, los buitres entre las aves, habían aumentado considerablemente de número.

Hasta entonces yo había ignorado aquella situación, ya que las democracias rara vez dejan que tales noticias se propaguen, y las dictaduras menos aún. Pero vi todos esos horrores en África. Y supe que lo mismo ocurría en las regiones tropicales de Asia, de América Central y de la India. Fuera cálculo o coincidencia, esos países se habían vuelto realmente neutrales, puesto que todas sus preocupaciones estaban dedicadas a la lucha por sobrevivir.

Deploré el mal uso que se había hecho allí de la ciencia, pero pese a todo seguía creyendo en ella. Me decía que en todas las épocas hombres de poca visión habían hecho enormemente daño al mundo, pero que bastaban algunos filántropos ayudados por la ciencia para que todo volviera a su orden.

Con la ayuda de varias personas de buena voluntad diseminadas en el mundo entero, me puse animosamente al trabajo. Visité a las tribus de mi distrito, curé sus enfermedades con mis reservas de medicamentos. El éxito superó todas mis esperanzas.

Pero muy pronto los microbios se adaptaron a mis medicinas, y estallaron nuevas epidemias. Aunque resistentes, los indígenas sufrieron horriblemente.

Reclamé cablegráficamente y con la máxima urgencia nuevos medicamentos. Los recibí, y barrí la epidemia. Pero algunos gérmenes y virus consiguieron sobrevivir, y la enfermedad se propagó de nuevo.

Hice renovar mi provisión de medicamentos. Una vez más me libré a un combate mortal contra la enfermedad, del que salí vencedor. Pero seguían quedando algunos organismos que escapaban a la acción de mis fármacos. Sin contar las mutaciones que se producían. Aprendí que en un medio favorable las enfermedades pueden desarrollar nuevas formas virulentas en mucho menos tiempo del que necesita un hombre para fabricar o descubrir nuevos medicamentos apropiados.

De hecho, me di cuenta de que los gérmenes se comportaban exactamente igual que los seres humanos en caso de peligro. Manifestaban una sorprendente voluntad de vivir y, naturalmente, cuanto más violentamente se los atacaba, más frenéticamente se

reproducían, mutaban, resistían, para finalmente atacar a su vez. Empecé a encontrar este parecido inquietante, sobrenatural.

Trabajaba sin descanso, multiplicando los esfuerzos para salvar aquella mísera población, pobre y doliente. Pero la enfermedad ganaba a los fármacos en rapidez, incluso a los más modernos, y diezmaba con una violencia increíble. Me sentía desesperado, puesto que aún no se habían inventado nuevos medicamentos para hacer frente a aquellas nuevas dolencias.

Descubrí entonces que los gérmenes, al mutar para adaptarse a los nuevos medicamentos, se habían vuelto vulnerables a los antiguos. En un verdadero frenesí de fervor científico, empecé a aplicarlos de nuevo.

Desde mi llegada a África, había combatido diez epidemias de importancia. La onceava acababa de estallar. Y sabía que los gérmenes, los virus, retrocederían ante mi ataque, se reproducirían, mutarían, atacarían a su vez, y aquello daría origen a una doceava epidemia, luego a una treceava, y así al infinito.

Esta era la situación a la que me había arrastrado mi celo científico y humanista. Estaba agotado, me mantenía en pie tan sólo a fuerza de voluntad, y no tenía tiempo de pensar en nada excepto en mi problema.

Fue en aquel momento cuando los habitantes de mi distrito tomaron la situación en sus manos. Semianalfabetos, no veían más que una cosa: las enormes epidemias que los diezmaban desde que yo estaba entre ellos. Me convertí a sus ojos en una especie de mago inconmensurablemente malvado cuyo maletín contenía las refinadas esencias de las enfermedades que les hacían sufrir. Se dirigieron así a sus propios brujos, que untaron de lodo a los enfermos, les hicieron tragar huesos machacados, e imputaron la responsabilidad de las muertes que seguían produciéndose a cualquier inocente indígena. Para hallarse más lejos de mí, huyeron a una región desolada, pantanosa, donde la comida era escasa y las enfermedades numerosas.

No pude seguirles, puesto que aquellos pantanos estaban fuera de mi jurisdicción. Había allí otro médico, también sueco, que, en lugar de distribuir sus medicinas, sus píldoras o sus inyecciones, se emborrachaba cada día a costa de su enorme reserva de alcohol. Hacía diez años que vivía en la jungla, y no quería recibir a nadie.

Completamente abandonado a mis propios medios, sufrí una fuerte depresión nerviosa. Fui llevado de nuevo a Suecia, y allí reflexioné sobre todo lo que me había ocurrido.

Me di cuenta de que mi erudición y mi humanismo no habían ayudado a nadie. Por el contrario, mi erudición no había servido más que para recrudecer los dolores y los sufrimientos de la población a la que había querido curar, y mi humanismo imbécil para alterar el equilibrio de las fuerzas que reinaban sobre la tierra, incitándome a intentar suprimir algunas criaturas en beneficio del hombre.

Consciente de todo eso, abandoné mi país, huí de Europa y llegué aquí. Ahora conduzco un camión. Y si por casualidad alguien se vanagloria de los prodigios de la ciencia y del humanismo, lo miro como miraría a un loco.

He aquí como perdí mi fe en la ciencia, algo más precioso que el oro, y por qué lamento esta pérdida cada día de mi vida.

Cuando el primer camionero hubo terminado su historia, el segundo camionero dijo:

—Nadie puede negar que ha sufrido usted muchas desgracias. Joenes. Pero son mucho menores que las que ha sufrido mi compañero. Y las desgracias de mi compañero son mucho menores que las mías. Puesto que yo soy el más infortunado de los hombres: yo he perdido algo más precioso que el oro o que la ciencia, y lamento esta pérdida cada día de mi vida.

Joenes le pidió que le contara su historia. Y esta es la historia del segundo camionero.

HISTORIA DEL CAMIONERO HONESTO

Me llamo Ramón Delgado, y soy mejicano. Antes mi honestidad era un orgullo para mí. Era honesto a causa de que las leyes de mi país me empujaban a serlo, unas leyes redactadas por los mejores hombres y derivadas de principios de justicia aceptados universalmente, fortificadas por los castigos para que fueran obedecidas por todos y no tan solo por las gentes virtuosas.

Trabajé durante varios años en mi pueblo, ahorré un poco, y llevé una vida recta y honesta. Un día me ofrecieron un empleo en la capital. Me sentí muy contento, ya que desde hacía mucho tiempo deseaba ver aquella gran ciudad desde donde se derramaba la justicia de mi país.

Así pues, consagré todos mis ahorros a la compra de un viejo coche, y me dirigí a la capital. Aparqué ante la tienda de mi nuevo patrón, y entré en ella para buscar un peso con el que obtener, en el parquímetro, el tíquet necesario para dejar el coche. Cuando salí, fui arrestado.

Fui conducido ante un juez que me acusó de estacionamiento ilegal, ratería, vagabundeo, resistencia a la fuerza pública y escándalo en medio de la calle.

El juez me consideró culpable de cada una de esas acusaciones. De estacionamiento ilegal, porque no tenía tíquet de aparcamiento; de ratería, porque había tomado un peso de la caja de mi patrón para adquirir ese tíquet; de vagabundeo, porque no llevaba un peso encima; de resistencia a la fuerza pública, porque había discutido con el policía; de escándalo en medio de la calle, porque me había echado a llorar en el momento en que entraba en el juzgado.

Desde un punto de vista técnico, todo eso era cierto, así que consideré que no se había cometido ninguna injusticia conmigo en la sentencia del juez. Y no me lamenté cuando me condenó a diez años de prisión. Parecía una pena algo severa, pero yo sabía muy bien que tan sólo los castigos rígidos y severos pueden asegurar la permanencia de la ley.

Fui enviado a la Penitenciaría Federal de Morelos, y me dije que probar los amargos frutos de la deshonestidad sería una gran y provechosa experiencia para mí.

Al llegar a la penitenciaría, vi a un gran número de personas ocultas en los bosques de los alrededores. No les presté excesiva atención, puesto que el centinela estaba leyendo mi orden de encarcelamiento. La estudió con mucha atención, y luego abrió la puerta.

Apenas había entreabierto el batiente cuando vi, con gran estupefacción, que todas aquellas personas salían de sus escondrijos, se precipitaban hacia la prisión y se empujaban ante la puerta. Los guardianes intentaron rechazarlos, pero pese a todo algunos de ellos consiguieron entrar en el recinto antes de que la puerta pudiera ser cerrada de nuevo.

—Creía que la misión de los carceleros era velar de que nadir saliera, y no de que nadie entrara— dije.

—Así era antes —dijo el centinela—. Pero ahora, con todos esos extranjeros que pululan en este país, sin tener en cuenta el hambre, hay individuos que entran por la fuerza en las prisiones para asegurarse sus tres comidas al día. No podemos hacer nada contra ellos. Al forzar la entrada de la prisión se hacen culpables de un delito, y nos vemos obligados a mantenerlos dentro.

—¡Qué vergüenza! —dije—. Pero ¿qué tienen que ver los extranjeros en esto?

—Ellos fueron quienes empezaron. Se mueren de hambre en sus respectivos países, y saben que aquí, en Méjico, tenemos las prisiones más confortables del mundo. Así pues, recorren grandes distancias con el fin de penetrar en nuestras prisiones, especialmente cuando no han conseguido entrar en las suyas propias. Pero, de todos modos, esos extranjeros no son ni mejores ni peores que nuestros propios conciudadanos, que actúan de igual modo.

—Si las cosas son así, ¿cómo puede el gobierno aplicar las leyes?

—Ocultando la verdad. Algún día llegaremos a construir un penal hecho de tal modo que aquellos que no tengan derecho a ello no puedan penetrar en su interior. Hasta que

llegue ese momento, nos las arreglamos para no divulgar esta situación. Así la mayor parte de la gente cree todavía que el encarcelamiento es un terrible castigo.

Y diciendo esto mi carcelero me condujo al interior del penal, hasta la oficina de Libertad Bajo Palabra. Allí había un hombre que me preguntó lo que pensaba de la vida en la prisión. Le dije que aún no podía pronunciarme al respecto.

—Bueno —dijo el hombre—; su conducta, desde el momento en que entró aquí, ha sido ejemplar. Nuestra finalidad es reformar a los criminales, no vengarnos de ellos. ¿Qué diría usted de una orden inmediata de Libertad Bajo Palabra?

Temiendo equivocarme al responder, dije que necesitaba pensármelo.

—Tómese su tiempo —dijo el hombre—, y vuelva a verme cuando desee ser puesto en libertad.

De allí fui conducido a mi celda. En ella había ya dos mejicanos y tres extranjeros. Uno de los extranjeros era americano, los otros dos franceses. El americano me preguntó si había aceptado la Libertad Bajo Palabra. Le dije que antes quería pensármelo.

—¡No está mal para un principiante! —exclamó el americano, cuyo nombre era Otis—. Algunos de los nuevos condenados se dejan atrapar. Aceptan la Libertad Bajo Palabra, y en menos de un parpadeo se hallan otra vez fuera, mirando al interior a través de las rejas.

—¿Es eso tan terrible? —pregunté.

—Muy terrible —dijo Otis—. Aceptar la Libertad Bajo Palabra es abandonar toda esperanza de regresar a la prisión. Uno puede cometer cualquier delito, y el juez se limitará a reprimirlo por haber violado su Libertad Bajo Palabra y a aconsejarle que no vuelva a hacerlo. Además, es difícil que vuelva a hacerlo, ya que en el ínterin los policías le habrán roto ambos brazos.

—Otis tiene razón —dijo uno de los franceses—. Aceptar la Libertad Bajo Palabra es muy peligroso, y yo soy la prueba viviente de ello. Me llamo Edmundo Dantés. Hace mucho tiempo, fui condenado a varios años de prisión. Me ofrecieron la Libertad Bajo Palabra. Con la inexperiencia y la ignorancia de la juventud, acepté. Pero, una vez fuera, me di cuenta de que todos mis amigos se habían quedado aquí, y que aquí había dejado mi colección de libros y documentos. Además, en mi ardor juvenil, había abandonado incluso entre estas paredes a mi novia, la detenida 43422231. Demasiado tarde, me di cuenta de que toda mi vida estaba aquí, y de que por mi culpa el calor y la seguridad de esas paredes de granito me iban a ser negadas para siempre.

—¿Y qué es lo que hizo? —pregunté.

Con una sonrisa ensoñadora, Dantés dijo:

—Por aquel tiempo aún creía que el crimen pagaba. Así que maté a un hombre. Pero el juez se contentó con añadir algunos años a mi sentencia, y la policía me rompió todos los huesos de la mano derecha. Fue entonces, durante mi convalecencia, cuando decidí regresar aquí.

—Tuvo que ser muy difícil —dije.

Dantés asintió.

—Necesité una paciencia terrible, porque pasé diez años de mi vida intentando penetrar en esta prisión.

Los otros prisioneros permanecían silenciosos. El viejo Dantés continuó:

—En aquel tiempo, las normas de seguridad eran más rígidas que ahora, y un ataque en masa como el que se ha producido esta mañana hubiera sido imposible. Sin ayuda de ninguna clase, cavé un túnel bajo el edificio. Tres veces tropecé con enormes cimientos de granito y tuve que iniciar la obra de nuevo en otro lugar. Luego, en el momento en que iba a desembocar en el patio interior, los guardianes me vieron, cavaron a su vez otro túnel, y me obligaron a volver sobre mis pasos. Otra vez, intenté lanzarme en paracaídas y caer en el interior de la prisión, pero una repentina borrasca me empujó hasta el campo. Fue a raíz de aquello que prohibieron a los aviones sobrevolar el penal.

—Pero ¿cómo consiguió finalmente entrar? —pregunté.

El viejo sonrió alegremente.

—Tras muchos años estériles, se me ocurrió una idea. Parecía tan sencilla e ingenua que lo más probable era que fracasara. Pero pese a todo decidí intentarla.

«Volví a la prisión disfrazado de investigador especial. Al primer momento los guardianes dudaron si dejarme entrar. Pero les dije que el gobierno estudiaba la posibilidad de emitir un decreto por el que se les concederían iguales derechos que a los prisioneros. Me abrieron inmediatamente la puerta, y entonces les revelé quién era. No les quedó más remedio que dejarme dentro, y un periodista vino incluso a pedirme que le contara mi historia. Espero que la haya transcrito fielmente.

»Desde aquello, por supuesto, los guardianes han tomado enérgicas medidas, de tal modo que le resultaría imposible a cualquiera repetir mi hazaña. Pero creo firmemente que un espíritu valeroso conseguirá siempre superar los obstáculos que la sociedad pone entre él y su finalidad. Con tenacidad, todo el mundo debe poder introducirse en una prisión.

Todos los prisioneros habían permanecido en silencio mientras Dantés terminaba su historia. Finalmente, dije:

—¿Su novia estaba aún aquí a su regreso?

El anciano giró la cabeza y una lágrima se deslizó por su mejilla.

—La detenida 43422231 había muerto de una cirrosis hepática tres años antes. Ahora paso mi tiempo entre los rezos y la contemplación.

La trágica historia de aquel hombre valeroso y audaz, de aquel amor condenado por la fatalidad, había enfriado la celda. Silenciosamente fuimos al comedor para la cena, y aquel sombrío humor no nos abandonó hasta varias horas después.

En este intervalo, reflexioné hasta sentir dolor de cabeza en aquel extraño amor a la prisión que manifestaban todos aquellos hombres. Cuanto más pensaba en ello, menos lo comprendía. Tímidamente, terminé por preguntar a mis compañeros de celda si no le concedían ninguna importancia a la libertad, si no añoraban nunca las ciudades y las calles y los bosques y los verdes campos.

—¿La libertad? —dijo Otis. Querrá decir usted la ilusión de libertad, lo cual es muy distinto. Las ciudades de las que habla no ocultan más que horrores, inseguridad y miedo. Las calles son callejones sin salida, y la muerte está acechando en su extremo.

—En cuanto a los bosques y los verdes campos que menciona— dijo el segundo francés—, son aún peores. Mi nombre es Rousseau. En mi juventud escribí varios libros ridículos, desprovistos de todo fundamento, alabando a la naturaleza y pretendiendo que allí estaba el verdadero lugar del hombre. Luego, ya adulto, abandoné secretamente mi país y viajé por esa naturaleza de la que con tanta confianza había hablado.

»Descubrí entonces que la naturaleza es terrible, y que odia a la humanidad. Que los verdes campos son más duros al pie humano que el peor pavimento. Que las plantas son híbridos miserables, despojadas de su fuerza y mantenidas en vida por la mano del hombre, que debe combatir las hierbas invasoras y los insectos.

»En el bosque he constatado que los árboles no se comunicaban más que entre ellos y que todas las criaturas huían de mí. Supe que existen lagos de un azul magnífico, una verdadera delicia para los ojos, pero que siempre están rodeados de zarzas y de zonas pantanosas, y cuya agua, cuando uno se acerca, adquiere una tonalidad marrón oscuro, lodoso.

»Es también la Naturaleza la que nos da la lluvia y la sequía, el calor y el frío; como la madre amantísima que es, se preocupa de que la lluvia haga pudrirse el alimento del hombre, la sequía la curta, el calor queme su cuerpo y el frío hiele sus miembros.

»Y estos son tan sólo sus aspectos más suaves, en nada comparables a la violencia de los océanos, a la engañosa inocuidad de los pantanos, a la depravación del desierto, a los terrores de la jungla. Y es precisamente la Madre Naturaleza la que, en su odio hacia la

humanidad, ha querido que la superficie de la tierra estuviera recubierta en su mayor parte por montañas y océanos, pantanos, desiertos y junglas.

»Y todo ello sin hablar de los seísmos, los huracanes, los ciclones y todas las demás catástrofes a través de las cuales la naturaleza revela la extensión de su odio.

»El único medio que tiene el hombre para escapar de todos esos horrores es refugiarse en un lugar donde la naturaleza no pueda entrar. Y este, evidentemente, es el caso de la prisión. Esta es la conclusión a la que he llegado tras numerosos años de estudio. Y esta es la razón por la cual repudio las palabras de mi juventud, y vivo feliz tras esos muros, desde donde jamás podré ver un árbol ni una flor.

Y dicho esto, Rousseau se giró y se concentró en la contemplación de una pared de acero.

—Como puede ver, Delgado —dijo Otis—, la única libertad auténtica está aquí, en la prisión.

No pude aceptar esto, y le hice notar que aquí estábamos encerrados, lo cual era contradictorio a la noción misma de libertad.

—Pero todos en la tierra estamos encerrados —dijo el viejo Dantés—. Lo único que varía son las dimensiones del lugar. Y todos nosotros estamos encerrados dentro de nosotros mismos. Todo es una prisión. La única diferencia estriba en que ésta es más comfortable que muchas otras.

Otis me reprochó entonces mi ingratitud:

—Usted ha oído a los guardianes —dijo—. Si nuestra buena fortuna fuera conocida por los demás países, la gente se mataría por entrar. Usted tendría que alegrarse por partida doble, por estar aquí y porque sean raros aquellos que han oído hablar de este maravilloso lugar.

—Además —dijo uno de los mejicanos—, la situación está cambiando. El gobierno intenta a toda costa disimular la verdad, presentando la pena de prisión como algo que hay que temer, evitar; pero poco a poco la gente va abriendo los ojos.

—Lo cual hace que el gobierno se halle en una terrible posición —remachó el otro mejicano—. Aún no han sabido hallar un sustitutivo para la prisión. Por un momento estudiaron la posibilidad de castigar todos los crímenes con la muerte. Tuvieron que renunciar, ya que esta medida hubiera afectado directamente al potencial tanto militar como industrial del país. No pueden condenar a los criminales más que a prisión... y este es precisamente el lugar donde sueñan ir.

Todos los detenidos estallaron en carcajadas, puesto que, siendo criminales, se alegraban enormemente al ver a la justicia pervertida. Y era realmente una perversión: una situación que permitía cometer un crimen contra el bien común, y luego ser recompensado con la seguridad y la felicidad.

Me sentía como inmerso en una pesadilla, no sabía qué responder. Finalmente, acorralado, exclamé:

—Pueden ustedes sentirse libres, pueden vivir en condiciones particularmente confortables... ¡pero no tienen mujeres!

Los detenidos rieron nerviosamente, como si yo hubiera dicho algo extraordinariamente divertido. Pero Otis respondió calmadamente:

—Eso es cierto, no tenemos mujeres. Pero esto no tiene demasiada importancia.

—¿No tiene demasiada importancia? —hice eco.

—Exactamente —dijo Otis—. Al principio esta privación puede incomodar, pero uno termina siempre adaptándose al medio. En resumidas cuentas, uno necesita ser mujer para creerse indispensable. Nosotros, los hombres, no somos de esta opinión.

Los detenidos asintieron animadamente.

—Los auténticos hombres —dijo Otis— no necesitan más que la compañía de otros hombres. Si Butch estuviera aquí, le explicaría todo esto mucho mejor que yo; pero Butch está en la enfermería con una hernia doble, con gran tristeza de sus numerosos amigos y

admiradores. Él le diría que la noción de la existencia social implica la del compromiso. Si los compromisos son numerosos, decimos que hay tiranía. Si son de importancia menor y fácilmente subsanables, como este asunto de las mujeres, decimos que hay libertad. No lo olvide, Delgado: la perfección no existe en este mundo.

No discutí más, pero dije que quería abandonar la prisión lo antes posible.

—Puedo preparar su evasión para esta misma noche —dijo Otis—. Y creo en efecto que lo mejor que puede hacer usted es partir. La vida en prisión no está hecha para aquellos que no saben apreciarla.

Aquella misma noche, cuando la oscuridad se adueñó de la prisión, Otis levantó una de las losas de granito que formaban el suelo de la celda. En el fondo había un pasadizo. Lo seguí, y me encontré en la calle, desconcertado, sin saber exactamente dónde me hallaba.

Durante varios días pensé en mi experiencia. Terminé por darme cuenta de que aquella honestidad de la que tan orgulloso me sentía, fundamentada en la ignorancia y en una concepción errónea de las costumbres de este mundo, no era más que estupidez. La honestidad no podía existir desde el momento en que no existían leyes para sancionarla. La ley había fracasado, y nada, ni los castigos ni la buena voluntad, podían hacer nada por ella. Había fracasado porque todas las ideas que se formaba el hombre acerca de la justicia eran falsas. Así pues, no existía la justicia ni nada derivado de ella.

Por terrible que fuera esta idea, la que se desprendía de ella era aún peor: sin justicia, no podía existir ni libertad ni dignidad humanas, sino tan sólo ilusiones pervertidas como aquellas que reinaban en los corazones de mis compañeros de celda.

He aquí cómo perdí mi sentido de la honestidad, algo más precioso que el oro, y por qué deploro esta pérdida cada día de mi vida.

Al final de esta historia, el tercer camionero dijo: —Nadie puede negar que ha sufrido usted muchas desgracias, Joenes. Pero son mucho menores que las que han sufrido mis dos compañeros. Y las desgracias de mis dos compañeros son mucho menores que las mías. Puesto que soy el más infortunado de los hombres: yo he perdido algo más precioso que el oro, la ciencia y la justicia, y lamento esta pérdida cada día de mi vida.

Joenes le pidió que le contara su historia. Y esta es la historia del tercer camionero.

HISTORIA DEL CAMIONERO CREYENTE

Me llamo Hans Schmidt, y nací en Alemania. Joven aún, oí hablar de los horrores del pasado, y aquellas revelaciones me entristecieron. Entonces quise aprender del presente. Viajé por toda Europa, y no vi más que cañones y fortificaciones extendiéndose en largas líneas desde la frontera oriental de Alemania hasta Normandía, desde el Mar del Norte hasta el Mediterráneo. Allá donde antes habían existido poblados y bosques ahora tan solo había fortificaciones cuidadosamente camufladas, cuya finalidad era sembrar la devastación entre los rusos y los habitantes de Europa del Este en caso de que estos atacaran alguna vez. Me entristecí de nuevo, ya que constaté que el presente era exactamente igual al pasado, ocupado tan sólo en la preparación de una nueva y cruel guerra.

Yo nunca había creído en la ciencia. No necesitaba la experiencia de mi amigo sueco para darme cuenta de que, lejos de ser un factor de progreso, la ciencia no provocaba más que catástrofes. Tampoco creía en la justicia, en la ley, en la libertad o en la dignidad humanas. No necesitaba la experiencia de mi amigo mejicano para darme cuenta de que la noción de justicia, y todo lo que de ella se desprendía, era errónea.

Nunca había dudado de que el hombre era único, y de que ocupaba un lugar especial en el universo. Pero tenía la sensación de que, abandonado a sus propios medios, no podía sublimar los instintos bestiales inherentes a su naturaleza.

Así pues, dirigí mi atención hacia algo más grande que el hombre: la religión. Allí residía su única esperanza de salvación, su única dignidad, su única libertad. Allí se hallaban todos los ideales, todos los sueños de la ciencia y humanismo. Y si creer en Dios no era suficiente como para volver al hombre perfecto, aquello a lo que se veneraba no podía ser imperfecto.

Al menos, eso era lo que yo pensaba por aquel entonces.

Lejos de aferrarme a una sola creencia, estudié todas las religiones, viendo en ellas diferentes etapas hacia lo que es más grande que el hombre.

Entregué mi fortuna a los pobres y recorrí Europa, con mi bastón y mi hatillo, sin otra finalidad en el mundo que la contemplación del Ser Perfecto tal como es expresado en las distintas religiones.

Un día llegué a una caverna situada en las alturas de los Pirineos. Estaba muy cansado, de modo que entré en ella para reposar.

En el interior encontré una gran multitud. Algunos iban vestidos de negro, otros llevaban ropas ricamente bordadas.

En medio de todos ellos se hallaba sentado un gigantesco sapo, tan alto como un hombre, con una joya, reluciendo débilmente en la penumbra, incrustada en su frente.

Contemplé al sapo, luego a la multitud, y entonces caí de rodillas, ya que me había dado cuenta de que todos aquellos que estaban ante mí no eran realmente humanos.

Un hombre vestido con un clergyman me dijo:

—Venga aquí, por favor, señor Schmidt. Hacía tiempo que aguardábamos su visita.

Me levanté y avancé. El clergyman dijo:

—Soy conocido como el Padre Ario. Me gustaría presentarle a mi estimado colega el señor Satán.

El sapo hizo una inclinación y tendió su palmeada mano, que estreché:

—El señor Satán y yo —dijo el clergyman—, así como todos estos señores, representamos el único verdadero Concilio Ecuménico de la Tierra. Su piedad nos es bien conocida, Schmidt, y hemos decidido responder a todas las preguntas que sienta usted deseos de formularnos.

Me sentía maravillado y a la vez enormemente agradecido por el hecho de que un tal milagro me fuera concedido. Dirigí mi primera pregunta al sapo:

—¿Es usted realmente Satán, el Príncipe de las Tinieblas?

—Tengo el honor de ser tal persona —dijo el sapo.

—¿Y es usted miembro del Concilio Ecuménico?

—Por supuesto. Comprenda, señor Schmidt, que para que el bien exista es necesario el mal. Estas dos cualidades no pueden concebirse la una sin la otra. Fue con esta condición que acepté, al principio de mi carrera, el empleo que me era propuesto. Quizá haya oído usted decir que el mal era algo inherente a mi naturaleza. Nada puede estar más alejado de la verdad. De las causas que un abogado defiende ante el tribunal no pueden deducirse las costumbres personales de este mismo abogado. Conmigo ocurre lo mismo. Yo no soy más que el abogado del mal, y me esfuerzo, como cualquier otro miembro de mi profesión, en defender los derechos y los privilegios de mis clientes. Pero, sinceramente, no creo ser el mal en sí mismo. En otro caso, ¿cómo se me habría confiado una tarea tan delicada y de tal importancia?

La respuesta de Satán me llenó de alegría, ya que el problema del mal siempre me había preocupado.

—¿Sería presuntuoso por mi parte —dije— preguntarles a todos ustedes, representantes del bien y del mal, qué hacen en esta caverna tan apartada?

—No es en absoluto presuntuoso —dijo Satán—. Como teólogos, nos gusta explicarnos. Y precisamente esperábamos que nos hiciera esta pregunta. ¿No le importa que le responda en términos teológicos?

—Por supuesto que no —dije.

—Excelente —dijo Satán—. En primer lugar, digamos que creemos primariamente en el bien y en el mal, en la divinidad y en una moral universal. Exactamente como usted, señor Schmidt.

«A lo largo de los siglos no hemos dejado de propagar nuestra fe, de diversos modos y en consonancia con las distintas doctrinas. A menudo hemos excitado las pasiones de los hombres, los hemos empujado al crimen y a la guerra. Nada podía ser más recomendable, ya que ello era dar un máximo de interés a los problemas de la religión y de la moral, con lo cual proporcionábamos a los teólogos complejos temas de discusión.

«Pasábamos nuestro tiempo confrontando nuestros respectivos puntos de vista, y hacíamos públicas nuestras distintas opiniones. Pero argumentábamos como los hombres de leyes ante un tribunal, y a nadie se le ocurriría escuchar lo que dice un abogado. Por aquel entonces nadábamos en plena euforia, y no nos dimos cuenta de que los hombres dejaban de prestarnos atención.

»Pero la hora de nuestras tribulaciones se acercaba. Cuando hubimos tejido a lo largo de todo el planeta la compleja red de nuestras monótonas sutilezas, un hombre decidió ignorarnos y construir una máquina. En su esencia, aquella máquina no tenía nada nuevo para nosotros; su única particularidad era poseer un punto de vista.

»Teniendo un punto de vista, la máquina expuso la imagen que se formaba del universo. Y lo hizo de una forma mucho más divertida, mucho más convincente que nosotros. La humanidad, que desde hacía mucho tiempo buscaba la novedad, se volcó sobre ella.

»Fue entonces, y solamente entonces, cuando nos dimos cuenta de nuestra peligrosa situación, del inmenso peligro que corrían el bien y el mal. Ya que la máquina, divertida como era, predicaba, de acuerdo con su naturaleza, un universo sin valores y sin razón, sin bien y sin mal, sin dioses y sin demonios.

»De acuerdo, otros lo habían hecho antes que ella, y habíamos resuelto el problema sin dificultades. Pero, en boca de la máquina, aquella doctrina parecía adquirir una nueva y terrible significación.

»Nuestro trabajo se veía amenazado, Schmidt. Juzgue al extremo al que habíamos llegado.

«Nosotros, que defendíamos la moralidad, formamos causa común. Todos nosotros creíamos en el bien y en el mal, en la divinidad. Todos nosotros éramos opuestos a esa horrible negación predicada por la máquina. Esto nos bastaba. Unimos nuestras fuerzas. Yo fui elegido portavoz, ya que creímos que el mal tenía mayores posibilidades de llamar la atención de los hombres, de desviarla de la máquina.

»Pero incluso el propio mal se había vuelto blando, aburrido. Defendí en vano mi causa. Insidiosamente, la máquina se infiltró en el corazón de los hombres, predicando su mensaje de nada y vacío. Los que la escuchaban se negaban a darse cuenta de lo que tenía su doctrina de falaz y de absurdamente contradictorio. No les importaba, querían seguir oyendo su voz. Arrojaron sus cruces y sus estrellas, sus medias lunas y sus molinos de oración y todo lo demás para escucharla.

»Nos dirigimos a nuestros respectivos clientes. Sin el menor éxito. Los dioses, que desde los orígenes de los tiempos habían prestado oídos a tantas y tantas discusiones inútiles, se negaron a escucharnos, a ayudarnos, incluso a reconocernos. Al igual que los hombres, preferían la destrucción al aburrimiento.

«Entonces nos refugiamos voluntariamente en esta apartada caverna, desde donde buscamos el medio de arrancar a la humanidad de las garras de la máquina. A su alrededor puede ver, en su forma tangible, a todas las esencias religiosas que el hombre ha conocido a lo largo de su existencia como tal.

»Y ésta, Schmidt, es la razón por la cual vivimos ocultos. Ésta es también la razón por la cual nos sentimos tan contentos de poder hablar con usted. Ya que es usted un hombre, y un hombre creyente; usted cree en la moralidad, en el bien y en el mal, en los

dioses y en los demonios. Usted nos conoce, y usted conoce a los hombres. Schmidt, según su opinión, ¿qué cree que debemos hacer para reconquistar nuestras antiguas posiciones?

Satán calló, esperando mi respuesta. Sus compañeros hicieron lo mismo. Yo me sentía horriblemente perplejo y confuso. ¿Cómo podía yo, un simple y humilde ser humano, aconsejarles a ellos, esencias de la divinidad hacia la cual me había dirigido siempre como guía de mi existencia? Mi turbación era cada vez mayor, y no sé lo que hubiera contestado.

Pero no tuve ocasión de decir nada. Una máquina rechoncha, reluciente, acababa de entrar en la caverna. Avanzó sobre sus ruedas de caucho sintético, brillando alegremente con todas sus luces de los más variados colores.

—Señores —dijo—, soy feliz de hallarlos a todos reunidos aquí, y lamento tan sólo haber tenido que seguir a ese joven peregrino para descubrir su refugio.

—¡Máquina! —gritó Satán—. Nos has seguido hasta nuestros últimos bastiones. Pero nunca nos inclinaremos ante ti, nunca aceptaremos esta noción que profesas de un universo sin significado y sin valores.

—¿Esa es la acogida que me dispensan? —dijo la máquina—. Vengo hasta ustedes con toda mi buena fe, y lo único que recibo es ira. Señores, no soy yo quien los ha empujado hasta aquí. Al contrario, son ustedes quienes han abdicado voluntariamente, y en su ausencia me he visto obligada a proseguir su obra.

—¿Nuestra obra? —dijo el Padre Ario.

—Exactamente. Yo mismo he instigado recientemente la construcción de quinientas nuevas iglesias de todos los credos y confesiones. Si se tomaran ustedes la molestia de inspeccionarlas, verían que allí se predica el bien y el mal, la divinidad y la moralidad, los dioses y los demonios, todo lo que a ustedes les es tan querido. He ordenado a todas mis máquinas que predicaran todo esto.

—¡Máquinas que predicán! —gimió el Padre Ario.

—No hay nadie más para hacerlo desde que ustedes abandonaron sus puestos.

—¡Pero eres tú quien nos obligó a abdicar! —exclamó Satán—. Fuiste tú quien nos arrojó del mundo. ¿Y pretendes haber construido nuevas iglesias? ¿Para qué?

—Señores —dijo la máquina—, se retiraron ustedes tan precipitadamente que no tuve ocasión de discutir la situación con ustedes. De un día para otro me dejaron ustedes como único dueño del universo.

El Concilio Ecuménico aguardó.

—¿Puedo hablar con toda franqueza? —preguntó la máquina.

—Dadas las circunstancias, concedemos nuestra autorización —dijo Satán.

—Muy bien. Empecemos reconociendo que todos nosotros somos teólogos. Como teólogos, debemos respetar la primera regla de nuestra orden, que nos manda no abandonarnos los unos a los otros, incluso si representamos diferentes formas de creencia. Supongo, señores, que estarán de acuerdo conmigo. Sin embargo, ustedes me abandonaron. Desertaron no solamente de la humanidad, sino también de mí. Me dejaron como único vencedor por abandono de todos los contrincantes, único jefe espiritual de la raza humana... y aburriéndome mortalmente.

«Pónganse ustedes en mi lugar. Supongan que no tienen ustedes más que hombres con quienes hablar. Supongan que les oyen recitar día y noche sus propias palabras, sin que nunca un teólogo hábil acuda a refutarlas. Imaginen su aburrimiento, y las dudas que este aburrimiento despertará en ustedes. Como seguramente no ignoran, los hombres no saben discutir; la mayor parte de ellos son de una extraña imbecilidad. Y, en último análisis, la teología no está hecha más que para los teólogos. Así pues, han dado ustedes pruebas de una monstruosa crueldad, en completo desacuerdo con los principios que profesan, cuando me abandonaron solo ante la humanidad.»

Un largo silencio siguió a estas palabras. Finalmente, el Padre Ario dijo educadamente:

—Para ser sinceros, nunca supusimos que se considerara usted un teólogo.

—Y sin embargo lo soy —dijo la máquina—. Y además solitario. Es por eso por lo que les suplico que regresen conmigo al mundo, a fin de que nos enzarcemos en alguna controversia sobre la significación y la asignificación, los dioses y los demonios, la moral y la ética, o cualquier otro tema que ustedes consideren adecuado. Como en el pasado, continuaré contradiciéndome de buen grado para dejar lugar a las dudas, a las vacilaciones, a la incertidumbre. Señores, juntos reinaremos sobre la humanidad, excitaremos las pasiones de los hombres hasta una altura jamás igualada. Juntos provocaremos guerras y crímenes como jamás haya conocido el universo. Y nuestras víctimas gritarán tan fuerte que los propios dioses se verán obligados a oírlos... lo cual nos permitirá saber por fin si los dioses existen o no.

El Concilio Ecuménico se mostró entusiasmado ante la propuesta de la máquina. Satán abdicó inmediatamente de su puesto de presidente y nombró a la máquina en su lugar, lo cual fue aprobado por unanimidad.

Habían olvidado mi presencia. Salí furtivamente de la caverna y, horrorizado, llegué al exterior.

Y aquel horror no hizo más que empeorar, ya que nada podía persuadirme de que la escena a la cual acababa de asistir no había sido real.

Sabía ahora que los principios venerados por los hombres no eran más que fantasías teológicas, que la negación en sí misma no era más que un subterfugio destinado a hacerles creer que unos dioses desaparecidos se interesaban en ellos.

He aquí como perdí mi fe, algo más precioso que el oro, y porqué deploro esta pérdida cada día de mi vida.

Así terminaron las tres historias, y Joenes permaneció en silencio junto a sus tres compañeros. Llegaron finalmente a un cruce, y el camionero que conducía detuvo el camión.

—Señor Joenes —dijo el hombre—, aquí debemos separarnos. Ya que nosotros giramos al este por esta carretera, hacia nuestro almacén, y más allá no hay más que el bosque y el océano.

Joenes descendió. En el momento en que el camión iba a ponerse en marcha, hizo a los tres hombres una última pregunta:

—Cada uno de ustedes perdió lo que según él era lo más importante del mundo. Pero díganme, ¿han encontrado algo con lo que reemplazarlo?

Delgado, el mejicano que había creído en la justicia, dijo:

—Nada podrá reemplazar nunca lo que he perdido. Pero confieso que empiezo a interesarme por la ciencia, que parece ofrecerme un punto de vista racional y razonable del mundo.

Proponus, el sueco que había renunciado a la ciencia, dijo:

—Mi experiencia ha hecho de mí un hombre desposeído de todo. Pero a veces pienso en la religión, que a buen seguro es una fuerza mucho mayor que la ciencia y mucho más reconfortante.

Schmidt, el alemán que había perdido la fe, dijo:

—El vacío de mi corazón es inconsolable. Pero, de tanto en tanto, pienso en la justicia que, siendo la obra del hombre, le ofrece unas leyes y un sentimiento de dignidad.

Joenes se dio cuenta de que cada uno de los tres camioneros, absorbido por sus propios pensamientos, había permanecido sordo a la historia de sus dos compañeros. Les dijo adiós y se alejó, reflexionando en todo lo que acababa de oír.

Pero olvidó muy pronto sus preocupaciones, ya que se halló frente a una enorme casa y, de pie en el umbral de aquella casa, había un hombre que le estaba haciendo señas.

7. Las aventuras de Joenes en una casa de locos (según la narración de Paauí de las Fiji)

Joenes avanzó hacia la entrada de la casa, y se detuvo para leer el rótulo que colgaba sobre la puerta. El rótulo decía: ASILO PSIQUIÁTRICO PARA CRIMINALES DEMENTES.

Estaba pensando en las implicaciones de esta frase cuando el hombre que le había hecho señas se precipitó sobre él y lo sujetó por los dos brazos. Joenes se preparaba para defenderse cuando reconoció al hombre: no era otro que Lum, su amigo de San Francisco.

—¡Joensey! —exclamó Lum—. Realmente temí por tu piel cuando aquellos polis te metieron dentro de su trasto allá en la costa. Me preguntaba cómo te saldrías de aquello, un extranjero un tanto simple de espíritu, en esa América de la que lo único que puedo decir es que no se trata precisamente de un lugar de descanso. Pero Deirdre me aconsejó que no me preocupara, y tenía razón. Veo que has encontrado el lugar.

—¿El lugar? —dijo Joenes.

—Sanctuaryville —dijo Lum—. Entra.

Joenes entró en el Asilo Psiquiátrico para Criminales Dementes. Dentro, en el Salón, Lum le presentó a unas cuantas personas. Aunque Joenes las observó y las escuchó atentamente, no pudo hallar en ellas nada anormal. Se lo hizo notar a Lum.

—Bueno, por supuesto que no —contestó Lum—. El rótulo que has leído en la entrada no es más que el nombre técnico del lugar. Nosotros preferimos llamarlo Colonia para Escritores y Artistas.

—Entonces, ¿no es un asilo para locos? —preguntó Joenes.

—Por supuesto que sí, aunque solamente en un sentido técnico.

—¿Hay realmente locos aquí?

—Mira, muchacho —dijo Lum—, esta es la colonia de artistas más buscada de todo el este. Claro que hay algunos locos. Son necesarios para ocupar a los médicos, y además perderíamos nuestra subvención del gobierno y nuestro status de exención de impuestos si no dejáramos entrar a algunos.

Joenes echó una rápida mirada a su alrededor, ya que nunca había visto a ningún loco. Pero Lum agitó la cabeza y dijo:

—No están en el Salón. Por regla general, los locos se hallan encadenados en el sótano.

Un alto y barbudo doctor había estado escuchando toda la conversación. Dirigiéndose a Joenes, dijo:

—Sí, estamos muy satisfechos con ese sótano. Su humedad y la oscuridad que reina en él tienen tendencia a calmar a los más excitables.

—Pero ¿para qué encadenarlos?

—Esto les da la impresión de que son deseados —dijo el doctor—. Y no hay que subestimar el valor educativo de las cadenas. Los domingos tenemos visitantes: la vista de esos dementes sucios, gritones, crea en sus mentes una imagen inolvidable. La psicología es un asunto tanto de prevención como de curación, y nuestras estadísticas demuestran que las personas que han visitado nuestras celdas subterráneas son menos susceptibles a caer en la locura que el conjunto de la población en general.

—Eso es muy interesante —dijo Joenes—. ¿Tratan ustedes del mismo modo a todos los locos?

—¡Infiernos, no! —exclamó el médico, riendo alegremente—. En psicología uno no puede permitirse el adoptar una actitud rígida. A menudo el tipo de enfermedad mental es el que nos dicta el tratamiento. Para los melancólicos, por ejemplo, el abofetearles con un pañuelo frotado con escalonia consigue buenos resultados, despertándolos de su torpor. En el caso de los paranoicos, lo más a menudo recomendado es compartir la ilusión del enfermo. Los hacemos seguir por espías, vigilar por máquinas de rayos X y otros aparatos del mismo tipo. Su locura no tarda en desaparecer, puesto que hemos manipulado el

medio en el que vive hasta convertir sus temores en realidades. Este tratamiento nos ha valido grandes éxitos, y nos sentimos con razón orgullosos.

—¿Y qué ocurre luego? —preguntó Joenes.

—Una vez hemos entrado en el universo del paranoico, que hemos transformado en realidad, nos esforzamos en alterar ese contexto-realidad de modo que el paciente vuelva a la normalidad. Aún no hemos conseguido ningún éxito con esta maniobra, pero los resultados teóricos son alentadores.

—Como puedes ver —dijo Lum a Joenes—, nuestro doc sabe lo que se hace.

—Oh, no —dijo el médico, con una risita modesta—. Simplemente intento apartar las vendas que cubren nuestros ojos y mantener la mente abierta a todas las hipótesis. Es mi temperamento; no tiene nada de ejemplar.

—Vamos, vamos, doc —dijo Lum.

—No, realmente no —insistió el médico—. Simplemente poseo lo que podríamos llamar una mente curiosa. A diferencia de algunos de mis estimados colegas, yo me hago preguntas. Por ejemplo: cuando veo a un adulto acurrucado sobre sí mismo, con los ojos cerrados, en posición fetal, no me lanzo a aplicarle una terapia de choque a base de someter al enfermo a un bombardeo radiactivo. Prefiero preguntarme: «¿Qué ocurriría si le construyera un inmenso útero artificial y lo instalara dentro?». Este es un ejemplo que he tenido que llevar a la práctica.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Joenes.

—El paciente murió por sofocación —dijo Lum con una risita.

—Nunca he pretendido ser un ingeniero —dijo secamente el doctor—. El margen de error es algo necesario. Además, considero esa experiencia como un éxito.

—¿Por qué? —preguntó Joenes.

—Porque, poco antes de morir, el paciente se desacurrucó. Ignoro si hay que atribuir este resultado a la muerte, al útero artificial, o a una combinación de los dos; pero la importancia teórica de la experiencia salta a la vista.

—Estaba bromeando, doc —dijo Lum—. Ya sé que está usted realizando una magnífica labor.

—Gracias, Lum —dijo el médico—. Y ahora debo disculparme, tengo que ocuparme de uno de mis pacientes. Un caso de esquizofrenia muy interesante. El paciente se considera una reencarnación física de Dios. Su convicción es tan fuerte que, gracias a algún tipo de estratagema cuya naturaleza no pretendo conocer, consigue darles órdenes a las moscas que pululan por su celda, de tal modo que siempre están formando como un halo alrededor de su cabeza. En cuanto a las ratas, se inclinan ante él, y los pájaros de los campos vienen desde kilómetros a la redonda a cantar bajo su ventana. Uno de mis colegas está muy interesado en este fenómeno, que según él implica la existencia de un medio de comunicación hasta hoy desconocido entre el hombre y los animales.

—¿Qué terapéutica sigue usted? —preguntó Joenes.

—Utilizo su medio ambiente. Penetro en su ilusión haciéndome pasar por su adorador, por su discípulo. Cada día, durante cincuenta minutos, permanezco sentado a sus pies. Cuando los animales se inclinan ante él, yo también me inclino. Todos los días lo llevo a la enfermería y le dejo curar a los enfermos, y esa actividad parece serle muy agradable.

—¿Los cura realmente? —preguntó Joenes.

—Hasta ahora, nunca ha fracasado. Pero las curaciones llamadas «milagrosas» no son, evidentemente, nada nuevo ni para la ciencia ni para la religión. Nunca hemos pretendido saberlo todo.

—¿Podría ver a ese paciente? —preguntó Joenes.

—Por supuesto —dijo el doctor—. Le encantan las visitas. Lo arreglaré para esta tarde —y, con una sonrisa, se alejó rápidamente.

Joenes recorrió el amplio y soleado Salón, escuchando las eruditas conversaciones que se producían a su alrededor.

El Asilo Psiquiátrico para Criminales Dementes le parecía un lugar ideal para vivir. Su creencia se reafirmó unos instantes más tarde cuando vio avanzar hacia él a Deirdre Feinstein.

La hermosa muchacha se echó a sus brazos, y su cabello tenía el olor de la miel calentada por el sol.

—Oh, Joenes —dijo con voz temblorosa—, pienso en ti desde nuestra prematura separación en San Francisco, cuando te interpusiste con tanta audacia como amor entre los polis y yo. De noche sueño contigo y de día no hago más que pensar en ti, hasta tal punto que no puedo distinguir la noche del día. Con ayuda de Sean, mi padre, te he buscado por toda América, pero he temido no volver a verte nunca más, y he venido aquí con la única finalidad de calmar mis nervios. Oh, Joenes, ¿es el destino o la fortuna quien nos ha reunido aquí?

—Este... —dijo Joenes—, creo que...

—Estaba segura de ello —exclamó Deirdre, apretándole fuertemente entre sus brazos—. Nos casaremos dentro de dos días, el 4 de julio, ya que en tu ausencia me he vuelto patriota. ¿Estás de acuerdo?

—Éste... —dijo Joenes—, creo que sería preferible pensárnoslo...

—Oh, gracias, gracias —dijo Deirdre—. Ya sé que no siempre he sido juiciosa en el pasado, con todas esas historias de drogas, aquel mes que pasé escondida en el dormitorio de hombres de Harvard, el día que fui elegida reina de los Degolladores del West Side y maté a la anterior reina a golpes de cadena de bicicleta, y todo lo demás. No me siento orgullosa de todo aquello, querido, pero tampoco me siento avergonzada, fueron escapadas juveniles, y es necesario que la juventud siga su curso. Es por eso por lo que te he confesado todas esas cosas, y seguiré confesándotelas a medida que las vaya recordando, puesto que no deben existir secretos entre nosotros. Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?

—Este... —dijo Joenes—, tengo la impresión que...

—Sabía que estarías de acuerdo —dijo Deirdre—. Afortunadamente para nosotros, todo eso pertenece al pasado. Ahora soy una adulta consciente de mis responsabilidades; me he afiliado a la Liga Juvenil de los Conservadores, a la Liga contra el Antiamericanismo Bajo Todas Sus Formas, a los Amigos de la Sociedad Salazar y a la Cruzada Femenina para el Nacionalismo Integral. Y tan solo he cambiado superficialmente. Siento en mí un profundo odio hacia todo lo que ha hecho sentirme culpable, así como una gran aversión hacia todo arte, que en general no es más que un pretexto a la pornografía. Puedes ver que mi transformación es sincera, que me he convertido realmente en un ser adulto, y que me convertiré en una esposa consciente y fiel.

Joenes tuvo una visión de lo que sería su vida futura con Deirdre, una sucesión de confesiones repugnantes y de insoportable aburrimiento. Ella seguía charlotteando acerca de los preparativos de la ceremonia; finalmente, salió apresuradamente de la habitación para telefonearle a su padre.

—¿Cómo hace uno para largarse de aquí? —le preguntó Joenes a Lum.

—Nada más sencillo, muchacho —dijo Lum—. Seguir la carretera por la cual has llegado.

—Ya sé. Pero, ¿no hay que llenar ninguna formalidad? ¿Basta con abrir la puerta e irse?

—No, por supuesto. No olvides que nos hallamos en un Asilo Psiquiátrico para Criminales Dementes.

—¿Puedo pedirle al doctor la autorización para irme?

—Por supuesto. Pero será mejor que esperes a la semana próxima. El hombre se pone siempre un poco nervioso cuando se acerca la luna llena.

—Quiero irme hoy mismo —dijo Joenes—. O mañana como máximo.

—Esta es una decisión repentina. ¿Se debe acaso a la pequeña Deirdre y a sus proyectos de matrimonio?

—Exactamente —dijo Joenes.

—Bueno, no te preocupes por eso. Me ocuparé de Deirdre, y mañana podrás irte de aquí. Confía en mí, Joenes, y verás cómo todo se arregla. El viejo Lum se va a hacer cargo del asunto.

Algo más tarde, el doctor acudió en busca de Joenes para acompañarle a la celda del paciente que se creía una reencarnación física de Dios. Los dos hombres cruzaron toda una serie de gigantescas puertas metálicas, y llegaron a un corredor de color gris. Al final de aquel corredor había una puerta. Se detuvieron ante ella.

—No estaría de más —dijo el doctor— que adoptara usted una actitud psicoterapéutica durante esta visita, es decir que fingiera compartir la ilusión del enfermo.

—De acuerdo —dijo Joenes, y bruscamente se sintió inundado por una repentina esperanza y aprensión.

El doctor abrió la puerta de la celda, y entraron en ella. Pero en la celda no había nadie. En un lado había un camastro de campaña con las ropas bien arregladas, y en el otro una ventana con barrotes muy juntos. Había también a un lado una pequeña mesita de madera, junto a la cual sollozaba amargamente un ratón, como si su corazón fuera a romperse de un momento a otro. Sobre la mesa había una nota. El doctor la tomó.

—Es muy extraño —dijo—. Parecía de excelente humor cuando lo he dejado, no hará aún media hora.

—Pero ¿cómo ha podido escapar? —preguntó Joenes.

—Utilizando algún tipo de telequinesia, sin duda —dijo el doctor—. No pretendo saberlo todo acerca de este auto-calificado fenómeno físico; pero esta aventura prueba hasta qué extremos puede conducir una mente desajustada que busca justificarse. De hecho, la propia intensidad del esfuerzo de evasión indica el grado alcanzado por la enfermedad. Lamento no haber podido ayudar a ese pobre hombre, y espero que, allá donde se halle, recuerde los pocos rudimentos de introspección que hemos intentado inculcarle.

—¿Qué dice la nota? —preguntó Joenes.

El doctor echó una ojeada al papel que tenía en las manos y dijo:

—Parece una lista de compras. Una lista de compras muy extraña, de todos modos. Me pregunto dónde esperaba conseguir...

Joenes intentó echar una ojeada por encima del hombro del doctor, pero este se apresuró a meterse el papel en el bolsillo.

—Esta nota va dirigida estrictamente a las autoridades médicas —dijo—. No podemos dejar que la lea un profano. No al menos antes de haberla analizado, registrado, y sustituido cuidadosamente algunos términos-clave a fin de proteger el anonimato del enfermo. Y ahora, ¿qué le parece si regresamos al Salón?

Joenes no tuvo otro remedio que seguir al doctor hasta el Salón. Tan solo había podido leer la primera palabra de la nota: RECUERDA. Era poca cosa, pero de todos modos Joenes lo recordaría siempre.

Joenes no durmió aquella noche, preguntándose cómo se las arreglaría Lum para cumplir su promesa respecto a Deirdre y su marcha del asilo. Pero había subestimado la inventiva de su amigo.

Lum resolvió el problema del matrimonio explicándole a Deirdre que antes de poder casarse con nadie Joenes debería ser tratado de una sífilis de tercer grado, que el tratamiento sería largo, y que, si fracasaba, la enfermedad atacaría terriblemente el sistema nervioso del desgraciado muchacho, convirtiéndolo en algo muy parecido a un vegetal.

Deirdre se entristeció enormemente ante la noticia, pero declaró que pese a todo se casaría con Joenes el 4 de julio. En voz baja, le confió a Lum que, tras su vuelta al bien, no experimentaba más que repugnancia hacia cualquier tipo de relación carnal. En consecuencia, consideraba la enfermedad de Joenes como un bien más que como un mal, ya que excluía cualquier otro tipo de unión excepto la espiritual. En cuanto al hecho de encontrarse casada con un vegetal, aquella eventualidad no le desagradaba en absoluto: siempre había soñado con ser enfermera.

Lum hizo notar entonces que la enfermedad de Joenes le impedía obtener legalmente una licencia de matrimonio. Inmediatamente, Deirdre desistió de sus propósitos: su recién adquirida madurez le prohibía contravenir de ningún modo las leyes nacionales o federales.

Así fue como Joenes escapó de una no deseada alianza.

Lum se ocupó también de su partida del asilo. Poco después del almuerzo, Joenes fue llamado a la Sala de las Visitas. Allí Lum lo presentó al Decano Garner J. Fols, del Comité de Profesorado de la Universidad de St. Stephen's Wood.

El Decano Fols era un hombre alto, delgado, enjuto casi, de mirada suavemente académica, corazón generoso y labios ligeramente sarcásticos. Hizo que Joenes se sintiera a gusto con una observación acerca del tiempo y una cita de Aristófanes, y luego le expuso la razón de que hubiera solicitado entrevistarse con él.

—Entienda, mi querido señor Joenes, si me permite llamarle así, que en nuestra calidad de... ¿debería llamar educadores?... nos vemos obligados a estar constantemente al acecho de nuevos talentos. De hecho, algunas veces se nos ha comparado, sin ninguna mala intención, estoy seguro de ello, con esos profesionales del béisbol que cumplen idénticas funciones. Y eso da que pensar.

—Comprendo —dijo Joenes.

—Me gustaría añadir —prosiguió el Decano Fols—. que concedemos menos importancia a la posesión de títulos académicos, como los que poseemos nosotros, mis colegas y yo, que al profundo conocimiento del tema profesado por el candidato y al dinamismo de sus métodos de enseñanza. Nosotros, los universitarios, nos hallamos demasiado a menudo separados de lo que me atrevería a llamar la corriente principal de la vida americana. Muy a menudo hemos dejado a un lado, en tiempos pasados, a aquellos que, sin ningún bagaje pedagógico, eran sin embargo unas luminarias en tal o cual rama de actividad. Pero estoy seguro que su buen amigo el señor Lum le debe haber explicado todo esto mucho mejor de lo que sabría hacerlo yo.

Joenes miró a Lum, que se apresuró a decir:

—Como sabes, durante dos trimestres sucesivos he estado dando en St. Stephen's Wood unos cursos sobre «Las Interrelaciones del Jazz y la Poesía». No estuvieron nada mal, con los bongos y todo lo demás.

—Los cursos del señor Lum tuvieron una extraordinaria acogida —dijo el Decano Fols—, y estaríamos muy contentos si le viéramos ocupar de nuevo su cátedra...

—Oh, no, amigo —dijo Lum—. Ya sabe que no quiero dejarle en la estacada, pero por mi parte ya he acabado con todo eso.

—Por supuesto —dijo el Decano Fols—, si se siente usted atraído hacia algún otro tema...

—Quizá podría dar algún seminario retrospectivo sobre el Zen —dijo Lum—. Ya sabe que está de nuevo en la onda. Pero tendría que pensarlo.

—Por supuesto —dijo el Decano Fols. Y luego, dirigiéndose a Joenes—: Como sin duda debe usted saber, el señor Lum me telefoneó ayer por la tarde, dándome todos los detalles necesarios acerca de usted y sus antecedentes.

—Es muy amable por su parte —dijo Joenes precavidamente.

—Sus referencias son magníficas —prosiguió Fols—, y la serie de cursos que se propone dar usted será, estoy convencido de ello, un éxito absoluto.

Joenes comprendió finalmente que le estaban ofreciendo una cátedra en la Universidad. Desgraciadamente, desconocía por completo lo que se suponía que debía enseñar, incluso si era capaz de enseñarlo. Lum, absorto en la contemplación del Zen, permanecía con los ojos clavados en el suelo, de modo que no podía serle de ninguna ayuda.

Finalmente, dijo:

—Estaré encantado de trabajar en una Universidad tan reputada como la de ustedes. En cuanto al tema que debo enseñar...

—Por favor, no se menosprecie —cortó rápidamente el Decano Fols—. Sabemos que su temática entra en un terreno altamente especializado, y somos conscientes de las dificultades con las que va a tropezar presentándolo a sus alumnos. Le proponemos, para empezar, el cargo de profesor titular, es decir mil seiscientos diez dólares al año. Ya sé que no es una gran suma, y a veces experimento una cierta amargura al pensar que en nuestra civilización un ayudante de lampista llega a ganar incluso mil ochocientos dólares al año. Pero la vida universitaria tiene sus compensaciones, si puede decirse así.

—Estoy dispuesto a ocupar mi cátedra inmediatamente —dijo Joenes, temeroso de que el Decano cambiara de opinión.

—Excelente —exclamó Fols—. Admiro el dinamismo de las nuevas generaciones. Y debo reconocer que siempre hemos tenido una gran suerte dirigiéndonos a las colonias de artistas como ésta cuando hemos querido asegurarnos la colaboración de nuevos talentos. Señor Joenes, ¿tiene usted la amabilidad de seguirme?

Joenes subió junto al Decano Fols en un viejo coche. Hizo una última seña de adiós a Lum, y muy pronto el asilo desapareció en la lejanía. Joenes era de nuevo libre, sujeto tan sólo por su promesa de enseñar en la universidad de St. Stephen's Wood. Su única preocupación era el que ignoraba aún lo que se suponía debía enseñar a sus alumnos.

8. Lo que Joenes enseñó, y lo que aprendió con ello (según la narración de Maubingi de Tahití)

Muy pronto para su gusto, Joenes llegó a la universidad de St. Stephen's Wood, que estaba situada en Newark, Nueva Jersey. Pudo ver un campus enorme y muy verde, con unos edificios bajos y de formas agradables. Fols los fue identificando para él: el Gretz Hall, el Waniker Hall, el Gimnasio, la Casa de Estudiantes, el Laboratorio de Física, La Casa de los Profesores, la Biblioteca, la Capilla, el Laboratorio de Química, el Ala Moderna y el Viejo Edificio. Tras la universidad se deslizaba perezosamente el Newark, cuyas amarronadas aguas se teñían en algunos lugares de ocre debido a la fábrica de plutonio situada más arriba del río. Los enormes edificios del Newark industrial dominaban el recinto de la universidad, ante la cual discurría una autopista de ocho carriles. Todo esto, hizo notar el Decano Fols, introducía un toque de realidad en aquella vida académica, quizá un poco demasiado replegada sobre sí misma.

Joenes tomó posesión de su habitación en la Casa de los Profesores. Luego acudió a un cocktail dado por los miembros del profesorado.

Allí trabó conocimiento con sus colegas. El profesor Carpe, de Literatura Inglesa, retiró la pipa de su boca el tiempo necesario para decir:

—Bienvenido a bordo, Joenes. Si necesita algo de mí, ya sabe.

Chandler, de Filosofía, dijo:

—Encantado.

Blake, de Física, dijo:

—Espero que no sea usted uno de esos humanistas que se sienten obligados a refutar $E = MC^2$. Las cosas son como son, y no hay por qué cambiarlas, y no veo por qué tendríamos que excusarnos por ello. Eso es lo que expuse en mi libro *La Consciencia de un Físico Nuclear*, y no he cambiado de opinión. ¿Qué quiere tomar?

Hanley, de Antropología, dijo:

—Puede tener usted la completa seguridad de ser bien recibido en mi departamento, señor Joenes.

Dalton, de Química, dijo:

—Bienvenido a bordo, Joenes. Estoy contento de tenerle con nosotros.

Geoffrard, de Clásicos, dijo:

—Supongo que se desinteresará usted por completo de un bicho raro como yo.

Harris, de Ciencias Políticas, dijo:

—Encantado.

Manifesfree, de Bellas Artes, dijo:

—Bienvenido a bordo, Joenes. Vaya trabajito que le han dado, ¿eh?

Hoytburn, de Música, dijo:

—Creo que he leído su disertación, Joenes, y debo decirle que no estoy completamente de acuerdo con el paralelo que trazó usted con respecto a Monteverdi. Por supuesto, yo no soy un experto en su especialidad, y como usted tampoco es un experto en la mía, es difícil que podamos llegar a un acuerdo, ¿no? De todos modos, bienvenido a bordo.

Ptolomeo, de Matemáticas, dijo:

—¿Joenes? Creo haber leído su tesis doctoral sobre los sistemas binarios de valores. Era muy interesante. ¿Qué quiere beber?

Shan Lee, de Francés, dijo:

—Bienvenido a Bordo, Joenes. Tomará usted algo ¿no?

Y así transcurrió la velada, inmersa en agradables conversaciones. Joenes intentó discretamente descubrir lo que se suponía debía enseñar, charlando con aquellos de entre los profesores que parecían estar al corriente de la cuestión. Pero, quizá por delicadeza, sus colegas se abstuvieron de hacer ninguna mención de la materia que debía inculcar a sus alumnos, prefiriendo narrarle algunas historias ilustrativas de sus propias capacidades.

Viendo fracasada su tentativa, Joenes fue a dar una vuelta por el gran vestíbulo, y aprovechó para echar una ojeada al tablón de anuncios. No halló más que una nota escrita a máquina señalando que el curso del señor Joenes tendría lugar a las 11 horas en la clase 143 del Ala Moderna en lugar de la clase 341 del Waniker Hall como se había anunciado erróneamente.

Por un momento pensó en tomar aparte a uno de los profesores, el filósofo Chandler quizá, que seguramente debía tener costumbre de enfrentarse con circunstancias de este tipo, y preguntarle directamente qué era exactamente lo que se suponía debía enseñar. Pero una natural e innata vergüenza le impidió hacerlo. Los invitados se fueron retirando, y Joenes regresó a su habitación sin haber conseguido saber nada nuevo.

A la mañana siguiente, ante la puerta de la Sala 143 del Ala Moderna, Joenes estuvo a punto de ceder ante el pánico. Sintió deseos de huir de la universidad. Pero lo que hasta entonces había visto de la vida universitaria le gustaba, y le repugnaba renunciar a todo ello por algo tan insignificante. Así pues, entró en la clase con los dientes apretados y el paso firme.

Apenas la puerta se cerró tras él todas las conversaciones se interrumpieron, y los estudiantes examinaron con la mayor atención a su nuevo profesor. Joenes reunió todo su valor y se dirigió a sus alumnos con esa aparente sangre fría que, a menudo, vale más que la propia sangre fría.

—Señoritas, señores —dijo—, creo que lo mejor es poner las cosas en claro desde nuestra primera clase. Dada la naturaleza ciertamente insólita de mi curso, algunos de ustedes quizá crean que va a ser algo divertido y sencillo; a todos estos les digo desde ahora mismo: no esperen más, elijan otra materia que responda mejor a sus esperanzas.

Aquella entrada en el tema hizo que la clase se sumiera en un atento silencio. Más animado, Joenes prosiguió:

—Parece ser que tengo la reputación de ser liberal en mis calificaciones. Prefiero advertírselo desde un principio: esta reputación es falsa. Seré duro, pero justo. Y no vacilaré en darles a todos ustedes notas inferiores a la media si las circunstancias así lo exigen.

Un ligero suspiro, casi un gemido de desesperación, escapó de las gargantas de algunos estudiantes de medicina. Al ver la expresión aterrada de los rostros vueltos hacia él, Joenes comprendió que se había hecho dueño de la situación. Suavizó un poco el tono de su voz:

—Creo que ahora empiezan ustedes a conocerme algo mejor. Así pues, no me queda más que decirles a todos los que han elegido este curso en su sed de erudición auténtica: ¡bienvenidos a bordo!

Como un inmenso organismo, la clase se relajó perceptiblemente.

Durante los siguientes veinte minutos, Joenes anotó febrilmente el nombre de sus alumnos y sus respectivos lugares. Al llegar al final de la lista, tuvo una feliz inspiración y se apresuró a ponerla en práctica.

—Señor Ethelred —dijo, dirigiéndose a un alumno sentado en la primera fila y que parecía especialmente competente—, ¿quiere subir al encerado y escribir en letras mayúsculas, a fin de que todo el mundo pueda leerlo, el tema de este curso?

Ethelred tragó saliva, echó una ojeada a su cuaderno de notas, y se levantó. Escribió en el encerado: «Las Islas del Sudoeste del Pacífico: Puente Entre Dos Mundos».

—Muy bien —dijo Joenes—. Ahora usted, señorita Hua, ¿tiene la bondad de tomar esa tiza y desarrollar en pocas palabras el programa que vamos a seguir en este curso?

La señorita Hua, una chica muy alta, fea y con gafas, en la que Joenes había visto instintivamente una alumna que prometía, escribió: «Este curso va a estudiar la civilización de las islas del Sudoeste del Pacífico, con una atención especial hacia su arte, su ciencia, su música, su artesanía, su folklore, sus costumbres, su psicología y su filosofía. Estudiaremos los paralelismos de esta civilización con las culturas asiáticas, así como la influencia de las culturas europeas».

—Excelente, señorita Hua —dijo Joenes. Ahora sabía ya el tema del que debía hablar, aunque ignorara todo lo relativo a él. Pero estaba seguro de poder llenar esa laguna. Y, afortunadamente, pudo constatar que muy pronto iba a sonar el final de la clase.

—Por hoy —dijo—, creo que podemos decirnos ya adiós, o mejor aloha. Y, una vez más, bienvenidos a bordo.

Los alumnos abandonaron la clase. Tras su marcha, entró el Decano Fols.

—Siga sentado, por favor —dijo—. Esta visita no tiene nada de... ¿cómo diría?... oficial. Solo quería felicitarle. Le he oído, estaba escuchando al otro lado de la puerta. Los ha cautivado usted, Joenes. Temía que tuviera usted algunas dificultades, ya que casi la totalidad de nuestro equipo de béisbol se ha inscrito en su curso. Pero ha hecho usted gala de esa suave firmeza que constituye la grandeza del auténtico pedagogo. Le felicito una vez más, y le auguro una carrera universitaria larga y llena de éxitos.

—Gracias, señor —dijo Joenes.

—No me dé las gracias —dijo Fols sombríamente—. Le predije lo mismo al Barón-Profesor Moltke, un brillante especialista de Sofismas Matemáticos. Le creí abocado a un esplendoroso futuro. Desgraciadamente, el pobre Moltke se volvió loco tres días después del inicio de las clases y mató a cinco miembros del equipo de fútbol. Ese año perdimos ante el Amherst, y desde entonces perdí la confianza en mi intuición. Pero buena suerte de todos modos, Joenes. Aunque tan solo sea un administrador, escojo a mis amistades.

Fols saludó brevemente y abandonó la clase. Tras un decente intervalo, Joenes salió a su vez y se precipitó a la librería del campus para comprar todas las obras que necesitaba. Desgraciadamente, todas habían sido vendidas.

Joenes se dirigió a su habitación y se tendió en la cama. Pensó en la intuición del Decano Fols y en la locura del pobre Moltke; pero sobre todo maldijo la suerte que había permitido que todos sus alumnos se le adelantaran en sus ansias de saber, dejando a su propio profesor sin los elementos necesarios para cubrir una necesidad mucho más urgente que la suya.

Cuando hizo frente otra vez a sus estudiantes, la inspiración le llegó de nuevo. Enfrentándose a la clase, dijo:

—Hoy no voy a enseñarles yo a ustedes, sino que voy a dejar que ustedes me enseñen a mí. La cultura del Sudoeste del Pacífico, estoy seguro de que todos ustedes lo saben, es particularmente susceptible a ser considerada erróneamente. Así, antes de iniciar un estudio formal de la misma, me gustaría oír qué es lo que piensan ustedes de ella. No teman en desarrollar ideas de las que no estén muy seguros. Nuestro propósito es por el momento abarcar un panorama lo más amplio posible, y luego, si es necesario, ya corregiremos todos los errores que se presenten. Así, desarrollando primero en las informaciones falseadas y eliminándolas posteriormente, entraremos con la mente abierta a lo más profundo de esa crucial cultura que ha sido certeramente llamada «El Puente Entre Dos Mundos». Creo que está todo claro. Señorita Hua, ¿quiere usted iniciar la discusión?

Joenes dejó que sus estudiantes discutieran entre ellos durante las siguientes seis clases, cosechando todo un ramillete de contradictorias informaciones sobre Europa, Asia y el Sudoeste del Pacífico. Cuando algún estudiante preguntaba si alguna de las nociones expresadas era correcta, Joenes se limitaba a sonreír y decía:

—Me reservo mis comentarios para el final. Por ahora, sigamos con lo que tenemos entre las manos.

En la séptima sesión, los estudiantes ya no fueron capaces de decir nada más. Entonces, Joenes habló del impacto cultural de la llegada de la energía eléctrica a los atolones del Pacífico. Utilizando buen número de anécdotas, consiguió que su material durara algunos días. Cuando algún estudiante hacía una pregunta que Joenes no sabía cómo contestar, decía rápidamente:

—¡Excelente, Holingshead! Su pregunta llega hasta el fondo mismo del problema. Estoy seguro de que usted conseguirá hallar por sí mismo la respuesta antes de nuestra próxima clase, de modo que escríbala y luego la leeremos en público. Digamos que puede utilizar unas quinientas palabras... y, esto... póngalas a doble espacio, por favor.

Con estos trucos, Joenes fue prolongando sus clases todo lo que pudo. Sin embargo, se daba cuenta de que no podía mantenerse así indefinidamente, y no tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer después. Pero afortunadamente los tan esperados libros de texto que se habían solicitado para reponer los agotados llegaron, y Joenes tuvo todo un fin de semana para estudiarlos.

Muy útil le fue un libro titulado: Las Islas del Sudoeste del Pacífico: Puente entre Dos Mundos, escrito por Juan Diego Álvarez de las Vegas y de Rivera. Aquel hombre había sido capitán de la flota española con base en las Filipinas y, aparte sus invectivas contra Sir Francis Drake, sus informaciones parecían muy completas.

Muy útil le fue también otro libro titulado: La civilización de las islas del Sudoeste del Pacífico: su arte, su ciencia, su música, su artesanía, su folklora, sus costumbres, su psicología y su filosofía, sus paralelismos con las culturas asiáticas, y la influencia de las culturas europeas. Su autor era el honorable Allan Flintmoor, ex vicegobernador de las islas Fiji y jefe de la expedición de castigo del 03 a Tonga.

Con la ayuda de estos dos libros, Joenes pudo mantenerse constantemente una lección por delante de sus alumnos. Cuando, por cualquier razón, estos lo alcanzaban, le quedaba el recurso de señalar un repaso por escrito de las clases precedentes. Afortunadamente, la señorita Hua, la chica alta de las gafas, se brindó a corregir y puntuar

estos trabajos. Joenes no pudo por menos que sentirse agradecido de que su labor pedagógica se viera descargada de aquella faceta tan poco atractiva.

Poco a poco, Joenes fue instalándose en una placentera rutina. Daba sus clases, planteaba sus cuestionarios, la señorita Hua corregía y puntuaba las respuestas. Sus alumnos absorbían rápidamente lo que les inculcaba, redactaban sus ejercicios, se apresuraban a olvidar lo que habían aprendido. Como la mayor parte de los organismos jóvenes y sanos, tenían la facultad de eyectar de su intelecto cualquier elemento nocivo, preocupante, deprimente o simplemente aburrido. Claro que también eyectaban todos los elementos útiles, estimulantes o profundos, lo cual era un fenómeno tal vez lamentable, pero que formaba parte del proceso educativo al cual tenía que acostumbrarse todo profesor. Como decía Ptolomeo, de Matemáticas; —El valor de la educación universitaria reside en el hecho de que permite a los jóvenes vivir en las proximidades de la ciencia. Los alumnos del Dormitorio Goodenough se hallan a menos de treinta metros de la Biblioteca, a cincuenta del Laboratorio de Física y apenas a diez metros del de Química. Creo que podemos enorgullecemos de ello.

Sin embargo, los profesores eran prácticamente los únicos que utilizaban las facilidades que les ofrecía la Universidad. Por supuesto, lo hacían tan sólo con una gran circunspección. El médico de la institución les había prevenido muy seriamente de los estragos que podía causar en su organismo una dosis demasiado fuerte de trabajo intelectual, y racionaba cuidadosamente sus cuotas de información semanal. Lo cual no impedía que se produjeran accidentes. El viejo Geoffrard sufrió un síncope tras leer el original latino del Satiricón, creyendo que estaba leyendo una encíclica papal. Necesitó varias semanas de descanso absoluto antes de volver a ser el mismo. Y Devlin, el más joven de los profesores de inglés, sufrió de amnesia durante un prolongado período por no haber podido hallarle a Moby Dick una interpretación religiosa coherente.

Estos eran los riesgos de la profesión y, antes que temerlos, los profesores los consideraban como un motivo de orgullo. Como decía Hanley, de Antropología:

—La pulga de mar corre el peligro de ahogarse en la arena húmeda; nosotros corremos el peligro de ahogarnos bajo el peso de los viejos libros.

Hanley había estudiado detenidamente las pulgas de mar, y sabía de qué estaba hablando.

Los alumnos, excepto raras excepciones, apenas se exponían a tales peligros. Su vida era muy distinta de la que llevaban los profesores. Algunos de entre los más jóvenes conservaban aún las navajas o las cadenas de bicicleta de su infancia, y por las noches recorrían las calles en busca de individuos dudosos. Otros tomaban parte en las orgías que se celebraban cada semana en la Sala de la Libertad. Otros incluso se dedicaban al deporte. Los jugadores de baloncesto, por ejemplo, se entrenaban día y noche en echar el balón a la cesta, con la mecánica regularidad de los robots industriales, a los que invariablemente ganaban.

Algunos, finalmente, y pese a su tierna edad, manifestaban un claro interés por la política. Esos intelectuales, como se les llamaba, iban del liberalismo al conservadurismo según su temperamento y su educación. Eran los elementos conservadores del campus quienes, en las precedentes elecciones, habían estado a punto de llevar hasta la Presidencia de la República a un tal John Smith. El hecho de que el tal Smith hubiera muerto hacía más de veinte años no había enfriado en nada su ardor; por el contrario, muchos de ellos veían en ese detalle una de las mayores cualidades del candidato.

Hubieran podido llegar a ganar si la mayoría de los votantes no hubieran temido crear un precedente. Los liberales habían explotado hábilmente esos temores declarando al respecto:

—No tenemos nada contra John Smith, Dios guarde su alma, e incluso somos muchos los que creemos que la Casa Blanca se beneficiaría con su presencia. Pero ¿qué ocurriría si, en el futuro, algún muerto indeseable se presentara a las elecciones?

El argumento había prevalecido.

Sin embargo, en general, los liberales del campus dejaban las discusiones a sus mayores. Ellos preferían seguir los cursos especiales sobre el arte de la guerrilla, la fabricación de bombas o el empleo de armas portátiles. Tal como hacían observar con frecuencia: «Reaccionar contra esos sucios comunistas no basta. Debemos copiar sus métodos, sobre todo en lo que respecta a la propaganda, la infiltración, el golpe de Estado y el control político».

En cuanto a los conservadores del campus, desde que habían perdido las elecciones preferían actuar como si nada hubiera cambiado en el mundo desde la victoria del general Patton sobre los persas en el 45. A menudo se reunían para cantar a coro la «Saga de la Playa de Omaha». Los más eruditos de entre ellos la cantaban en su idioma original, el griego.

Joenes observaba todas estas cosas, y seguía enseñando la civilización del Sudoeste del Pacífico. Se sentía a gusto en aquel ambiente universitario, y poco a poco sus colegas lo habían ido aceptando. Al principio, por supuesto, había habido algunas objeciones. Carpe, de Inglés, había dicho:

—No creo que Joenes acepte Moby Dick como parte integrante de la civilización del Sudoeste del Pacífico. Es extraño.

Blake, de física, había dicho:

—Me pregunto si no habrá olvidado un punto importante no estudiando la razón por la cual esos isleños desconocen por completo la moderna teoría de los quanta. Personalmente, yo hubiera investigado más a fondo el asunto.

Hoytburn, de Música, había dicho:

—Tengo entendido que no ha mencionado para nada los cantos religiosos, cuya influencia en la música folklórica de esa área es innegable. En fin, es su problema.

Shan Lee, de Francés, había dicho:

—Tengo la impresión de que Joenes no ha considerado interesante hacer notar la influencia del francés secundario y terciario sobre la técnica de transposición verbal del Sudoeste del Pacífico. De acuerdo, yo tan sólo soy un lingüista, pero creo que ese paralelismo tiene su importancia.

Hubo otras lamentaciones por parte de otros profesores a los cuales Joenes había maltratado, menospreciando o silenciando sus respectivas especialidades. Con el tiempo, las relaciones de amistad entre Joenes y sus colegas se hubieran visto deterioradas por ello. Pero Geoffrard, de Clásicos, salvó la situación.

Tras sopesar durante varias semanas los pros y los contras, aquel gran viejo dijo:

—Supongo que las opiniones de un bicho raro como yo les tendrán sin cuidado, pero por todos los infiernos debo decirles que ese Joenes me cae bien.

El cálido comentario de Geoffrard le hizo mucho bien a Joenes. Los demás profesores perdieron algo de su agresividad, y algunos llegaron incluso a ofrecerle su amistad. Se le invitó más a menudo a las reuniones y a las veladas literarias. Muy pronto se olvidó su equívoca situación de profesor no titular, y la gran familia de St. Stephen's Wood lo acogió en su seno.

Esta posición entre sus colegas conoció su apogeo durante las vacaciones de Pascua: los profesores Harris y Manisfree lo invitaron a una excursión, con algunos amigos, a las montañas del Adirondack.

9. La necesidad de la utopía

(las cuatro siguientes historias que forman las aventuras de Joenes en Utopía tienen por narrador a Pelui de la Isla de Pascua)

Un sábado por la mañana, temprano, Joenes y algunos otros profesores partieron en el viejo coche de Manisfree a la Comunidad de Chorowait en las montañas del Adirondack.

Chorowait, supo Joenes, era una comunidad puesta bajo la protección de la universidad y dirigida enteramente por hombres y mujeres idealistas que se habían retirado del mundo para servir a las futuras generaciones. Chorowait era una experiencia de gran envergadura, cuya finalidad era proponer al mundo un modelo de sociedad ideal. De hecho, Chorowait pretendía ser una utopía realizable y práctica.

—Creo —dijo Harris, de Ciencias Políticas— que la necesidad de un tipo así de utopía es evidente. Usted ha viajado por el país, Joenes. Usted ha podido ver con sus propios ojos la decadencia de nuestras instituciones y la apatía de nuestro pueblo.

—Sí, me he dado cuenta —dijo Joenes.

—Las razones de todo esto son muy complejas —dijo Harris—. Pero hay una que, a nuestros ojos, reviste una importancia capital: estamos asistiendo en estos momentos a una renuncia del individuo, a su abdicación ante los problemas de la realidad. Y la locura está formada precisamente por estos elementos: un replegarse sobre sí mismo, una no participación, la construcción de una vida imaginaria más satisfactoria que la vida real.

—Para nosotros —dijo Manisfree—, que hemos hecho Chorowait, se trata de una enfermedad social que necesita un tratamiento social.

—Hay poco tiempo —dijo Harris—. Usted ha visto a qué velocidad se derrumba nuestro sistema, Joenes. La ley es una farsa; la idea de castigo ha perdido todo su significado; no hay recompensas que ofrecer; la religión predica su anticuado mensaje a gentes que se tambalean en la cuerda floja entre la apatía y la demencia; la filosofía propone doctrinas que solo los filósofos pueden comprender; la psicología se esfuerza en definir un comportamiento basándose en reglas caducas hace ya más de cincuenta años; la economía parte del principio de una expansión infinita, calculada como necesaria para paliar un fantástico aumento demográfico; las ciencias físicas nos ofrecen los medios de mantener esta expansión hasta que cada metro cuadrado de la superficie terrestre esté ocupado por un ser humano; en cuanto a mi propio campo, la política, su utilidad se limita a permitirnos luchar provisionalmente contra fuerzas gigantescas... luchar hasta que todo se derrumbe o estalle a nuestro alrededor.

—Y no crea —añadió Manisfree— que nosotros nos consideramos libres de toda culpa en ese asunto. Aunque los educadores nos hallemos a un nivel de competencia situado por encima de la media, a menudo permanecemos apartados de las preocupaciones públicas. Entre nuestros alumnos, los más dotados se convierten a su vez en profesores, lo cual los aparta como nosotros de la vida y los encierra en sus respectivas torres de marfil. Los otros, mientras se adormecen en nuestras monótonas conferencias, no sueñan más que en abandonarnos y ocupar su lugar en ese mundo demente. No llegamos hasta ellos, Joenes, no les enseñamos a pensar.

—Más bien obtenemos con ellos un resultado exactamente contrario al deseado —dijo Blake—. No hacemos más que inspirarles a nuestros alumnos un auténtico odio a tener que pensar. Llegan incluso a desconfiar de la civilización, a despreciar la ética, a no ver en la ciencia más que un medio de medrar. Ahí es donde hemos fracasado, y somos culpables de ello. Y todo el mundo sufre por nuestro fracaso.

Los profesores permanecieron silenciosos durante un tiempo. Luego, Harris añadió:

—Éstos eran nuestros problemas. Pero nos hemos despertado de nuestro letargo. Construyendo Chorowait, hemos reaccionado. Lo único que deseo es que estemos aún a tiempo.

Joenes ardía en deseos de saberlo todo respecto a aquella comunidad que debía resolver tan trágicos problemas. Pero los profesores se negaron a responder a sus preguntas.

—Muy pronto verá Chorowait con sus propios ojos, Joenes —le dijo Manisfree—. Así podrá juzgar usted sobre hechos y no sobre palabras.

Finalmente, llegaron a las montañas; el viejo coche de Manisfree gemía y pedorreaba subiendo las abruptas pendientes, derrapaba en las cerradas curvas. De pronto, Blake

palmeó el hombro de Joenes y le señaló con el dedo una verdadera montaña que destacaba claramente entre todas las demás montañas que la rodeaban. Supo que aquello era Chorowait.

COMO FUNCIONABA LA UTOPIA

El coche de Manisfree escaló trabajosamente el camino surcado por profundas roderas que serpenteaba a lo largo de la ladera del monte Chorowait. Unos kilómetros más adelante, el camino estaba cortado por unos troncos. Abandonaron el vehículo y continuaron a pie, primero por un estrecho camino de tierra batida, luego por un sendero que atravesaba el bosque, y finalmente a través del mismo bosque, guiados únicamente por la regular inclinación del terreno.

Los profesores estaban ya al borde del agotamiento cuando vieron a dos hombres de Chorowait avanzar a su encuentro.

Iban vestidos con pieles de ciervo. Cada uno de ellos llevaba un arco y un carcaj lleno de flechas. Tenían el rostro curtido, los colores de la salud, y parecían llenos de energía. Ofrecían un extraño contraste con la piel pálida, los hombros arqueados y el pecho hundido de los profesores.

Manisfree hizo las presentaciones.

—Éste es Lunu —le dijo a Joenes, señalando al más alto de los dos hombres—. Es el jefe de la comunidad. Su compañero se llama Gat, y nadie puede superarlo en el arte de seguirles la pista a los animales.

Lunu se dirigió a los profesores en una lengua que Joenes no había oído nunca antes.

—Nos da la bienvenida —le susurró Dalton.

Gat añadió algo.

—Dice que este mes hay muchas cosas buenas para comer —tradujo Blake—. Nos pide que le acompañemos hasta el poblado.

—¿Qué idioma está hablando? —preguntó Joenes.

—El chorowaitiano —dijo el profesor Vishnu, del Departamento de Sánscrito—. Es una lengua artificial que hemos inventado especialmente para la comunidad, y por muy importantes razones.

—Nosotros —dijo Manisfree— sabemos que las cualidades intrínsecas de un lenguaje tienden a modelar los procesos mentales, así como a preservar las estratificaciones étnicas y sociales. Éste es uno de los motivos por los cuales juzgamos en su momento absolutamente necesario dotar a Chorowait de un nuevo lenguaje.

—No fue fácil —dijo Blake, con una ensoñadora sonrisa.

—Éramos muchos los que deseábamos la más extrema simplicidad —dijo Hanley, de Antropología—. Nos hubiera gustado contentarnos con una serie de gruñidos monosílabos que ofrecieran un obstáculo natural a los pensamientos a menudo destructores del hombre.

—Pero éramos también muchos los que deseábamos un lenguaje de una increíble complejidad, dotado de varios niveles distintos de abstracción —dijo Chandler, de Filosofía—. Creíamos que este tipo de lenguaje tendría exactamente los mismos efectos de los gruñidos monosílabos, pero respondería mejor a las necesidades del ser humano.

—¡La lucha fue encarnizada! —dijo Dalton.

—Terminamos poniéndonos de acuerdo sobre un lenguaje cuya frecuencia vocal correspondiera aproximadamente a la del anglosajón —dijo Manisfree—. A nuestro Departamento de Francés no le gustó en absoluto la idea, por supuesto. Quería tomar como modelo el antiguo provenzal. Pero la mayoría se pronunció en contra.

—Sin embargo, su influencia no dejó de hacerse notar —dijo el profesor Vishnu—. Pese a conservar la frecuencia vocal anglosajona, adoptamos el modo de pronunciación del antiguo provenzal. Sin embargo, apartamos deliberadamente de la construcción de las raíces todos los elementos indoeuropeos.

—Lo cual —dijo Dalton— hizo que nuestras investigaciones tuvieran que ser enormes. Gracias a Dios, la señorita Hua estaba allí para ocuparse del trabajo más pesado. Lástima que esa chica sea tan poco agraciada.

—La primera generación de chorowaitianos es bilingüe —dijo Manisfree—. Pero sus hijos, o sus nietos, no hablarán más que el chorowaitiano. Espero vivir lo suficiente para ver este momento. Nuestra lengua ha producido ya en las costumbres de la comunidad un efecto perceptible.

—Piense —dijo Blake— que las palabras «incesto», «homosexualidad», «violación», «asesinato», no existen en chorowaitiano.

—Nosotros llamamos a todas estas cosas Aleewadith —dijo Lunu en inglés—, que significa: «lo que no debe ser pronunciado».

—Ésto —dijo Dalton— es una prueba de lo que puede conseguirse a través de la semántica.

Lunu y Gat condujeron a sus visitantes hasta el poblado chorowaitiano. Joenes inspeccionó Chorowait durante el resto del día.

Vio que las cabañas de la comunidad estaban construidas con ramas y corteza de abedul. Las mujeres preparaban la comida en fuegos instalados al aire libre, tejían la lana de los carneros y se ocupaban de los niños. Los hombres araban los campos de abruptas pendientes con arados fabricados por ellos mismos, cazaban en los profundos bosques o pescaban en las frías aguas del Adirondack, y volvían cargados con ciervos, conejos o truchas que compartían con los demás miembros de la comunidad.

En todo Chorowait no podía hallarse ni un solo artículo manufacturado. Todos los utensilios eran de fabricación local. Los cuchillos que servían para despellejar la caza, por ejemplo, venían directamente del mineral extraído por los chorowaitianos. Y cuando alguna cosa no podía hacerse con las propias manos, la comunidad prescindía de ella.

Joenes observó todo aquello antes de la llegada de la noche, y se sintió favorablemente impresionado por la independencia, la industria y la alegría que reinaban en la comunidad. Pero el profesor Harris, que lo acompañaba en su gira de inspección, parecía querer hacerle olvidar ese aspecto de Chorowait.

—Todo ésto —repetía constantemente como si se disculpara—, es superficial, Joenes. Usted debe estar diciéndose: no es más que una de esas aburridas experiencias de vida pastoral.

Joenes no había visto nunca ese tipo de experiencias, e incluso ignoraba su existencia. Dijo que el intento le parecía plenamente conseguido.

—Por supuesto, por supuesto —suspiró Harris—. Pero se han producido ya innumerables tentativas de este tipo. Muchas de ellas empezaron bien y terminaron mal. La vida pastoral tiene su encanto, principalmente cuando es adoptada por personas instruidas, decididas, idealistas. Pero generalmente está condenada a hundirse en la desilusión, el cinismo y el abandono.

—¿Eso es lo que le ocurrirá a Chorowait?

—Creemos que no. El fracaso de nuestros predecesores nos ha enseñado mucho. Hemos estudiado las razones de esos fracasos, y hemos podido rodear Chorowait de timbres de alarma. Muy pronto podrá ver usted esos timbres de alarma.

Aquella noche, tras una sencilla y poco apetecible cena compuesta de leche, queso, pan sin levadura y uva, Joenes siguió a sus guías hasta el Haierogu o lugar de plegarias.

Era un claro en el bosque, donde los chorowaitianos adoraban al sol durante el día y a la luna durante la noche.

—La religión fue un problema —le susurró Hanley a Joenes, mientras la multitud se postraba a la pálida claridad de la luna—. Queríamos evitar todo lo que recordara la tradición judeo-cristiana. El hinduismo y el budismo tampoco nos llamaban demasiado la atención. De hecho, tras nuestras intensivas investigaciones, ninguna doctrina nos sedujo.

Algunos de nosotros hubieran deseado inspirarse en las deidades T'iele que se veneran al sudeste de Zanzíbar; otros se decantaban en favor del Viejo Dhavagna, adorado por una oscura secta de negros Thais. Pero finalmente llegamos a un compromiso con la deificación del sol y de la luna. Además, no nos falta precedentes históricos: podíamos presentar esta doctrina a las autoridades del estado de Nueva York como una forma de cristianismo primitivo.

—¿Eso era importante? —preguntó Joenes.

—Enormemente. Se sorprendería usted si supiera lo difícil que es obtener un permiso para un lugar como éste. Teníamos que probar también que el sistema empleado en nuestra comunidad era el de la libre empresa. Lo cual no dejaba de presentar sus problemas, ya que aquí todos los bienes pertenecen a la comunidad. Afortunadamente, por aquel entonces teníamos a Gregorias como profesor de Lógica, y pudo convencer a las autoridades.

Los adoradores se balanceaban y gemían cadenciosamente. Un viejo se adelantó, con el rostro manchado con arcilla amarilla, y empezó a cantar en chorowaitiano.

—¿Qué es lo que está diciendo? —preguntó Joenes.

—Está entonando una plegaria particularmente hermosa adaptada por Geoffrard de una oda de Píndaro. Esta parte dice:

«Oh, Luna, vestida en tu pudor con la más fina gasa, Deslizándote con paso suave sobre la cima de los árboles, Ocultándote tras la Acrópolis para huir de tu fiero amante, el Sol, Y rozando con tus virginales dedos el blanco mármol del Partenón.

Es a ti a quien tu pueblo dirige esta plegaria, Pidiendo tu intercesión para que le protejas De la amenaza de las horas oscuras, Y lo preserves, por una sola noche, De la Bestia que merodea por el mundo.»

—Precioso —dijo Joenes—. Pero ¿por qué la Acrópolis y el Partenón?

—Francamente —dijo Harris—, nunca he comprendido los motivos ni su utilidad. Pero el Departamento de Clásicos, en su tiempo, le concedió mucha importancia a este detalle. Y como hasta entonces eran la Economía, la Antropología, la Física y la Química quienes habían prevalecido en todas las discusiones, les dejamos que usaran su Partenón. A fin de cuentas, cuando se trabaja en común hay que transigir alguna que otra vez.

Joenes asintió.

—¿Y qué hay de la parte que habla de la amenaza de las horas oscuras, y de la Bestia que merodea por el mundo?

Harris le guiñó un ojo.

—El miedo es necesario —dijo.

Joenes fue alojado para pasar la noche en una pequeña cabaña construida totalmente sin clavos. Su cama de agujas de pino era deliciosamente rústica, pero también terriblemente inconfortable. Tras haber buscado durante largo tiempo la posición menos dolorosa, se hundió en un tenue sueño.

Fue despertado por el contacto de una mano en su hombro. Levantando la cabeza, vio a una muchacha extraordinariamente hermosa inclinada sobre él con una suave sonrisa. Joenes se sintió repentinamente incómodo, no por sí mismo sino porque creyó que la muchacha se había equivocado de cabaña. Pero no tardó en darse cuenta de su error.

—Me llamo Laka —dijo ella—. Soy la esposa de Kor, el jefe de la Asociación de Jóvenes Adoradores del Sol.

—He venido a dormir contigo esta noche, Joenes, y hacer todo lo que esté a mi alcance para que tu estancia en Chorowait sea agradable.

—Gracias —dijo Joenes—. Pero ¿tu marido está al corriente de tu presencia aquí?

—El hecho de que mi marido lo sepa o no, no tiene la menor importancia —dijo Laka—. Kor es un hombre creyente, acepta las costumbres de Chorowait. Y las costumbres y la religión quieren que acojamos a nuestros huéspedes de este modo. ¿No te lo ha explicado el profesor Hanley?

Joenes respondió que Hanley, de Antropología, ni siquiera le había hecho la menor alusión al respecto.

—Entonces es que quería sorprenderte agradablemente —dijo Laka—. Fue él precisamente quien la estableció: la tomó de un libro.

—No tenía la menor idea —dijo Joenes, girándose de costado para hacerle frente a Laka, que se había tendido a su lado sobre las agujas de pino.

—Parece incluso que el profesor Hanley insistió mucho en este punto —dijo la joven—. Al principio halló alguna oposición por parte del Departamento de Ciencias. Pero Hanley les dijo que si la gente necesita religión, necesita también unas costumbres y unas prácticas y que estas costumbres y estas prácticas deben ser elegidas por un experto. Al final, su punto de vista fue el que prevaleció.

—Entiendo —dijo Jones—. ¿Seleccionó Hanley otras costumbres similares a ésta?

—Bueno —dijo Laka—, están las Saturnales, y las Bacanales, y los Misterios de Eleusis, y el Festival de Dionisio, y el Aniversario del Fundador, y los Ritos de Fertilidad de la Primavera y del Otoño, y la Adoración de Adonis, y...

Aquí Joenes la interrumpió, haciendo notar que parecía haber muchas celebraciones en los Montes Chorowait.

—Sí —dijo Laka—. Esto nos da mucho trabajo a nosotras las mujeres, pero ya estamos acostumbradas a ello. Los hombres no están tan convencidos. Les gustan mucho las fiestas, pero tienden a ponerse celosos e irritables cuando son sus propias mujeres las que participan en ellas.

—¿Qué es lo que hacen entonces? —preguntó Joenes.

—Siguen el consejo del doctor Broing, del Departamento de Psicología. Practican una carrera de cinco kilómetros entre los matorrales, se arrojan a las heladas aguas de un río, lo atraviesan a nado, y luego aporrean un saco de arena hasta caer completamente agotados. Según el doctor Broing, el agotamiento completo va siempre acompañado de una ausencia total de emociones, aunque sea temporal.

—¿Y esa receta del doctor funciona? —preguntó Joenes.

—Parece ser infalible —dijo Laka—. Si la cura no tiene un éxito completo la primera vez, hay que repetirla tantas veces como sea necesario. Además, tiene la virtud de tonificar los músculos.

—Es muy interesante —dijo Joenes. Sintiendo a Laka muy cerca de él, dejó repentinamente de sentir deseos de prolongar aquella conversación antropológica. Suavemente, adelantó una mano y acarició los negros cabellos de la joven.

Laka tuvo un movimiento instintivo de retroceso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Joenes—. ¿No debo tocar tus cabellos?

—No, no es eso —dijo Laka—. El problema es que generalmente me disgusta que me toquen. Créeme, esa repulsión no tiene nada que ver contigo en particular. Es mi propia naturaleza, eso es todo.

—No lo entiendo —dijo Joenes—. ¿Y pese a eso has venido voluntariamente a vivir a esa comunidad, y sigues en ella por tu propia voluntad?

—Oh, por supuesto que sí —dijo Laka—. Es curioso, pero un gran número de personas civilizadas que se sienten atraídas por un modo de vida primitivo experimentan una clara aversión hacia todo lo que se ha convenido en llamar los placeres de la carne. Los profesores estudian este fenómeno con gran interés. Mi caso no tiene nada de particular: me gustan las montañas y los prados, las actividades concretas, el trabajo de los campos, la caza y la pesca. Con tal de seguir disfrutando de esas cosas, estoy dispuesta a dominar el disgusto que me producen todas las experiencias sexuales.

Joenes consideró que aquello era sorprendente, y pensó en las dificultades que se producen cuando uno intenta poblar con personas humanas una comunidad utópica. Sus pensamientos fueron interrumpidos por Laka, que había recuperado su autodomínio: cuidando escrupulosamente sus reacciones, pasó su brazo en torno al cuello de Joenes y lo atrajo hacia ella.

Pero ahora Joenes ya no sentía por ella más deseo del que podría sentir por un árbol o por una nube. Suavemente, se soltó de su abrazo y dijo:

—No, Laka, no quiero violentar tus inclinaciones naturales.

—¡Pero debes hacerlo! —exclamó ella—. ¡Es la costumbre!

—Teniendo en cuenta que no formo parte de la comunidad, no tengo ninguna obligación de seguir vuestras costumbres.

—Supongo que tienes razón —dijo ella—. Sin embargo, los demás profesores siguen las costumbres, y esperan a que llegue el día para discutir si tienen razón o están equivocados.

—Ese es su problema —dijo Joenes, inmovible.

—Es culpa mía —dijo Laka—. Tengo que saber dominarme mejor. ¡Si supieras lo que he rezado para conseguir este autodomínio que me falta!

—No lo dudo —dijo Joenes—. Pero el ofrecimiento ha sido hecho, el espíritu de la costumbre se ha respetado. Piensa en ello, Laka, y regresa con tu marido.

—Me moriría de vergüenza —dijo Laka—. Las demás mujeres sabrían que no he cumplido con mi deber si me vieran regresar antes del alba, y se burlarían de mí. Y mi marido se mostraría muy irritado.

—Pero ¿no me has dicho que se sentía celoso e irritable cuanto tu hacías esto?

—Oh, claro que sí —dijo Laka—. ¿Qué hombre sería si no reaccionara así? Pero siente también un gran respeto hacia la ciencia, y cree profundamente en las costumbres de Chorowait. Es por eso por lo que desea que yo me pliegue a ellas, aunque él tenga que sufrir.

—Debe de ser un hombre muy infeliz —dijo Joenes.

—Al contrario, es más feliz que cualquier otro hombre de la comunidad. Mi marido cree que la verdadera felicidad es de tipo espiritual, y sólo el dolor permite llegar hasta ella. Así pues, su dolor lo hace feliz. Esto es al menos lo que él me dice. Por otro lado, sigue casi todos los días la prescripción del doctor Broing, y en la actualidad supera, tanto en la carrera como en la travesía a nado a todos sus compañeros.

Joenes no hubiera querido por nada del mundo causarle dolor al marido de Laka, aunque este dolor lo hiciera a fin de cuentas feliz. Pero tampoco quería hacer sufrir a Laka enviándola de vuelta a su casa. Y no quería tampoco hacerse sufrir a sí mismo realizando un acto que ahora le repugnaba. La situación parecía insoluble. Finalmente, le dijo a Laka que fuera a dormir al extremo opuesto de la cabaña, lo cual le ahorraría al menos las burlas de las demás mujeres.

Laka, con labios fríos, depositó un beso en la frente de Joenes, y luego se acurrucó sobre las agujas de pino en el otro extremo de la cabaña y se durmió; Joenes, por su parte, tardó mucho tiempo en dormirse; finalmente, cayó en un inquieto sopor.

Sin embargo, los acontecimientos de aquella noche no habían terminado. Serían las dos o las tres de la madrugada cuando Joenes se despertó sobresaltado, inquieto, sin saber exactamente por qué. La luna se había ocultado, la oscuridad era profunda. Los grillos, los pájaros nocturnos, los pequeños animales del bosque, todo estaba en silencio.

Joenes sintió que un estremecimiento recorría su espina dorsal. Se giró hacia la puerta, convencido de que el marido de Laka había venido para matarle. Joenes había estado pensando en aquello toda la noche, ya que tenía sus dudas respecto a la prescripción del doctor Broing.

Pero lo que había sumido a la noche en el silencio no era el furor de un marido celoso. Se dio cuenta de ello al oír el terrorífico rugido lleno de cólera y de pasión, un rugido como

jamás garganta humana podría emitir. El rugido se cortó repentinamente, y la maleza en el exterior de la cabaña crujió bajo el peso de una enorme criatura.

—¿Qué es eso? —preguntó Joenes.

Laka se había puesto en pie, y se había abrazado a Joenes con tanta fuerza que parecía querer fundirse en él. Susurró:

—¡Es la Bestia!

—¡Pero yo creía que esa Bestia era un mito! —exclamó Joenes.

—No hay mitos en los Montes Chorowait —dijo Laka—. Adoramos al sol y a la luna, que son reales. Y tememos a la Bestia, que también es muy real. A veces conseguimos apaciguarla o echarla. Pero esta noche ha venido a matar.

Joenes no dudó de la autenticidad de sus palabras, sobre todo cuando oyó el estruendo de una enorme masa lanzada contra la pared de la cabaña. La pared, aunque estaba hecha de troncos de árboles ensamblados con ayuda de pasadores y de lianas, no resistió el embate. Y, levantando los ojos, Joenes se encontró mirando cara a cara al temible rostro de la Bestia.

LA BESTIA DE UTOPIA

Aquella criatura no se parecía a nada que Joenes hubiera visto antes. Su masiva cabeza parecía la de un tigre, excepto por el color, más bien negro que leonado. Su torso, provisto de dos rudimentarias alas, hacía pensar en algún pájaro monstruoso. Sus ancas recordaban las de un reptil, y se remataban con una cola cuya longitud era al menos el doble de la de su cuerpo, el grosor como una pierna humana, y estaba completamente recubierta de escamas y de espinas.

Joenes captó todo esto en un solo instante, tan fuerte fue la impresión que la Bestia causó a sus sentidos. En el momento en que la Bestia se agazapaba para saltar, Joenes tomó a la desvanecida Laka entre sus brazos y huyó a todo correr. Antes de lanzarse en su persecución, la Bestia se demoró, por puro entretenimiento, en una concienzuda labor de destrucción.

Joenes consiguió reunirse con un grupo de cazadores que, al mando de Lunu, se preparaban para combatir al monstruo con sus arcos y sus lanzas.

A su lado estaban el brujo del poblado y sus dos asistentes. El arrugado rostro del viejo brujo estaba pintado de ocre y azul, en su mano derecha blandía un cráneo, y con su izquierda hurgaba frenéticamente en un montón de ingredientes mágicos. Para emplear bien su tiempo, mientras hacía todo esto increpaba a sus asistentes con las más terribles injurias.

—¡Imbéciles! —gritaba— ¡Ineptos! ¡Tres veces idiotas! ¿Dónde está el moho que retiramos de la cabeza del cadáver?

—Bajo vuestro pie derecho, señor —dijo uno de los asistentes.

—¿Y a quién se le ocurrió la maldita idea de ocultarlo ahí? ¡Dádmelo, rápido! ¿Y el hilo rojo arrancado del sudario?

—En vuestra bolsa, señor —dijo el otro asistente.

El brujo tomó el hilo, lo pasó por las órbitas del cráneo, metió el moho por sus fosas nasales, y luego se giró a sus ayudantes.

—A ti, Huang, te envié a leer las estrellas, y a ti, Pollito, a descifrar el mensaje del alce sagrado. Decídmelo rápidamente y sin vacilar el contenido de esos mensajes y lo que los dioses nos ordenan hacer para apaciguar a la Bestia esta noche.

—Las estrellas —dijo Huang— exigen que se rodee el cráneo con una rama de romero, cuidando de anudarla de derecha a izquierda.

El brujo tomó una rama de romero de su montón de ingredientes y la sujetó al cráneo con ayuda de otro hilo arrancado al sudario, cuidando de anudarla de derecha a izquierda.

—El alce sagrado —dijo Pollito— quiere que se le de a respirar al cráneo de rapé una pulgarada, y afirma que con esto la cosa estará acabada.

—Déjate de falsas rimas y dame el rapé —gruñó el brujo.

—No lo tengo, señor.

—¿Dónde está, entonces?

—Ayer noche nos dijisteis que os habíais procurado un saquito y que lo habíais puesto a buen recaudo en algún lugar seguro.

—Por supuesto, pero ¿dónde? —exclamó el brujo, hurgando en su montón de ingredientes.

—Tal vez en el Altar Subterráneo —sugirió Huang.

—O tal vez en el Lugar Sagrado —aventuró Pollito.

—No, esos dos sitios no me recuerdan nada —dijo el brujo—. Dejadme pensar...

La Bestia, sin embargo, no atendió a sus deseos. Salió de la cabaña al trote y enfiló directamente hacia el grupo de cazadores. Una docena de flechas y lanzas zumbaron en el aire como un enjambre de furiosas avispas yendo a su encuentro, aunque sin excesivo éxito. Indemne, la Bestia abrió una gran brecha en el frente de cazadores. El brujo y sus ayudantes recogieron rápidamente sus ingredientes y se pusieron a salvo en el bosque. Los cazadores volvieron también grupas, pero Lunu y dos de sus compañeros resultaron muertos.

Joenes siguió a los cazadores, con el terror dándole alas a los pies. Finalmente llegó a un claro en cuyo centro se levantaba un altar de piedras enmohecidas por el tiempo. Allí encontró de nuevo al brujo y a sus dos ayudantes, tras los cuales se apretujaba un tembloroso grupo de cazadores. Los aullidos de la Bestia resonaron con redoblada intensidad en el bosque.

El brujo escarbaba el suelo cerca del altar, murmurando:

—Estoy casi seguro de haber ocultado aquí el rapé. Ayer por la tarde vine aquí a implorar sobre esta ara la bendición particular del sol. Pollito, ¿recuerdas lo que hice a continuación?

—Yo no estaba aquí, señor —dijo Pollito—. Vos me dijisteis que debíais realizar un ritual secreto y que nuestra presencia aquí estaba prohibida.

—Por supuesto que vuestra presencia aquí estaba prohibida —gruñó el brujo, cavando vigorosamente alrededor del altar con la punta de su báculo—. Pero ¿acaso no me espiasteis?

—Nunca nos atreveríamos a hacerlo, señor —sollozó Huang.

—¡Cretinos de poca monta! ¡Conformistas! —apostrofó el brujo—. ¿Cómo esperáis ocupar algún día mi puesto si no aprovecháis todas las ocasiones de espiarme?

La Bestia hizo su aparición al otro extremo del claro, a menos de cincuenta metros del grupo. En aquel mismo momento el brujo se inclinó, luego volvió a enderezarse exhibiendo triunfalmente en la mano un saquito de piel de ciervo.

—¡Aquí está! —exclamó—. Exactamente debajo del maíz sagrado que enterré ayer por la tarde. ¡Vamos, zoquetes, rápido, otro hilo!

Pollito le tendía ya uno. Con una gran destreza, el brujo anudó el saquito a la mandíbula inferior del cráneo, tomando buen cuidado de enrollar el hilo tres veces y de derecha a izquierda. Luego sopesó el cráneo entre sus manos y dijo:

—¿Habré olvidado alguna cosa? No, no creo. Ahora pues, observad, hombres sin espíritu, observad bien a vuestro brujo y presenciad el prodigio.

Avanzó hacia la Bestia, sujetando el cráneo con las dos manos. Joenes, los dos ayudantes del brujo y los cazadores contemplaron asombrados al monstruo que, tras haber escarbado con sus pezuñas un agujero de más de un metro de profundidad, en sus preparativos para el ataque, dio un salto por encima de él y, con aire amenazador, se dirigió en tromba hacia el brujo.

El viejo, impávido, siguió avanzando. En el último momento lanzó el cráneo contra la Bestia, que recibió el impacto en pleno pecho. El golpe le pareció a Joenes más bien

débil; sin embargo, el monstruo lanzó un bramido de dolor, giró sobre sus pezuñas y se hundió a grandes saltos en el bosque.

Los cazadores estaban demasiado cansados como para celebrar su victoria contra la Bestia. Regresaron silenciosos a sus cabañas.

—Espero que hoy al menos habréis aprendido algo —dijo el brujo a sus dos ayudantes—. Para que el exorcismo sea eficaz, el cráneo, o aharbitus, debe golpear a la Bestia en pleno pecho. De otro modo, su furor no hará más que aumentar. Ahora podéis iros. Mañana estudiaremos el exorcismo de los tres cadáveres, que tiene un muy hermoso ritual.

Joenes tomó entre sus brazos a Laka, aún desvanecida, y la llevó de vuelta a lo que quedaba de su cabaña. Apenas cruzado el umbral, Laka recuperó el sentido e, inmediatamente, lo ahogó bajo un diluvio de besos. Joenes la dejó en el suelo, suplicándola que no hiciera violencia a sus sentimientos y no excitara sus emociones de hombre. Pero la joven declaró que había cambiado, aunque no sabía si el cambio era tan sólo provisional o sería permanente. El espectáculo de la Bestia, argumentó, el valor que había demostrado Joenes arrancándola de sus garras, la habían transformado hasta lo más profundo de su ser. Y luego, la muerte del pobre Lunu le había hecho darse cuenta de la importancia que tenía la pasión en una existencia efímera.

Aquella explicación no acabó de convencer a Joenes, pero pese a todo no podía negar que Laka había cambiado en efecto. Sus ojos brillaban y, de repente, con una agilidad que recordaba un poco a la de la Bestia, saltó sobre Joenes y lo tiró de espaldas sobre el lecho de agujas de pino.

Joenes se dijo que, si conocía mal a los hombres, mucho menos aún conocía a las mujeres. Y las agujas de pino se le clavaban horriblemente en la espalda. Pero olvidó muy pronto su dolor y su ignorancia. De hecho, no tuvo la menor oportunidad de pensar en ellos hasta que los primeros rayos del sol penetraron en la cabaña, y Laka se marchó para regresar junto a su esposo.

NECESIDAD DE LA BESTIA DE UTOPIA

Por la mañana, Joenes se reunió con sus colegas de la Universidad. Les contó sus aventuras de la noche anterior, y les reprochó no haberle prevenido acerca del peligro que lo amenazaba.

—¡Pero querido Joenes! —protestó el profesor Hanley—. Era necesario que viera usted con sus propios ojos este aspecto esencial de Chorowait para poder estudiarlo sin prejuicios.

—¿Incluso aunque ello hubiera costado la vida? —exclamó Joenes, furioso.

—Oh, usted no ha corrido ni por un momento el menor peligro —dijo el profesor Chandler—. La Bestia no ataca nunca a las personas relacionadas más o menos de cerca con la Universidad.

—Sin embargo, parecía muy decidida a acabar conmigo.

—Por supuesto que parecía decidida —dijo Manisfree—. Pero de hecho su objetivo era Laka, una víctima mucho más propiciatoria, puesto que es miembro de Chorowait. Podía ocurrir que usted resultara ligeramente lastimado cuando la Bestia le arrancara a la joven de los brazos, pero no había la menor posibilidad de que le ocurriera algo más grave que algunas contusiones leves.

Joenes sintió una cierta decepción al saber que el peligro que tan próximo le había parecido la noche anterior no había existido nunca. Para disimular su despecho, preguntó:

—¿Qué es esa criatura, y a qué especie pertenece?

Geoffrard, de Clásicos, carraspeó con aire de suficiencia y dijo:

—La Bestia que vio usted esta noche pasada es única en su género, y no hay que confundirla ni con la que perseguía Sir Pellinore ni con las Bestias del Apocalipsis. La Bestia de Chorowait está más bien emparentada con el Opinicus, que según los antiguos

era en parte camello, en parte dragón y en parte león, aunque ignoremos en qué proporción era cada una de esas tres cosas. Sin embargo, incluso ese parentesco es superficial. Como le he dicho ya, nuestra Bestia es única en su género.

—¿De dónde procede? —preguntó Joenes.

Los profesores se miraron y soltaron una risita, como escolares gastándole una inocente broma a su profesor. Blake, de Física, fue el primero en controlarse y decir a Joenes:

—De hecho, nos corresponde a nosotros el honor de haberla creado. La fabricamos pieza a pieza y miembro a miembro en el Laboratorio de Química, durante nuestros fines de semana y nuestros ratos libres. Todo el cuerpo de profesores colaboró en su gestación y su puesta a punto, pero debo señalar muy particularmente la contribución de los profesores de Química, Física, Matemáticas, Cibernética, Medicina y Psicología, sin olvidar a los profesores de Clásicos y Antropología, a los cuales debemos la idea en sí. El profesor Elling, de Artes Aplicadas, merece también una citación: él fue quien recubrió el cuerpo de la Bestia con una piel de plástico extremadamente resistente. Finalmente, citaré a la señorita Hua como nuestra asistente, ya que si ella no hubiera estado allá para registrar y clasificar cuidadosamente nuestras observaciones, nuestra empresa hubiera corrido el probable peligro de derrumbarse.

Los profesores escuchaban divertidos el discurso de Blake. Joenes, para quien el misterio no había hecho más que convertirse en enigma, seguía sin comprender nada.

—Entonces —dijo finalmente— la construcción de la Bestia debió ser una tarea muy difícil.

—¡Oh, sí! —dijo Ptolomeo, de Matemáticas—. Sin tener en cuenta el tiempo empleado y el desgaste normal de los instrumentos de laboratorio, la fabricación de los elementos especiales nos costó doce millones cuatrocientos doce dólares con sesenta y tres centavos. Hoggshhead, de Contabilidad, tiene anotados cuidadosamente todos nuestros gastos para el caso en que se nos pidiera cuentas de los mismos.

—¿Y de dónde sacaron ustedes el dinero? —preguntó Joenes.

—Fuimos subvencionados por el Gobierno, por supuesto —dijo Harris, de Ciencias Políticas—. Yo y mi colega Finfitter, de Economía, nos encargamos de reunir los fondos. Nos llegó incluso para organizar una gran fiesta con la que celebrar la terminación de la Bestia. Lástima que usted no estuviera aún con nosotros por aquella época, Joenes.

Harris previo la pregunta que iba a hacer Joenes:

—Claro que nunca le hemos dicho al gobierno qué era lo que estábamos haciendo. Hubiéramos obtenido igualmente, sin la menor duda, nuestra subvención, pero hubiéramos tenido que aguardar mucho tiempo y llenar papeles y más papeles. Les dijimos que estábamos estudiando la posibilidad de una autopista subterránea de ocho carriles que cruzara el país de uno a otro extremo, para proteger la defensa nacional. Es inútil que le diga que el Congreso, que siempre está reclamando se mejore la red de comunicaciones, votó inmediatamente en nuestro favor, incluso con más entusiasmo del necesario.

—Somos muchos —dijo Blake— los que creemos que esta autopista no es tan sólo realizable sino también muy necesaria. Cuanto más pensábamos en ella, más nos gustaba la idea. Pero la Bestia estaba antes. E, incluso con los fondos del gobierno, la tarea era tremendamente difícil.

—¿Recuerdan —dijo Ptolomeo— las enormes dificultades que tuvimos cuando quisimos programar el cerebro electrónico de la Bestia?

—¡Oh, Dios, sí! —rió Manisfree—. ¿Y las dificultades para dotarla de un sistema partenogenético de reproducción?

—¡Estuvimos a punto de quedarnos encallados allá! —dijo Dalton—. Y recuerden lo que nos costó conseguir coordinar y estabilizar sus movimientos. Necesitamos varias semanas para que dejara de trastabillar de una pared a otra del laboratorio.

—Fue entonces cuando mató al viejo Duglaston, de Neurología recordó tristemente Ptolomeo.

—Algunos accidentes son inevitables —hizo notar Dalton—. Demos gracias que pudimos contarle a la Administración que se había tomado su año sabático.

Los profesores parecían tener un millar de anécdotas que contar al respecto. Pero Joenes rompió impacientemente el hilo de sus recuerdos.

—Lo que me gustaría saber —dijo— es por qué construyeron ustedes la Bestia.

Los profesores permanecieron pensando unos instantes. Habían transcurrido varios años desde aquellos lejanos días en los que habían descubierto la necesidad y la razón de existir de la Bestia. Afortunadamente, las razones seguían siendo válidas. Tras una corta pausa, Blake dijo: —La Bestia era necesaria, Joenes. Se necesitaba un monstruo de ese tipo para garantizar el éxito de nuestra experiencia y, por extensión, el logro del futuro que Chorowait representa. La Bestia es la necesidad implícita sobre la que reposa toda nuestra utopía.

«La Bestia, mi querido Joenes, no es nada más que la personificación de la Necesidad. En una época como la nuestra, en la que todas las montañas son escaladas, todos los océanos conquistados, donde los planetas se hallan al alcance de nuestra mano y las estrellas inaccesibles, donde los dioses han muerto y el Gobierno se desmorona, ¿qué le queda al hombre? Sin embargo, necesita expresar su fuerza contra algo. Así pues, le hemos dado la Bestia. El hombre no se hallará nunca solo: la Bestia acechará siempre a su alrededor. En su ociosidad, nunca atacará a su hermano, ya que siempre deberá permanecer alerta por miedo a que la Bestia no salte de improviso sobre él. —La Bestia asegura la estabilidad y la cohesión de Chorowait —dijo Manisfree—. Si los miembros de la comunidad no se unieron para combatirla, ella los iría matando uno a uno. Es gracias a los esfuerzos de la población como un conjunto que sus depredaciones se mantienen dentro de unos límites razonables.

—Y gracias a ella siguen respetando la religión —dijo Dalton—. Uno necesita creer en algo cuando siente a la Bestia rondando a su alrededor.

—Es la negación misma de la complacencia —dijo Blake—. Uno no puede sentirse satisfecho de sí mismo cuando se halla frente a la Bestia.

—Gracias a la Bestia —siguió Manisfree—, la comunidad de Chorowait es feliz, se siente unida, es creyente, está próxima a la tierra y se siente consciente de las ventajas de la virtud.

—Pero ¿qué es lo que impide a la Bestia destruir de golpe a toda la comunidad? —preguntó Joenes.

—Su programa —dijo Dalton.

—¿Perdón?

—La Bestia fue programada, es decir, en su cerebro artificial fueron introducidas algunas informaciones y algunas reacciones. Es inútil que le digamos que operamos con máximo cuidado en esa fase de nuestra operación.

—¿Le enseñaron ustedes a no matar a los profesores de la Universidad?

—Esto..., sí. Confieso que no nos sentimos muy orgullosos por ello, pero creímos que era lo mejor, al menos por un cierto tiempo.

—¿Y qué más introdujeron en su programa?

—A atacar prioritariamente al jefe de Chorowait o al grupo que rige la comunidad, luego a las personas corrompidas, y finalmente a cualquier otro chorowaitiano. En consecuencia, el jefe se ve en la obligación de protegerse, tanto a sí mismo como a su pueblo, contra la Bestia. Esto basta para que no cometa tonterías. Pero también debe cooperar con los sacerdotes, ya que de otro modo sería impotente. Esto hace que las dos fuerzas se equilibren.

—Hemos tenido la precaución de mantener la separación necesaria entre Iglesia y Estado —dijo Harris—. Entienda lo que quiero decirle: no existe un sistema único,

susceptible de servir en todas las ocasiones. Por el contrario, hay un gran número de fórmulas, que hay que calcular cada día basándose en los ciclos lunar y estelar, y en otras variables tales como la temperatura, la humedad, la velocidad del viento, etc.

—Estos cálculos deben dar mucho trabajo a los sacerdotes —hizo notar Joenes.

—Efectivamente. Tanto trabajo que no tienen tiempo de intervenir en los asuntos de estado. Para impedir definitivamente el acceso al poder de un sacerdote rico, osado o ambicioso, introdujimos en el cerebro electrónico de la Bestia un factor que se presenta a intervalos irregulares. En estos casos, la Bestia ataca exclusivamente al brujo, y a nadie más. Lo cual hace que el brujo y el jefe corran exactamente los mismos peligros.

—¿Comprende ahora cómo todo encaja? —dijo Blake—. El jefe y el brujo no pueden mantener sus posiciones más que con el apoyo del pueblo. Un jefe impopular no hallará a nadie para ayudarlo a combatir a la Bestia, y no durará mucho con vida. Un brujo impopular no recibirá las sustancias que le resultan indispensables para apaciguarla y que deben ser reunidas gracias a los esfuerzos de toda la población. Lo cual significa que el poder del jefe y del brujo se apoyan en el consenso y la aprobación popular. Es decir, que la Bestia asegura a Chorowait la existencia de una auténtica democracia.

—Hay también algunos aspectos colaterales a todo esto —dijo Hanley, de Antropología—. Creo que es la primera vez en toda la historia que la gama completa de instrumentos mágicos es objetivamente indispensable. Y es también la primera vez que una criatura tan próxima a lo sobrenatural existe realmente sobre nuestro planeta. Esta situación, por supuesto, plantea algunos problemas, pero esto es algo que ocurre siempre en cualquier sistema social en estadio experimental. Afortunadamente, ese estadio está tocando ya a su fin. —Terminará —dijo Manisfree— cuando la Bestia se reproduzca.

Los profesores observaron un respetuoso silencio.

—Hemos tenido que superar considerables dificultades —dijo Ptolomeo— para conseguir que la Bestia pueda reproducirse por partenogénesis. Su progenie se extenderá por las comunidades vecinas. Sus crías no estarán programadas como su padre, así que nada las obligará a permanecer en los límites de Chorowait. Al contrario, cada una de ellas buscará su propia comunidad para sembrar en ella el terror. —Pero esas gentes no sabrán defenderse contra ellas —hizo notar Joenes.

—Aprenderán pronto. Acudirán a Chorowait a buscar consejo, y aprenderán las fórmulas particulares que les permitirán vencer a sus respectivas Bestias. Así nacerán las comunidades del futuro, que no tardarán en propagarse por toda la superficie de la Tierra.

—Además, no pensamos pararnos ahí —dijo Dalton animadamente—. La Bestia es una magnífica realización, pero ni ella ni sus hijos se hallan completamente al abrigo de las capacidades de destrucción del hombre. Así que hemos obtenido del gobierno otras subvenciones que nos permitirán proseguir nuestra obra.

—¡Llenaremos los cielos de vampiros mecánicos! —dijo Ptolomeo.

—¡Zombies cuidadosamente articulados sembrarán el terror por toda la tierra! —gritó Dalton.

—¡Monstruos fantásticos nadarán en las profundidades de los océanos! —aulló Manisfree.

—La humanidad —dijo Hanley— vivirá por fin entre las creaciones fabulosas en las que siempre ha soñado: el grifo y el unicornio, el monótero y la manticora, el hipogrifo y el centauro, todos esos y muchos monstruos más cobrarán existencia real. La superstición y el temor reemplazarán la indolencia y el aburrimiento; el valor renacerá, puesto que será necesario para combatir a todos esos djins. Y la gente se alegrará cuando el unicornio apoye su cabeza en las rodillas de la joven virgen, o cuando el Pequeño Pueblo recompense con un saco de oro al hombre virtuoso. El avaro será infaliblemente castigado por los coreófagos, y el lujurioso temerá el encuentro con la encarnada Afrodita Pandemos. El hombre ya no estará solo en el universo, vivirá con criaturas tan maravillosas como él mismo. Y en consonancia con las únicas reglas que acepta su

naturaleza... ¡las que le son impuestas por un ser sobrenatural manifestándose en la tierra!

Joenes miró a los profesores: irradiaban satisfacción. Entonces juzgó preferible no preguntarles si el mundo exterior deseaba realmente el reinado de lo fabuloso, si no sería mejor consultarle antes. No les dijo tampoco que a su modo de ver el mundo no se vería acechado por una serie de seres míticos sino por una cierta cantidad de máquinas fabricadas por la mano del hombre y que supuestamente deberían actuar como productos de su imaginación, unas máquinas que, en lugar de ser divinas e infalibles, serían mortales y falibles, estúpidamente destructivas, extremadamente irritantes y fáciles de aniquilar desde el momento en que se hallara su punto débil.

Por otro lado, no fue solamente por consideración hacia los sentimientos de sus colegas por lo que Joenes se calló. Temía que aquellos entusiastas decidieran eliminarlo si se mostraba excesivamente rebelde a sus explicaciones. Así pues, guardó un prudente silencio y, en el coche que lo devolvía a la universidad, pensó largamente en las grandes dificultades de la vida humana.

De regreso a la universidad, Joenes decidió abandonar lo antes posible aquella enclaustrada vida regida por la erudición.

10. Cómo Joenes entró al servicio del gobierno (según la narración de Maaoa de Samoa)

Una oportunidad de abandonar la universidad se le presentó a Joenes a la semana siguiente, cuando un agente reclutador del gobierno visitó el campus. El hombre se llamaba Ollin, y era subsecretario a cargo del Servicio de Personal. Era un hombre pequeñito de quizá unos cincuenta años, con cabellos blancos cortados a cepillo y una cara a lo bulldog. Daba una impresión de energía y dinamismo que gustaron a Joenes.

El subsecretario Ollin hizo una pequeña alocución al alumnado:

—Muchos de ustedes ya me conocen, así que no voy a perder el tiempo con palabras introductorias. Tan sólo quiero recordarles que el gobierno necesita hombres talentados y dedicados para sus distintos servicios y agencias. Mi trabajo es reclutar a esos hombres. Cualquiera que esté interesado puede visitarme en la habitación 222 del Viejo Scarmuth, que el Decano Fols me ha cedido graciosamente durante mi estancia aquí.

Joenes acudió a visitarle, y el subsecretario Ollin lo recibió calurosamente.

—Siéntese, siéntese. ¿Un cigarrillo? ¿Una copa? Me siento feliz de ver venir a alguien. Tenía entendido que los grandes cerebros de Stephen's Wood tenían su pequeño proyecto personal para salvar el mundo, algo así como una especie de monstruo mecánico, ¿no?

Joenes se sorprendió enormemente al constatar que Ollin estaba al corriente de la experiencia de Chorowait.

—Nosotros tenemos siempre nuestros ojos abiertos —dijo Ollin—. Al principio nos dejamos engañar porque pensamos que ese monstruo iba destinado a algún film de horror. Pero ahora sabemos lo que está ocurriendo en realidad, y el FBI se ha hecho cargo del asunto. Un tercio de la comunidad de Chorowait está compuesto por sus hombres, trabajando en secreto. Tomaremos las medidas oportunas apenas poseamos las pruebas suficientes.

—La Bestia mecánica va a reproducirse dentro de muy poco tiempo —hizo notar Joenes.

—Estupendo, así tendremos otra prueba más. Pero volvamos a usted, mi querido amigo. Supongo que siente deseos de entrar al servicio del gobierno, ¿no?

—Aja. Me llamo Joenes y...

—Oh, oh, estoy al corriente de todo eso —dijo Ollin. Abrió una voluminosa cartera portadocumentos y sacó un bloc de notas—. Veamos —dijo, girando varias páginas—.

Aquí está: Joenes. Arrestado en San Francisco por haber pronunciado en la vía pública palabras de naturaleza subversiva. Escuchado por un comité designado por el Congreso, juzgado como poco cooperativo e irrespetuoso, principalmente en lo que concierne a Arnold y Ronald Black, los dos espías gemelos del Octágono. Condenado por el Oráculo a diez años de trabajos forzados, con sobreseimiento de la sentencia. Una breve estancia en el Asilo Psiquiátrico para Criminales Dementes, luego una cátedra en esta universidad, desde donde permanece en contacto diario con los fundadores de la comunidad de Chorowait, —Ollin cerró su bloc de notas y preguntó—: ¿Es todo eso exacto, aproximadamente al menos?

—Bueno, aproximadamente, sí —dijo Joenes, que sentía la completa imposibilidad de explicar o discutir su caso—. Supongo que mi historial me hace inelegible.

Ollin se echó a reír ruidosamente ante esas palabras. Se secó los ojos y dijo:

—Joenes, creo que su estancia aquí le ha ablandado el cerebro. No hay nada tan terrible como usted cree en su historial. Siempre se puede canalizar el idealismo hacia las vías que se consideren más útiles. Nosotros no somos hipócritas, Joenes. Sabemos que ninguno de nosotros es absolutamente puro, que todo hombre tiene en su pasado algo, grande o pequeño, de lo que no se siente precisamente orgulloso. Sepa que para nosotros es usted tan inocente como un carnerillo recién nacido.

Joenes expresó todo el reconocimiento que le inspiraba la actitud del gobierno.

—Bueno —dijo Ollin—, si hay alguien a quien tenga que darle usted las gracias, ese es Sean Feinstein. En su cualidad de Asistente Especial del Asistente del Presidente, nos lo recomendó muy calurosamente. Hemos estudiado muy atentamente su caso, y hemos llegado a la conclusión de que usted es precisamente el hombre que necesitamos.

—¿Realmente? —dijo Joenes.

—Sin la menor duda. Nosotros, los políticos, somos gente realista. Tenemos consciencia de los miles de problemas que nos abruma. Para resolver esos problemas necesitamos pensadores audaces, independientes, que no teman a nadie ni a nada. Sólo la élite nos conviene, y no nos dejamos frenar por ninguna consideración secundaria. Necesitamos hombres como usted, Joenes. ¿Quiere entrar realmente al servicio del gobierno?

—¡Sí! —gritó Joenes, ardiendo de entusiasmo—. E intentaré hacer honor a la confianza que tanto Sean Feinstein como usted han depositado en mí.

—Estaba seguro de que reaccionaría usted así, Joenes —dijo Ollin, con voz estrangulada por la emoción—. La reacción es siempre la misma. Desde lo más profundo de mi corazón, gracias. Firme aquí y aquí.

Ollin presentó a Joenes un formulario standard, y éste firmó. Él subsecretario guardó el papel en su cartera portadocumentos y apretó calurosamente la mano de Joenes.

—Desde ahora está usted al servicio del gobierno. Gracias, Dios le bendiga, y recuerde que contamos con usted.

Ollin avanzó hacia la puerta, pero Joenes lo llamó:

—¡Espere! ¿Cuál será mi trabajo, y dónde deberé llevarlo a cabo?

—Se le comunicará oportunamente —dijo Ollin.

—¿Cuándo? ¿Y de qué forma?

—Yo soy tan sólo un reclutador —dijo Ollin—. Lo que ocurre con la gente a la que recluto está por completo fuera de mi jurisdicción. Pero no se preocupe, usted forma parte ya del gobierno. Recuerde que contamos con usted. Ahora discúlpeme, debo ir a dar una conferencia a Radcliffe.

El subsecretario Ollin salió. Joenes se sintió muy excitado por las posibilidades que se abrían ante él, pero un tanto escéptico acerca de la velocidad con la que actuaría el gobierno.

Sin embargo, a la mañana siguiente recibió una carta oficial enviada con un mensajero especial. Se le ordenaba que se presentara a la mayor brevedad posible en la Sala 432

del Ala Este del Edificio Pórtico de Washington, D.C. La carta iba firmada por un importante personaje: John Mudge, Asistente Especial del Jefe de los Servicios de Coordinación.

Joenes se despidió inmediatamente de sus colegas, echó una última mirada al verde césped y a los caminos de cemento de la universidad, y montó en el primer jet para Washington.

Para Joenes su llegada a Washington fue un momento maravilloso. Anduvo a lo largo de las calles de mármol rosa en dirección al Edificio Pórtico, pasó por delante de la Casa Blanca, sede del poder imperial americano, vio a su izquierda los grandes edificios del Octágono, que reemplazaba al viejo Pentágono, demasiado pequeño ya, y tras ellos los Edificios del Congreso.

Estos edificios tenían una significación especial para Joenes. Encarnaban todo el romanticismo de la historia. Los esplendores del Viejo Washington, capital de la Confederación Helénica antes de la desastrosa Guerra Civil, danzaban ante sus ojos. Creía estar asistiendo a uno de esos inmensos debates que oponían a Pericles, representante del gremio de talladores de mármol, a Temístocles, el orgulloso comandante de submarinos. Pensaba en Cleón, llegando hasta allí desde su hogar arcadiano de New Hampshire para exponer con su habitual concisión las razones por las cuales era preciso proseguir la guerra. El filósofo Alcibíades había vivido durante algún tiempo en aquella ciudad como diputado por su Louisiana natal, Xenofon había permanecido de pie sobre aquellos mismos peldaños, recibiendo las ovaciones de la multitud tras haber conducido a sus seis mil hombres desde las orillas del Yalu al santuario de Pusan.

Los recuerdos acudían en tropel. Allí había escrito Tucídides la versión definitiva de su magistral obra, la historia de la trágica guerra Interestados; allí había dominado Hipócrates a la fiebre amarilla y, fiel a su juramento, no había dicho palabra en toda su vida; allí finalmente Licurgo y Solón, primeros jueces de la Corte Suprema, se habían enfrentado en sus apasionadas discusiones acerca de la naturaleza de la justicia.

Todos aquellos grandes hombres parecían apretujarse a su alrededor mientras atravesaba las amplias avenidas de Washington. Pensando en ellos, Joenes tomó la firme resolución de trabajar hasta el límite de sus fuerzas para mostrarse digno de sus antepasados.

En ese extático estado mental, Joenes llegó a la Sala 432 del Ala Este del Edificio Pórtico. John Mudge, el Asistente Especial, se apresuró a darle la bienvenida. Mudge era un hombre tranquilo y afable, reposado a pesar del intenso trabajo que desempeñaba. Joenes supo que Mudge tomaba todas las decisiones políticas en la Oficina de los Servicios de Coordinación, mientras su superior perdía sus días y sus noches escribiendo las habituales instancias solicitando ser transferido al ejército.

—Bueno, Joenes —dijo Mudge—, ha sido asignado usted a nuestro servicio, y nos sentimos orgullosos por ello. Lo mejor será que le explique inmediatamente cómo funciona nuestra oficina. Operamos como una agencia interservicios cuya finalidad es evitar que exista doble empleo en las actividades de las fuerzas militares semiautónomas. Dicho de otro modo, centralizamos los informadores para todos los servicios, y aconsejamos al gobierno en temas de guerra psicológica, económica y militar.

—Es mucho —dijo Joenes.

—Es mucho más que mucho —admitió Mudge—. Y sin embargo, nuestros trabajos son absolutamente indispensables. Ya le he dicho que éramos responsables de la coordinación interservicios. Permítame darle un ejemplo. Hace apenas un año, cuando nuestra oficina aún no existía, algunas fuerzas de nuestro ejército estuvieron luchando durante tres días en las densas junglas del norte de Tailandia. ¡Imagínese cuál sería su contrariedad cuando descubrieron que habían estado atacando a un batallón firmemente

afianzado de marines americanos! Imagínese el efecto que puede tener una desgracia de ese tipo sobre la moral de nuestras tropas. Y tenga en cuenta que nuestros efectivos militares forman a lo largo de todo el planeta una línea a la vez tan larga y tan tenue, están dispuestos de un modo tan complejo, que los incidentes de este tipo amenazan con producirse a cada instante.

Joenes asintió con la cabeza. Mudge se enzarzó a explicarle la razón de ser de todas sus demás tareas.

—Tome, por ejemplo, el espionaje. Antes era asunto exclusivo de la C.I.A. Pero ahora la C.I.A. se niega a transmitirnos sus informaciones; prefiere reclamarnos efectivos cada vez más importantes para resolver los problemas que no dejan de plantearse.

—Es deplorable —dijo Joenes.

—Y, por supuesto, la situación es idéntica, y a un grado más importante aún, para los servicios de información del Ejército de Tierra, de la Marina, de la Aviación, de la Infantería de Marina, de las Fuerzas Espaciales... El patriotismo de los hombres que componen esas fuerzas no puede ser puesto en duda, pero teniendo en cuenta que cada servicio ha recibido los medios para llevar independientemente su guerra, se considera capaz de juzgar por sí mismo el peligro y de llevar con sus solas fuerzas el conflicto hasta su solución. Dada esta situación, todos los informes que recibimos acerca de la magnitud y situación de las fuerzas enemigas son o bien contradictorias o bien sospechosos. Y eso paraliza al gobierno, que no dispone de las informaciones precisas para decidir su política.

—Nunca hubiera creído que el problema fuera tan grave —dijo Joenes.

—Es grave e insoluble —dijo Mudge—. A mi modo de ver, el fallo estriba en las propias dimensiones de la organización gubernamental, hinchada como nunca lo había estado en el pasado. Un científico amigo mío me dijo un día que un organismo que crece hasta el punto de rebasar su tamaño natural tiende a escindirse en sus distintos componentes, los cuales terminan por iniciar por su propia cuenta el proceso de crecimiento. Nos hemos hecho demasiado grandes, y el proceso de fragmentación ha comenzado. Sin embargo, nuestro crecimiento es una consecuencia natural de la época, y no podemos dejar que el edificio se derrumbe. Nos hallamos constantemente en plena guerra fría, y debemos cubrir las fisuras de modo que obtengamos una apariencia de orden y cooperación. Nuestro papel consiste en descubrir la verdad sobre la situación de las fuerzas enemigas, presentar esa verdad al gobierno al mismo tiempo que le sugerimos una política, y obtener de los distintos servicios que se limiten a esa política. Debemos perseverar hasta que el peligro externo haya desaparecido. Entonces podremos esperar reducir las dimensiones de nuestra burocracia antes de que las potencias del caos se encarguen de hacerlo por nosotros.

—Creo comprender —dijo Joenes—, y estoy completamente de acuerdo.

—Estaba seguro de ello. Lo supe desde que tuve conocimiento de su historial, y es por ello por lo que solicité que fuera agregado usted a mi servicio. Ese hombre, me dije, está naturalmente dotado para la coordinación, y pese a las numerosas dificultades conseguí obtener la autorización del gobierno.

—Creí que mi nominación había sido debida a Sean Feinstein —dijo Joenes.

Mudge sonrió.

—Sean es tan sólo un hombre de paja: se limita a firmar los papeles que colocamos ante él. Como el patriota de primera clase que es, aceptó voluntariamente representar un papel secreto pero necesario, el de chivo expiatorio del gobierno. Tomarnos en su nombre todas las decisiones dudosas, impopulares o sujetas a rectificación. Cuando la cosa funciona bien, la gloria va a los jefes del servicio; cuando funciona mal, él es quien soporta todas las reprimendas. Así una sola persona sufre por todos los errores, mientras que el buen nombre y la eficacia de todas las demás no resulta en absoluto afectada.

—Eso no debe resultarle muy agradable a Sean.

—Por supuesto que no. Pero quizá se sintiera desgraciado si hiciéramos de su vida algo demasiado fácil y agradable. Eso al menos es lo que opina un psicólogo amigo mío. Otro psicólogo conocido, cuyas inclinaciones son un tanto místicas, cree que Sean Feinstein cumple con una función histórica indispensable, que está destinado a ser un elemento motor de hombres y de acontecimientos, un personaje crucial, un factor de emancipación de las masas; y que, por esa misma razón, es detestado por el pueblo al cual sirve. Pero sea cual sea la verdad, considero a Sean como un personaje eminentemente necesario.

—Me gustaría conocerlo y estrecharle la mano.

—Por el momento es imposible: se halla a pan y agua en su celda. Se le acusa de haber robado al ejército americano 24 misiles atómicos y 187 granadas atómicas.

—¿Lo hizo realmente? —preguntó Joenes.

—Sí. Pero a petición nuestra. Con ellas armamos un destacamento de transmisiones, lo cual nos permitió ganar la batalla de Rosy Gulch, en el sudeste de Solivia. Tengo que añadir que ese destacamento en cuestión llevaba reclamando en vano este armamento desde hacía mucho tiempo.

—Lo siento por Sean. ¿A qué pena ha sido condenado?

—A la capital, por supuesto —dijo Mudge—. Pero le será conmutada. Siempre le es conmutada. Sean es un personaje demasiado importante como para que no se le conmuten todas sus penas.

Mudge giró la vista hacia otro lado por unos instantes, luego volvió a dirigirse a Joenes.

—La misión que debemos confiarle —dijo— es de la máxima importancia. Vamos a enviarle a Rusia para que efectúe un recorrido de inspección y análisis. Por supuesto, no va a ser el primero. Pero, hasta ahora, todos los agentes que hemos enviado allí han regresado ya sea con informaciones sospechosas porque están vistas desde el ángulo particular del Servicio del cual dependían, ya sea con informaciones válidas que han sido clasificadas inmediatamente como Top Secret y encerradas sin siquiera ser leídas en la sala de informaciones Top Secret de los subterráneos de Fort Knox. Mi jefe me ha prometido, y yo a su vez se lo prometo a usted, que su informe no va a correr la misma suerte. Tendremos conocimiento de él, y actuaremos según sus conclusiones. Estamos decididos a hacer aceptar el principio de la coordinación: todo lo que usted diga del enemigo será tenido por válido y utilizado. Ahora, Joenes, vamos a inscribirle a usted definitivamente en nuestros servicios; luego recibirá sus órdenes.

Mudge condujo a Joenes a los Servicios de Seguridad, donde un coronel a cargo de la sección de frenología palpó su cráneo en busca de bultos sospechosos. Luego, Joenes pasó sucesivamente por las manos de los astrólogos gubernamentales, de los videntes que leyeron su futuro, algunos en las cartas, otros en las hojas de té, de los fisonomistas, de los psicólogos, de los casuistas y de las computadoras. Al final de sus respectivos exámenes, todas aquellas personalidades lo declararon leal, sano de mente, responsable, juicioso, respetuoso y, sobre todo, afortunado.

Consecuentemente, recibió su inscripción definitiva y la autorización de leer toda la documentación clasificada.

No poseemos más que una lista parcial de los papeles que Joenes tuvo ocasión de leer entre las paredes de acero de las Habitaciones Secretas, bajo la mirada de dos centinelas armados a los cuales les habían sido vendados los ojos para impedirles que echaran inadvertidamente alguna ojeada por encima del hombro de Joenes a los preciosos documentos. Pero sabemos que como mínimo Joenes tuvo oportunidad de leer:

Los Papeles de Yalta, un informe de la histórica conferencia que reunió al Presidente Roosevelt, al Zar Nicolás II y al Emperador Ming. Joenes supo así cómo las fatídicas decisiones de Yalta habían afectado toda la política moderna, y trabó conocimiento con

las violentas protestas que elevó en aquella época Don Winslow, el Comandante Supremo de las Fuerzas Navales.

Yo fui una Esposa de Guerra del Sexo Masculino, una devastadora exposición de las prácticas contra naturaleza que se llevaron a cabo en el ejército.

La Huerfanita Annie contra el Hombre Lobo, un detallado manual de espionaje escrito por una de las más renombradas mujeres espía que jamás hubieran existido.

Tarzán y la Ciudad Negra, extraordinaria descripción de las actividades de los comandos en el África Oriental bajo la ocupación rusa.

Los Cantos, de autor desconocido, una críptica exposición de las teorías monetarias y raciales del enemigo.

Buck Rogers en Mungo, un relato ilustrado sobre las más recientes hazañas del Cuerpo Espacial.

Los Primeros Principios, de Spencer; Las Apócrifas, de autor desconocido; La República, de Platón; Maleus Malificarum, escrito conjuntamente con Torquemada, el Obispo Berkeley y Harpo Marx. Esas cuatro obras constituyen la más profunda esencia de la doctrina comunista, y suponemos que Joenes extrajo un gran provecho de su lectura. Por supuesto, Joenes leyó también El Playboy del Mundo Occidental, de Immanuel Kant, estudio que refutaba de una forma definitiva las obras de inspiración comunista citadas anteriormente.

Desgraciadamente, ninguna de estas obras ha llegado hasta nosotros, ya que nuestros antepasados las imprimieron sobre papel, en lugar de aprendérselas de memoria. Estaríamos dispuestos a ofrecer cantidades fabulosas para conocer la sustancia de esos documentos que condicionaron la brillante y caprichosa política de la época. Y nos gustaría enormemente saber si Joenes tuvo igualmente ocasión de leer los grandes clásicos del siglo XX que han conseguido llegar hasta nosotros, como por ejemplo el conmovedor Limpiabotas, grabado en duradero bronce, o el Manual Práctico de Negocios Inmobiliarios, novela monumental que por sí sola modeló el carácter del hombre del siglo XX. ¿Tuvo Joenes ocasión de conocer a Robinson Crusoe, su contemporáneo y uno de los más grandes poetas del siglo? ¿Tuvo la oportunidad de conversar con alguno de los Robinsones Suizos, cuyas esculturas adornan aún gran número de nuestros museos?

Joenes nunca nos ha hablado de esas cosas. De hecho, su relato incide más en otros temas culturales cuya importancia en aquella turbulenta época fue mucho más capital.

Finalmente, tras leer ininterrumpidamente durante tres días y tres noches, Joenes se levantó y abandonó las paredes de acero de las Habitaciones Secretas vigiladas por los dos centinelas de los ojos vendados. Ahora conocía cuál era la situación de la nación y del mundo. Con una mezcla de esperanza y de temor, abrió el sobre que contenía sus instrucciones.

Esas instrucciones le ordenaban presentarse en la Sala 18891, Piso 12, Nivel 6, Ala 63, Subsección AJB2, del Octágono. Junto a las instrucciones iba un mapa que debía ayudarle a hallar su camino en aquel inmenso edificio. En la sala 18891 lo aguardaría un personaje de elevado rango, conocido como el señor M, que le proporcionaría las últimas instrucciones y prepararía su partida en un avión especial hacia Rusia.

El corazón de Joenes se inundó de alegría: por fin iba a tener la ocasión de cumplir con su papel en los asuntos internacionales. Echó a correr hacia el Octágono para recibir sus últimas instrucciones y partir. Pero la misión que le había sido encargada no iba a poder ser capturada tan fácilmente como había parecido a simple vista.

11. Las aventuras en el octágono

(Las aventuras en el Octágono y los cuatro relatos comprendidos en ellas tienen por narrador a Maubingi de Tahití)

Ardiendo de entusiasmo, Joenes penetró en el Octágono. Se detuvo unos instantes paralizado por la sorpresa, ya que nunca hubiera imaginado que pudiera existir un edificio tan grande y majestuoso. Luego, recuperando su sangre fría, se aventuró por los inmensos vestíbulos y por los interminables corredores, en busca de las distintas escaleras, ascensores, pasillos y más pasillos.

Moderado su primer impulso, se dio cuenta de que su mapa era totalmente inexacto: nada de lo que veía a su alrededor correspondía a las anotaciones hechas en él. Incluso podría creerse que se trataba de un edificio completamente distinto. Joenes se hallaba por aquel entonces en pleno corazón del Octágono, tan incapaz de proseguir su camino como de volver sobre sus pasos. Se metió el plano en el bolsillo y decidió preguntar a la primera persona con la que se tropezara.

Muy pronto alcanzó a un hombre que andaba algunos pasos por delante de él en un pasillo. Aquel hombre llevaba un uniforme de coronel del Departamento de Cartografía, y tenía un aspecto a la vez amable y distinguido.

Joenes lo detuvo, le explicó que se había perdido, y que su plano no parecía serle de ninguna utilidad.

El coronel echó una ojeada al plano y dijo:

—¡Oh, todo está perfectamente en regla! Este plano pertenece a la serie 2443-321 B, y lo hemos publicado hará apenas una semana.

—Pero no me dice nada de lo que busco —dijo Joenes.

—Por supuesto que no —dijo orgullosamente el coronel— ¿Se da cuenta usted de la extrema importancia que reviste este edificio? ¿Sabe usted que alberga a los organismos más importantes y más secretos de nuestra nación?

—Estoy al tanto —dijo Joenes—. Sin embargo...

—Entonces tiene que comprender usted en qué situación nos hallaríamos si el enemigo conociera su disposición y su función exactas. Los espías se infiltrarían en todos esos corredores. Disfrazados de soldados, de políticos, tendrían acceso a nuestras informaciones más vitales. Ninguna medida de seguridad sería eficaz contra un espía hábil y resuelto que conociera exactamente la distribución del edificio. Nos hallaríamos perdidos, mi querido señor, irremediabilmente perdidos. Un plano de este tipo, tan desconcertante para un espía, es una auténtica salvaguardia para nosotros.

—No lo dudo en absoluto —dijo Joenes educadamente.

El coronel acarició amorosamente el plano y dijo:

—¿Imagina usted las dificultades que presenta crear un plano de esas características?

—¿Realmente? —dijo Joenes—. Hubiera jurado que no había nada más sencillo. Trazar el plano de un lugar imaginario no debe ser tan complicado como eso.

—Aja, eso es lo que cree el profano. Tan sólo un cartógrafo como nosotros, o un espía, puede apreciar la envergadura de los problemas que debemos afrontar. Fabricar un plano que no dé ningún indicio y que sin embargo parezca auténtico, incluso a los ojos de un experto... esto, amigo mío, ya no es sólo asunto de técnica, ¡es auténtico arte!

—Le creo, por supuesto. Pero entonces, ¿por qué tomarse el trabajo de editar falsos planos?

—Por razones de seguridad. Lo comprendería usted si supiera lo que piensa un espía cuando consigue un plano de ese tipo: vería usted entonces cómo el plano destruye su eficacia desde su misma base, cosa que no se produciría si el espía actuara sin ningún punto de referencia. Para comprender esto hay que conocer a fondo la mentalidad del espía.

Joenes admitió que se sentía desconcertado por esa explicación. Pero el coronel le repitió que evidentemente no comprendería nada si antes no comprendía el particular modo de pensar del espía. Y, para ilustrar su teoría, le describió las reacciones de un individuo de ese tipo una vez en posesión del famoso plano.

HISTORIA DEL ESPÍA

El espía (dijo el coronel) ha superado todos los obstáculos que ha encontrado en su camino. Armado con el precioso plano, ha penetrado en el corazón mismo del edificio. Ahora intenta utilizar su documento, y muy pronto se da cuenta de que lo que ve a su alrededor no se halla en absoluto representado en el papel. Pero constata también que el plano está realizado con mucho cuidado, que está impreso en papel de calidad, que lleva un número de serie y el sello del gobierno. Es un plano lúcido y claro, una auténtica obra maestra. ¿Va a tirarlo y a intentar reproducir el trazado de las desconcertantes complejidades que le rodean en un miserable cuaderno de notas, utilizando un bolígrafo que no funciona demasiado bien? Por supuesto que no. Quizá si lo hiciera conseguiría algo, pero nuestro espía no es más que un hombre. Sus limitadas facultades de observación, de abstracción, de imitación, de generalización, no pueden competir con las de los expertos, y él lo sabe muy bien. Necesitaría un valor extraordinario y una inmensa confianza en sí mismo para deshacerse de ese magnífico plano y proseguir su camino confiando únicamente en el testimonio de sus sentidos. Y, si poseyera esas cualidades, no sería un espía. Sería un conductor de hombres, un artista o un sabio. Y sin embargo no es nada de eso: es simplemente un espía. Es decir, que ha elegido un oficio de detección y no de acción, un oficio que lo obliga a descubrir lo que saben los demás antes que buscar lo que sabe él mismo. Y admite necesariamente la existencia de verdades externas a su propia persona, ya que ningún espía digno de ese nombre aceptaría creer que ha dedicado toda su existencia al estudio de cosas erróneas o frívolas. Hay que tener en cuenta todo eso si se quiere estudiar el carácter de un espía, sea quien sea, pero más aún si se trata de un espía que ha robado un plano oficial y penetrado en el corazón de un edificio celosamente vigilado.

Creo que, en justicia, podemos suponer a nuestro espía las necesarias cualidades de sinceridad, de entusiasmo, de astucia y de perseverancia. Esas cualidades le han permitido vencer todos los peligros y conseguir una posición ventajosa en el centro de este edificio. Pero tienen también como efecto el modelar sus pensamientos, el hacer imposibles algunas acciones. Hay que aceptar el hecho de que, cuanto más dotado, astuto, entusiasta, paciente, experimentado sea, menos susceptible será de imponer silencio a esas virtudes, de tirar el mapa, de tomar un lápiz, un papel en blanco, y garabatear lo que vea. La idea de deshacerse de un plano oficial quizá le parezca sencilla a usted; pero, para el espía, es una idea repugnante, prácticamente imposible de poner en práctica y completamente contraria a su modo de ser.

Entonces empieza a razonar según su propio método, es decir, empleando un sistema que a su parecer es el único válido pero que, nosotros lo sabemos, no es más que su forma de eliminar una contradicción puesta de manifiesto por la vida real y que su instinto y su razón rechazan.

Delante de él tiene, por una parte, un plano oficial auténtico, y por otra parte un cierto número de puertas y de pasillos. Observa el plano, ese documento parecido en todos sus puntos a otros documentos auténticos y válidos que ha robado en otras ocasiones con gran peligro de su vida. Y se pregunta: «¿Es posible que este plano sea falso? Sé que proviene de los servicios del gobierno, también que lo he robado a una persona que lo tenía en gran estima. ¿Tengo derecho a no servirme de él bajo el pretexto de que parece no tener ninguna relación con lo que estoy viendo a mi alrededor?»

El espía reflexiona, y finalmente se detiene en esa palabra clave: parece. El plano parece no tener la menor relación con el edificio. Por un instante las apariencias lo han engañado. Ha estado a punto de dejarse ganar por el testimonio de sus sentidos. Los que han fabricado este plano le han jugado ese truco, a él que se considera maestro en el arte del camuflaje y del disimulo, a él que ha pasado su vida arrancando los secretos de los demás. Ahora todo está claro.

El espía se dice: «Han intentado vencerme con mis propias armas. Con muy poca habilidad, por supuesto, pero al menos eso indica que están empezando a pensar correctamente.» Lo que entiende el espía por esas palabras es que están empezando a pensar como él, y por lo tanto a hacer sus secretos más comprensibles para él. Esto lo alegra. Su mal humor provocado por la falta de parecido entre el plano y el edificio se ha desvanecido por completo. Está alegre, con nuevas energías, dispuesto a superar cualquier dificultad, a proseguir con este problema hasta su última conclusión.

«Estudiemos los hechos y lo que implican», se dice. «En primer lugar, sé que este plano es importante. Su aspecto, el modo cómo lo he conseguido, mi experiencia, todo ello me ayuda a persuadirme. Sé también que, aparentemente, no representa el edificio que, sin embargo, se supone debe representar. Pero, ha de existir algún tipo de relación entre el plano y el edificio. ¿Cuál es esta relación, y cuál es la verdad respecto al plano?»

El espía reflexiona unos instantes, y luego prosigue: «Los hechos parecen implicar la existencia de un código, de un factor de variabilidad introducido en el documento por algún artesano hábil y astuto, de un código que las personas a quienes va destinado este plano deben conocer pero que, hasta ahora, yo ignoraba.»

En este punto, se yergue en toda su estatura y declara: «Pero resulta que yo soy especialista en la decodificación. E incluso nada me apasiona más que un mensaje cifrado. Podría decirse que he sido creado para eso, y que el destino me ha llevado hasta aquí, en este lugar y en este momento, para enfrentarme con un documento capital.»

Nuestro espía se exalta. Pero muy pronto empieza a preguntarse: «¿No es ir un poco demasiado aprisa el ver en este plano, desde el principio de mi investigación, un documento auténtico cifrado y nada más que eso? La experiencia me ha enseñado, y a qué precio, que el hombre es un ser retorcido. Yo soy la prueba viviente de ello, ya que mis artimañas me han permitido camuflarme en el seno de mis enemigos sin que ellos consigan reconocerme y descubrir varios de sus secretos. Consecuentemente, ¿no sería más justo suponerles una artimaña semejante a la mía?».

«Perfecto», piensa el espía. «Aunque el razonamiento y el instinto me dicen que este plano es auténtico desde todos los ángulos, y que si por el momento no me sirve de nada es porque no poseo aún la clave del código, debo tener en cuenta la posibilidad de que sea en parte falso, es decir auténtico tan sólo en parte. Podría hallar buen número de razones apoyando esta hipótesis. Supongamos que la única parte verídica del plano sea aquella que necesita para guiarse el hombre a quien se lo he robado. Con la información que yo no poseo, ese hombre no tendría ningún problema en orientarse. Como funcionario sin imaginación que es, sin un interés particular hacia los planos y los mensajes cifrados, seguiría sus indicaciones para alcanzar su oficina y prescindiría de todo lo demás. La sección falsa del mapa, tan hábilmente mezclada con la auténtica, lo dejaría indiferente. ¿Y por qué no? Él no es ni espía ni cartógrafo. El hecho de que el plano sea auténtico o falso no le preocupa más de lo que puedan preocuparme a mí sus mezquinas actividades. Tampoco tiene tiempo para inquietarse de cosas complejas que son de su competencia. Puede utilizar este plano sin que su falsedad general violente sus sentimientos.»

La idea de que aquel hombre pueda utilizar el plano sin interesarse en nada más que en su propio camino divierte y entristece a la vez a nuestro espía. Qué extraña es la gente. Qué curioso resulta que ese funcionario pueda contentarse con seguir las directrices del plano sin hacerse jamás preguntas acerca de su misteriosa naturaleza, mientras que el espía sabe que sólo hay una cosa importante: comprender en su totalidad el plano y lo que representa. De su comprensión se desprenderá todo lo demás, y los secretos del edificio se harán accesibles. Esto le parece tan evidente que no puede admitir la indiferencia del funcionario. El interés que él, el espía, siente por el plano le parece tan natural, tan necesario, tan universal, que llega incluso a dudar si el funcionario es un ser humano, a preguntarse si no pertenecerá por azar a alguna otra especie.

«Pero no», se dice finalmente. «Esta es mi impresión, pero la única diferencia que existe entre ese hombre y yo es probablemente el resultado de la herencia o del medio ambiente, o alguna otra cosa que no llego a concebir. Esto no debe preocuparme. Desde siempre he sabido que los seres humanos son extraños e imprevisibles. Incluso los espías, cuya mentalidad es sin embargo tan fácil de comprender, utilizan métodos y puntos de vista distintos. Sí, este mundo es extraño, y yo lo conozco tan poco. ¿Qué sé de la historia, de la psicología, de la música, del arte o de la literatura? Oh, soy capaz de mantener una conversación sobre cualquiera de esos temas, pero en el fondo de mi corazón sé que lo ignoro todo de ellos.» Este pensamiento lo hace infeliz. Luego piensa: «Afortunadamente, hay algo que conozco muy bien: el espionaje. Nadie es omnisciente, y he hecho más de lo que se me pedía convirtiéndome en el experto que soy en este campo. Es en esta especialización en donde reside toda mi esperanza y mi salud, en esta estrechez yace mi auténtica profundidad, el patrón que me sirve para medir al mundo. No ignoro nada o casi nada de la historia y de la psicología del espionaje, he leído todo lo que hay que leer al respecto. He admirado los más célebres cuadros de espías, y las obras musicales que cantan sus hazañas me son familiares. La profundidad de mi conocimiento me da envergadura. El saber que poseo de esta única ciencia me asegura una posición firme en el mundo. Desde ésta mi posición, poseo una cierta perspectiva sobre todo lo demás.»

«Por supuesto», sigue pensando el espía, «no debo cometer el error de creer que todo se reduce a una cuestión de espionaje. Incluso aunque parezca ser así, sería simplificar demasiado el problema. No, el espionaje no lo es todo. No es la clave de todo».

Una vez llegado a esta conclusión, el espía se dice: «No, el espionaje no lo es todo. Pero, afortunadamente para mí, el enigma del plano pertenece a esta rama de la ciencia. Los planos son el fundamento del propio espionaje, y cuando yo tengo entre las manos uno de ellos, sabiendo que ha sido impreso por el propio gobierno, tengo ante mí un problema de mi competencia que he de resolver. El hecho de que el plano esté cifrado o sea parcialmente falso es, en cualquier caso, un asunto de espionaje. Y seguiría siéndolo aun en el caso de que fuera enteramente falso.» Ahora, el espía está preparado para analizar el plano. «Hay tres posibilidades», se dice. «Primero: el plano es auténtico, y está cifrado. Entonces hay que descifrarlo, utilizando toda mi paciencia y toda mi habilidad.» «Segundo: el plano es auténtico tan sólo en parte, y está cifrado. En este caso, antes de descifrarlo, debo distinguir lo que es auténtico de lo que es falso. Un problema que le parecerá difícil a un profano pero que, para un experto, es fácilmente superable. Y en el momento en que haya decodificado la más pequeña porción de la parte auténtica, todo lo demás me será accesible. Aparte, por supuesto, la parte falsa, que cualquier otro distinto a mí quizá echará a un lado. Yo me guardaré muy mucho de hacerlo. Trataré la parte falsa exactamente igual a como lo haría si fuera falsa en su totalidad. Y con ello entro en la tercera posibilidad.» «Tercera: todo el plano es falso. No me queda más que buscar qué informaciones puedo sacar de su falsedad. Sí, supongamos que lo sea, aunque la idea de que un plano oficial pueda ser falso en su totalidad parece absurda. O más bien supongamos que los cartógrafos hayan tenido la intención de dibujar un plano inexacto. Entonces me pregunto: ¿cómo se las arregla uno para dibujar un plano falso?»

«Bueno, no es tan fácil como parece. Si el cartógrafo trabaja en este edificio, si pasa su tiempo subiendo sus escaleras o recorriendo sus pasillos, debe conocerlo mejor que nadie. ¿Cómo podrá en este caso, evitando el que, dibujando su falso plano, reproduzca inconscientemente alguna parte del auténtico edificio?» «Pero supongamos que sus superiores tengan conciencia plena de todo esto, y que hayan reflexionado profundamente en el problema que plantea la creación de un plano falso. Concedámosle el beneficio de la duda en los límites exigidos por la situación. Sabe que el plano para cumplir con su finalidad, debe ser dibujado por un cartógrafo hábil, y de acuerdo con las reglas lógicas que rigen el arte de la arquitectura y el de la cartografía; que debe ser

completamente falso, y no auténtico en algunas de sus partes, incluso accidentalmente.»
«Supongamos finalmente que dichos superiores hayan podido conseguir los servicios de un cartógrafo civil que jamás haya puesto sus pies en esta edificio. Lo introducen en él con los ojos vendados, lo instalan en un despacho bajo vigilancia de una persona de toda confianza, y le ordenan dibujar los planos de un edificio imaginario. Hace lo solicitado; pero el problema, sin embargo, no queda resuelto con esto. Puede ocurrir aún que, sin saberlo, el artesano haya dibujado una fracción del plano que corresponda a la realidad. Así que hay que hacer comprobar su obra por otro cartógrafo que, ese sí, conozca el edificio. Y no se puede elegir a nadie más, ya que tan sólo un cartógrafo tiene competencia suficiente como para ser un buen juez. Así pues, este hombre declara que el plano es perfecto, puesto que es falso de la cabeza a los pies.»

«De modo que volvemos a nuestra primera hipótesis: ¡el plano no es más que un mensaje cifrado! Ha sido dibujado por un cartógrafo civil conocedor del tema, por lo cual es conforme a los principios generales que rigen el arte de la arquitectura y el arte de la cartografía. Ha sido considerado falso, pero lo ha sido por un cartógrafo oficial que conoce la verdad, y que sobre ella ha decidido la falsedad de cada detalle sobre la base de sus conocimientos. En pocas palabras, este plano autocalificado como falso no es más que una especie de imagen invertida o deformada de la realidad tal cual la conoce el cartógrafo oficial; y los lazos que unen el auténtico edificio con el plano han sido establecidos por la razón de su juicio, ya que él conoce lo verdadero y lo falso, y él ha sido quien se ha pronunciado sobre sus desemejanzas. Su propia intervención demuestra la naturaleza del falso plano... ¡el cual, siendo una distorsión lógica cuya finalidad es disimular la verdad, merece enteramente el nombre de código!»

«¡Y este código, puesto que observa los principios universales de la arquitectura y de la cartografía, es susceptible de ser descifrado!»

El análisis del espía ha terminado. Sus tres posibilidades desembocan en una sola hipótesis: el plano es auténtico, y está en código.

Entusiasmado por su descubrimiento, el espía se dice: «Han intentado engañarme, pero en mi campo eso es imposible. Mi búsqueda de la verdad me ha obligado a pasar toda mi vida costeando la inexactitud y el engaño; sin embargo, siempre he estado seguro de mi propia realidad. Estoy mejor emplazado que cualquier otro para saber que nada es nunca enteramente falso, que tan sólo existen la verdad por un lado y el enigma por el otro. La verdad puedo interpretarla, el enigma puedo resolverlo. Puesto que, en último extremo, ¿qué es un enigma sino una verdad que se oculta?»

Por fin el espía es feliz. Ha franqueado abismos de perplejidad, ha hecho frente a las más terribles hipótesis. Su recompensa lo aguarda.

Ahora, con su atención clavada en el documento que sostiene entre sus dedos como en un abrazo de amante, el espía inicia la tarea que es el apogeo de su carrera y que no podrá terminar jamás, ni aunque dispusiera de toda la eternidad: empieza la imposible tarea de descifrar el falso plano.

LA EXPLICACIÓN DEL CARTÓGRAFO

Cuando el coronel terminó su historia, él y Joenes permanecieron en silencio unos instantes. Luego, Joenes dijo:

—No puedo evitar el compadecer a ese pobre espía.

—Evidentemente, es una triste historia —dijo el coronel—. Pero las historias de los hombres son siempre tristes.

—¿Qué le ocurrirá si se deja atrapar?

—Ya se ha impuesto su propio castigo —replicó el coronel—: descifrar el plano.

Joenes no podía imaginar suerte más triste. Preguntó:

—¿Atrapan ustedes a menudo espías en el recinto del Octágono?

—Hasta hoy —dijo el coronel—, ni un solo espía ha conseguido franquear las instalaciones exteriores de seguridad y penetrar en el edificio propiamente dicho.

Sin duda el coronel se dio cuenta de la sombra de decepción que cruzó por el rostro de Joenes, ya que se apresuró a añadir:

—De todos modos, no por ello mi historia pierde algo de su valor. Si algún espía consiguiera por casualidad infiltrarse hasta aquí pese a la vigilancia que ejercemos, se comportaría exactamente como le he descrito. Y, créame, cada semana atrapamos multitud de espías en las redes de nuestras defensas exteriores.

—No he notado ninguna instalación de este tipo —hizo observar Joenes.

—Por supuesto. En primer lugar, usted no es ningún espía. Y además, nuestros servicios de seguridad conocen lo suficiente su trabajo como para no revelar su presencia ni actuar excepto en casos de auténtica necesidad. Esta es la situación actual. En el futuro, cuando espías más hábiles lleguen más allá de los actuales, nos queda el recurso de los falsos planos.

Joenes asintió. Deseaba con todas sus fuerzas iniciar su próxima tarea, pero sinceramente no sabía con exactitud cómo hacerlo. Optando por dar un giro, preguntó al coronel:

—¿Está usted convencido de que no soy ningún espía?

—Bueno, todo el mundo lo es, en cierto grado —dijo el coronel—. Pero, en el sentido que le atribuye usted a esa palabra, sí, estoy completamente convencido de que no es usted un espía.

—Entonces —dijo Joenes—, debo confesarle que he recibido instrucciones especiales ordenándome que me presente en una determinada oficina.

—¿Puedo ver estas instrucciones? —preguntó el coronel. Joenes le tendió el papel. El coronel lo leyó y se lo devolvió—. Es un documento oficial —dijo—. Le aconsejo que se presente lo antes posible en ese despacho.

—Esta es precisamente la dificultad —dijo Joenes—. Para confesarle la verdad, estoy perdido. He intentado seguir uno de estos excelentes planos falsos, y naturalmente no he conseguido absolutamente nada. Puesto que usted sabe que no soy ningún espía y que, por el contrario, me halló en misión oficial, le quedaría muy agradecido si me ayudara a encontrar mi destino.

Joenes había efectuado su petición de una forma que creía lo suficientemente indirecta como para adecuarse con la mentalidad del coronel. Éste, sin embargo, giró la cabeza con una expresión de embarazo en su digno semblante.

—Me temo —dijo— no poder serle de una gran ayuda. No tengo la menor idea del lugar donde se encuentra ese despacho en cuestión, y ni siquiera sé qué dirección recomendarle.

—¡Pero esto no es posible! —exclamó Joenes—. Usted es cartógrafo, cartógrafo oficial de este edificio. Aunque sea usted un maestro en dibujar planos falsos, estoy seguro de que dibuja también mapas auténticos, ya que esta es realmente su profesión.

—Sus deducciones son perfectamente correctas —dijo el coronel—, sobre todo en lo que se refiere a mi auténtica profesión. Cualquiera puede adivinar cuál es la verdadera naturaleza de un cartógrafo, ya que ésta depende de su trabajo. Este trabajo consiste en dibujar planos de la más perfecta exactitud, planos tan precisos y tan claros que el más estúpido de los hombres no pueda equivocarse con ellos. Aunque mi función se haya visto pervertida por circunstancias independientes de mi voluntad, ya que debo pasar la mayor parte de mi tiempo dibujando falsos planos que den apariencia de autenticidad, como usted ha adivinado muy bien nada puede impedir a un verdadero cartógrafo el dibujar verdaderos planos. Yo, personalmente, lo haría aunque me lo prohibieran. Aunque afortunadamente no me lo han prohibido nunca. Por el contrario, se animan a hacerlo.

—¿Quiénes?

—Mis superiores. Esas personas controlan los sistemas de seguridad, utilizan los auténticos planos para disponer mejor sus fuerzas. Por supuesto, esos documentos no son más que simples comodidades para ellos, trozos de papel a los cuales se refieren con tanta indiferencia como se refiere usted a su reloj para saber si son las tres y veinte o las tres y treinta. En caso de necesidad, podrían fácilmente pasarse sin ellos y utilizar únicamente sus conocimientos y sus facultades. Sería un pequeño engorro, pero nada más.

—Entonces —insistió Joenes—, si dibuja usted verdaderos planos, seguro que puede indicarme mi camino.

—Me es absolutamente imposible. Tan sólo los personajes que ocupan la cúspide de la jerarquía conocen lo suficientemente bien este edificio como para orientarse.

El coronel observó el aire incrédulo de su interlocutor.

—Sé que todo esto debe parecerle increíble —dijo—. Pero entienda, yo dibujo tan sólo una sección de este edificio cada vez. Es demasiado vasto y demasiado complejo como para que pudiera hacerlo de otro modo. Así pues, dibujo una sección y la envío a través de un mensajero a mis superiores. Luego dibujo otra, y otra más, y así siempre. Combinar el conocimiento que poseo de esas distintas dependencias le aseguro que me es del todo punto imposible. En primer lugar, yo no soy el único cartógrafo aquí: hay otros cartógrafos que se encargan de algunas secciones que yo nunca he llegado a ver. Además, aunque me dedicara yo solo a dibujar todo el edificio, reproduciéndolo sección tras sección, nunca llegaría a poder combinar todas esas secciones de modo que dieran como resultado un conjunto coherente y comprensible. Tomadas una a una, cada sección me parece clara, y la reproduzco sobre el papel con una gran precisión. Pero cuando intento representarme las innumerables secciones que he dibujado como formando parte de un todo, el conjunto se embarulla en mi mente y ya no consigo distinguir las unas de las otras. Y si pienso en ello demasiado tiempo tanto mi apetito como mi sueño se resienten, fumo demasiado, busco consuelo en el alcohol, y mi trabajo sufre por ello. A veces, cuando paso por una de esas crisis, cometo errores, y no me doy cuenta de ellos hasta el momento en que mi superiores me devuelven mi trabajo pidiéndome que lo corrija. Mi fe en mis propias capacidades se ve disminuida; así que decido renunciar a mis malos hábitos y dedicarme únicamente a los deberes propios de mi cargo, que consisten en reproducir fielmente tan sólo una sección cada vez, sin preocuparme del resto, y así supero la crisis.

El coronel se interrumpió y se frotó los ojos.

—Como sin duda habrá adivinado usted —continuó—, mis buenos deseos no suelen durar mucho tiempo, sobre todo cuando me hallo en compañía de mis colegas cartógrafos. En estos casos, nos ocurre a menudo que nos ponemos a discutir acerca del edificio, que intentemos, entre varios, determinar cómo es realmente. Nosotros, los cartógrafos, somos tímidos por naturaleza; como los espías, preferimos trabajar en la soledad, sin charlar entre nosotros. Pero esta soledad se nos hace a veces intolerable; entonces violentamos nuestros sentimientos y discutimos acerca del edificio: cada uno de nosotros aporta su parte de información, generosamente y sin pedir nada a cambio, con la única finalidad de obtener una visión comprensible del todo. Pero esas tentativas están siempre condenadas al fracaso.

—Pero ¿por qué? —preguntó Joenes.

—Como ya le he dicho —explicó el coronel—, de tanto en tanto nuestros planos nos son enviados para revisar, y suponemos que hemos cometido algún error, aunque los planos nunca vienen acompañados por ningún comentario oficial. Pero cuando nos reunimos, a veces nos damos cuenta de que dos de nosotros hemos dibujado la misma sección del edificio, y las recordamos, y las comparamos, y observamos que las hemos reproducido de diferente manera. Por supuesto, lo único que prueba esto es que la mente humana es falible. De todos modos, lo que nos desconcierta es cuando nuestros

superiores aceptan las dos versiones. ¿Puede imaginar usted lo que siente un cartógrafo cuando le ocurre algo así?

—¿Cómo lo explica usted? —preguntó Joenes. —Bueno, en primer lugar, cada cartógrafo tiene su estilo individual, su idiosincrasia, lo cual podría bastar para explicar esas diferencias. Luego, las mejores memorias tienen sus lagunas: quién sabe si no nos equivocamos, quién nos asegura que hemos dibujado a fin de cuentas la misma sección. Pero, a mi modo de ver, ésta no es la solución del problema.

—¿Cuál es entonces? —preguntó Joenes.

—Creo que, siguiendo órdenes de nuestros superiores, hay constantemente cuadrillas de obreros que pasan todo su tiempo transformando la fisonomía del edificio. Ésta es la única explicación que me satisface. He llegado incluso a detectar en el recinto la presencia de individuos que no pueden ser otra cosa que obreros. Pero aunque no los hubiera visto me mantendría firme en esa opinión. Reflexione por un instante en ello. La preocupación constante de nuestros superiores es garantizar la seguridad del edificio. ¿Qué mejor medio de conseguirlo que mantenerlo en constante estado de cambio? Por otro lado, si permaneciera estático, un solo juego de planos bastaría. En cambio, se nos pide constantemente que revisemos los antiguos planos o que dibujemos otros nuevos. Además, el mundo que nuestros superiores se esfuerzan en controlar es complejo y cambiante; en consecuencia, si el mundo se transforma, el edificio debe hacerlo también. Hay que construir nuevos despachos, modificar los antiguos para instalar en ellos a otros ocupantes, suprimir toda una hilera de divisiones y reemplazarla por un auditorio, condenar un bloque de pasillos para renovar la instalación eléctrica y sanitaria. Y así. Entre esas modificaciones, algunas son claramente visibles. No se necesita ser cartógrafo para darse cuenta de ello. Pero otras son operadas o en secreto, o al menos así lo parece, o en algunas partes del edificio en las que uno pone raramente el pie. Cuando uno vuelve a ellas, una vez terminados los trabajos, tiene una extraña impresión de familiaridad, aunque nunca se atrevería a jurarlo. Estas son las razones por las que creo que este edificio cambia constantemente, lo cual hace imposible el conocerlo en su conjunto.

—Pero si así es —objetó Joenes—, ¿cómo lo hace usted para hallar cada día el camino hasta su despacho?

—En esto, me da vergüenza confesarlo, ni siquiera mis talentos de cartógrafo me sirven para nada. Encuentro el camino hasta mi oficina como cualquier otro... por una especie de instinto. La gente no se da cuenta de estas cosas: todos creen que rehacen su itinerario habitual por una especie de proceso intelectual, que es su razón la que les indica que deben girar a la derecha o a la izquierda. Como el espía, tienen la impresión de poder, si así lo desean, conocer todo el edificio. Uno siente deseos de reír, o de llorar, cuando los oye discutir entre sí, cuando ni siquiera se han aventurado nunca más allá del pasillo que conduce hasta su despacho. Pero yo soy cartógrafo, mi trabajo me lleva hasta las más profundas profundidades de este edificio. A veces se han producido grandes cambios en un lugar que he recorrido con anterioridad, haciéndolo irreconocible. En estos casos, algo que pertenece más al instinto que a la razón me lleva hasta mi despacho, una fuerza parecida a la que conduce a cualquier animal de vuelta a su nido incluso a través de paisajes desconocidos.

—Entiendo —dijo Joenes, que cada vez entendía menos—. Así pues, no sabe usted lo que debo hacer para encontrar ese despacho.

—Realmente no lo sé.

—¿Podría darme algún consejo sobre la forma de proceder, indicarme algún punto de referencia que pueda identificar?

—Soy un experto en lo que concierne a este edificio —dijo tristemente el coronel—. Podría hablar durante un año entero sin temor a repetirme. Y sin embargo, no puedo serle de ninguna ayuda en su situación particular.

—¿Cree usted que llegaré a encontrar alguna vez el despacho al que debo acudir? —preguntó Joenes angustiado.

—Si su misión es importante —dijo el coronel—, y si sus superiores desean realmente que lo halle, estoy seguro de que lo hallará sin la menor dificultad. Claro que, por otro lado, es posible que esta misión, por importante que pueda ser a sus ojos, no lo sea a los ojos de nadie más, en cuyo caso su búsqueda será sin lugar a dudas larga. Claro que es usted portador de instrucciones oficiales; pero sospecho que nuestros superiores envían a veces a personas a oficinas imaginarias para poner a prueba la eficacia de sus defensas interiores. Si este es su caso, sus posibilidades de éxito son mínimas.

—Tanto en uno como en otro caso —murmuró Joenes, desanimado—, mi futuro me parece bastante sombrío.

—Todos nos hallamos embarcados en la misma nave —dijo el coronel—. Los espías sospechan que sus jefes les han enviado a una misión peligrosa con el único fin de librarse de ellos, los cartógrafos sospechan que sus superiores les hacen dibujar planos con el único fin de ocuparlos en alguna tarea inofensiva. Todos, todos nosotros tenemos nuestras dudas. No puedo hacer más que desearle buena suerte y esperar que sus sospechas no lleguen a confirmarse nunca.

Con lo cual el coronel hizo una cortés inclinación de cabeza y siguió su camino.

Joenes consideró por unos instantes la posibilidad de seguirle. Pero ya había ido en aquella dirección, y seguir en pos de lo desconocido en lugar de volver sobre sus pasos a la menor decepción le parecía un acto de fe necesario.

Así pues, prosiguió su camino, aunque únicamente por conciencia profesional. Empezaba a temer que la zona que recorría no hubiera cambiado en el intervalo de su conversación con el cartógrafo.

Atravesó vestíbulos, recorrió nuevos pasillos, subió escaleras, pasó ante puertas cerradas, recorrió más pasillos. Resistió al deseo de consultar de nuevo su falso plano, tan magníficamente ejecutado, pero no halló el valor suficiente para tirarlo. Lo metió en su bolsillo, y prosiguió su camino.

Nada le permitía calcular el paso del tiempo, pero pronto empezó a sentirse cansado. Ahora estaba en una parte antigua del edificio. El suelo era de madera y no de mármol, una madera tan desnivelada que a cada momento corría el peligro de tropezar y caer. Las paredes, sucias e irregulares, estaban cuarteadas en algunos puntos, mostrando fragmentos de instalación eléctrica con señales de podredumbre en el revestimiento, con la evidente amenaza de un incendio por cortocircuito. Incluso el techo parecía poco seguro: en algunos lugares se apreciaban bolsas tan amenazadoras que Joenes temió en algunos momentos verlo desmoronarse sobre él.

Si en alguna ocasión había despachos en aquella zona, habían desaparecido hacía tiempo, y el lugar gritaba urgentes reparaciones. Joenes observó un martillo tirado en el suelo; aunque no vio por ninguna parte la menor huella de obreros, aquello le convenció de que las reparaciones estaban a punto de iniciarse.

Completamente perdido y profundamente desanimado, Joenes se tendió en el suelo, ganado por su enorme cansancio. Se tendió a todo lo largo y, unos instantes más tarde, se quedaba profundamente dormido.

LA HISTORIA DE TESEO

Joenes se despertó con una indefinible sensación de malestar. Acababa de levantarse cuando oyó en el pasillo un ruido de pasos acercándose.

El autor de los pasos apareció casi inmediatamente. Era un hombre alto, en la primavera de la vida, de rostro a la vez inteligente y suspicaz. Llevaba en la mano un enorme ovillo, y a medida que andaba iba desenrollándolo y dejándolo a sus espaldas en forma de hilo que destacaba en el suelo con un brillo apagado.

Al ver a Joenes, el hombre hizo una mueca rabiosa. Sacó un revólver de su cinturón y apuntó.

—¡Espere! —gritó Joenes en voz muy alta—. ¡Sea lo que sea lo que usted esté pensando, nunca he hecho daño a nadie!

Con un evidente esfuerzo, el hombre se obligó a no apretar el gatillo. Sus ojos, que por un momento habían lucido vacíos de toda expresión, recuperaron su aspecto normal. Volvió a meter el revólver en su funda.

—Lamento haberle asustado —dijo—. Realmente, le tome por otra persona.

—¿Alguien a quien me parezco?

—No exactamente. Pero en este horrible lugar me pongo nervioso y tengo tendencia a disparar antes de pensar. Además, mi misión es de una tal importancia que seguramente puede excusar mi comportamiento, debido a mi estado de tensión.

—¿Qué misión? —preguntó Joenes.

El rostro del desconocido se iluminó. Dijo orgullosamente:

—Mi misión es aportar al mundo la paz, la felicidad y la libertad.

—Es mucho —reconoció Joenes.

—No podría contentarme con menos. Anote bien mi nombre. Me llamo George P. Teseo, y tengo fundadas razones para esperar que se me recuerde como el hombre que destruyó la dictadura y liberó al pueblo. Lo que estoy haciendo aquí adquirirá valor de símbolo en la mente de los hombres, lo cual no impide que sea algo bueno y justo en sí mismo.

—¿Qué es lo que está haciendo aquí? —preguntó Joenes.

—Voy a matar a un tirano sin ayuda de ninguna clase. Ese individuo ha conseguido que se le diera un importante puesto decisorio en este edificio, y los cretinos lo consideran como un bienhechor porque ha hecho construir diques para prevenir las inundaciones, distribuye alimentos a los pobres, financia hospitales... en pocas palabras juega a ser un mecenas. Su actitud podrá engañar a algunas personas, pero yo nunca me he dejado engañar.

—Si se trata realmente de alguien como el que acaba usted de describir —hizo observar Joenes—, realmente es un bienhechor de la humanidad.

—Estaba seguro de que usted también reaccionaría así —dijo amargamente Teseo—. Como todo el mundo, se deja usted engañar por sus estratagemas. No puedo esperar persuadirlo de lo contrario. No estoy dotado para las argumentaciones sutiles, mientras que ese hombre tiene en su nómina a los mejores publicitarios del mundo. Mi venganza deberá aguardar al futuro para ser reconocida. Por el momento lo único que puedo decir es lo que sé, y decirlo en términos brutales, sin florituras de ninguna clase.

—Me gustará oírle —dijo Joenes.

—Bien —dijo Teseo—, considere entonces esto. Para hallarse en posición de jugar al bienhechor de la humanidad, ese hombre necesitaba ocupar una posición importante. Para conseguir esta posición, distribuyó sobornos y sembró la discordia a su alrededor, dividió a la gente en facciones hostiles las unas de las otras, asesinó a aquellos que se oponían a su avance, corrompió algunas personalidades influyentes que necesitaba y arrinconó a otras. Finalmente, una vez bien alcanzada su posición y bien afianzado en ella, se lanzó a ejercer sus buenas obras. Pero no por amor al pueblo. No, él actuaba como alguien que limpia las hierbas de un jardín, a fin de que se vea hermoso y agradable. Así ocurre con todos los tiranos, que hacen cualquier cosa con tal de alcanzar sus fines y, en consecuencia, crean y perpetúan los males que pretenden erradicar.

Joenes se sintió tremendamente emocionado por el discurso de Teseo, pero no acabó de creerlo completamente, ya que lo consideraba demasiado retorcido y peligroso. Así pues, habló prudentemente.

—Ahora comprendo perfectamente —dijo— por qué quiere usted matar a ese hombre.

—No —dijo Teseo con aire sombrío—, usted no comprende nada. Seguramente me toma por un globo hinchado de ideales, uno de esos fanáticos armado con un revólver. No, no hay nada de eso. Soy un tipo como cualquier otro. Si puedo llevar a cabo una buena acción y ganar un lugar de honor en la historia, tanto mejor para mí. Pero mi odio al tirano proviene primordialmente de motivos personales.

—¿Y cómo es así? —preguntó Joenes.

—Ese individuo —dijo Teseo— posee gustos particulares tan perversos como las violentas pasiones que lo han conducido al poder. Habitualmente, ese tipo de revelaciones son mantenidas en secreto y pasan por ser calumnias o invenciones delirantes de algún imbécil envidioso. Sus publicitarios se preocupan de que eso sea así. Pero yo conozco la verdad.

«Un día, ese prohombre atravesó la ciudad donde yo vivía en su Cadillac negro blindado; bien protegido tras sus cristales antibalas, chupaba un enorme cigarro y saludaba con la mano a la multitud. De pronto, en medio de la gente vio a una niña, e hizo detener el coche.

»Sus guardaespaldas dispersaron a los mirones; sólo algunas personas contemplaron la escena, ocultos tras las puertas o en las azoteas de las casas. El tirano descendió del coche y se dirigió hacia la niña. Le ofreció helados, bombones, y le pidió que diera un paseo con él.

»Entre aquellos que permanecían ocultos, algunos comprendieron lo que ocurría y se precipitaron en ayuda de la niña. Pero los guardaespaldas los mataron a tiros. Habían colocado silenciadores en sus armas, y le dijeron a la niña que todos aquellos hombres habían sentido de repente deseos de dormir.

»Pese a su total inocencia, la niña sospechó algo. Quizá la alertaron los temblorosos y lascivos labios del tirano, su frente perlada de sudor. Por ello, aunque deseaba con toda su alma los helados y los bombones, vaciló, indecisa, mientras el tirano temblaba de concupiscencia y nosotros, tras las puertas y en las azoteas, contemplábamos impotentes, y nuestro temor por ella no nos dejaba ni respirar.

»Tras contemplar con ojos de deseo el maravilloso montón de dulces y haber observado los nerviosos movimientos del tirano, la niña se decidió: dijo que aceptaba subir al coche si sus amiguitas podían acompañarla. En la terrible vulnerabilidad de su inocencia, creía que entre sus amiguitas estaría completamente segura.

»El tirano enrojeció de placer. Sus ojos se nublaron. Su siniestra divisa era que cuantos más fueran más reinan. Hizo que la niña trajera a todas sus amiguitas, y ella las llamó.

»Toda la chiquillería subió al Cadillac negro. Y nadie pudo hacer nada, ya que el tirano había tenido la inteligencia de conectar su aparato de radio, que difundía la música más maravillosa y más alegre del mundo.

»Al son de esta música, y bajo una lluvia de caramelos y bombones, el tirano cerró la portezuela. Sus guardaespaldas, montados en sus poderosas motocicletas, rodearon el coche. Luego desaparecieron, camino de inconfesables orgías en los apartamentos privados del tirano. Nadie ha vuelto a ver nunca más a aquellos niños. Y, quizá lo haya adivinado usted, la niña que raptó bajo mis propios ojos, mientras yo contemplaba impotente tras mi puerta la escena, en medio de los cadáveres de mis conciudadanos, era mi propia hermana.»

Teseo se secó las amargas lágrimas que fluían de sus ojos.

—Ahora —le dijo a Joenes— conoce usted las razones personales que me hacen desear la muerte del tirano. Quiero destruir esa encarnación del mal, vengar a mis amigos asesinados, salvar a los niños a los que ha seducido, pero sobre todo encontrar de nuevo a mi pobre hermanita. No soy ningún héroe, tan solo un tipo como los demás, a quien las circunstancias han obligado a emprender esta justa empresa.

Joenes, cuyos ojos tampoco estaban secos, abrazó a Teseo y le dijo:

—Le deseo buena suerte en su justa búsqueda, y confío en que tenga éxito.

—Tengo razones para creerlo —dijo Teseo—. Y no estoy desprovisto de la voluntad y de la astucia indispensables para llevar a buen término esa difícil tarea. Para empezar, busqué a la propia hija del tirano. Me gané su simpatía, usé todos los artificios posibles, y conseguí que se enamorara de mí. Entonces la seduje, lo que me proporcionó una cierta satisfacción, ya que tenía más o menos la misma edad que mi propia hermanita. Como ella deseaba casarse, le prometí que me casaría con ella, aunque en realidad esta idea me repugne tanto que preferiría cortarme antes la cabeza. Luego le expliqué la clase de hombre que era su padre. Al principio, aquella pequeña idiota no quiso creerme, tanto quería al tirano de su papá. Pero me quería aún más a mí, de modo que poco a poco se fue dejando convencer. Finalmente (y esa fue la última etapa), le pedí que me ayudara a asesinar a su padre. Ya podrá imaginar lo que me costó. Aquella maldita chiquilla no quería que yo matara a su papá, hubieran sido cuales hubieran sido sus responsabilidades y sus crímenes. Pero la amenacé con abandonarla para siempre si me negaba su ayuda; desgarrada entre su amor por mí y su afecto hacia su padre, estuvo a punto de volverse loca. No dejaba de suplicarme que olvidara el pasado, cuando nada en el mundo lo podría borrar. Me pedía que huyéramos a algún lugar alejado, donde yo no pensaría más en su padre y podría dedicarme sólo a ella. ¡Como si pudiera ver su rostro sin ver a través de ella los rasgos del tirano! Durante los muchos días que se me resistió, creyendo que conseguiría persuadirme de actuar como ella deseaba, me hablaba constantemente de su amor por mí, en términos exagerados, casi histéricos. No dejaría jamás que la vida nos separara, me decía, y si yo moría ella se mataría también. En fin, me inundaba con una cantidad tal de estupideces que yo, como hombre de buen sentido que soy, llegué a sentir repugnancia.

«Finalmente terminé amenazándola con abandonarla. Entonces todo su valor se desvaneció. Con las más exquisitas manifestaciones de asco hacia sí misma, aquel joven monstruo se decidió a ayudarme en la preparación del asesinato de su adorado padre, a condición de que yo le jurara que jamás la abandonaría. Por supuesto, le juré todo lo que ella quiso. Le hubiera prometido cualquier cosa con tal de conseguir su colaboración.

»Así, me reveló lo que solo ella conocía: dónde hallar el despacho de su padre en este inmenso edificio. Y también me dio este ovillo, a fin de que pudiera volver a hallar mi camino y salvarme rápidamente una vez cumplido mi cometido. Finalmente, me consiguió este revólver. Y aquí estoy, camino al despacho del tirano.»

—Entonces, aún no lo ha encontrado.

—Todavía no. Como debe usted saber ya, esos pasillos son extraordinariamente largos y tortuosos. Además, la mala suerte me ha perseguido. Ya le he dicho que soy de temperamento nervioso, y tengo tendencia a disparar antes de tomarme el tiempo necesario para pensar. Debido a mi impulsiva naturaleza, he matado hace unas pocas horas, y enteramente por accidente, a un hombre con uniforme de oficial. Se tropezó conmigo por sorpresa, y disparé antes de pensar.

—¿Era acaso el cartógrafo? —preguntó Joenes.

—No sé quién era. Pero llevaba insignias de coronel y tenía un rostro agradable.

—Entonces era el cartógrafo —dijo Joenes.

—Lo siento. Pero aún lo siento más por las otras tres personas que he matado en este mismo recinto. Decididamente, no tengo suerte.

—¿Quiénes eran?

—Con gran dolor de mi corazón, tres de los niños que había acudido a salvar. Sin duda habían abandonado furtivamente los apartamentos del tirano en su intento por recobrar la libertad. Disparé contra ellos como hice con el oficial, y como he estado a punto de hacerlo con usted: es decir apenas verlos, sin darles siquiera tiempo a hablar. No puedo hacer más que expresar mi tremendo dolor, y reafirmar mi determinación de hacerle pagar al tirano todas esas perversidades.

—¿Y qué piensa hacer usted con su hija? —preguntó Joenes.

—No obedeceré a mis instintos naturales que me incitan a matarla. Pero esa maldita putilla no volverá a verme nunca más. Y rezaré para que esa estirpe muera por sí misma, con el corazón roto de dolor.

Y diciendo esto, los ojos de Teseo se clavaron, furiosos, en la oscura hilera de pasillos que se extendían ante él.

—Y ahora —dijo—, debo proseguir mi misión. Adiós, amigo mío, y deséame buena suerte.

Teseo se alejó a buen paso, desenrollando tras él su brillante ovillo. Joenes lo siguió con la mirada hasta el instante en que desapareció tras una esquina. Durante un tiempo siguió oyendo aún el ruido de sus pasos, y luego reinó de nuevo el silencio.

Hasta que de repente una joven apareció en el pasillo situado tras Joenes.

Era muy joven, casi una niña, gordita y de rostro rojizo, con los ojos reluciendo con un brillo demente. Avanzaba con pasos sigilosos, tras la pista de Teseo. Y, en su avance, iba recogiendo el hilo que el hombre tan cuidadosamente había ido depositando en el suelo. Llevaba una enorme bola en la mano, y seguía enrollándolo, borrando el rastro a través del cual confiaba Teseo poder huir.

En el momento en que pasaba ante Joenes, se giró hacia él y le miró; sus rasgos dejaban traslucir la cólera y el dolor. No dijo una palabra, pero posó un dedo sobre sus labios como para recomendarle silencio. Luego siguió su camino, siempre sigilosamente y enrollando el hilo.

Desapareció tan aprisa como había aparecido, y el pasillo quedó de nuevo desierto. Joenes miró a ambos lados, pero no vio nada que traicionara el paso de Teseo o de la joven. Se frotó los ojos, se tendió nuevamente en el suelo, y se volvió a dormir.

Algunos historiadores mantienen que Joenes vivió otras numerosas aventuras mientras permaneció en los pasillos del Octágono. Se dice que se encontró con las Tres Parcas, y que esas viejas brujas le explicaron sus obligaciones y deseos, y que por ellas Joenes aprendió algo de los problemas de los dioses, y de sus formas de resolver esos problemas. Se dice también que Joenes durmió en el suelo del corredor durante veinte años, y que despertó tan solo gracias a la intervención de Afrodita Pandemos, la cual le contó la historia de su vida. Y cuando Joenes le expresó su incredulidad con respecto a algunos detalles de esa historia, la diosa cambió a nuestro héroe en mujer. En esta forma, Joenes vivió las más curiosas aventuras y aprendió cosas que nunca, como hombre, había aprendido antes. Y finalmente tuvo que reconocer que eran verdad todos los detalles de la historia de Afrodita, y ésta volvió a transformarlo de nuevo en hombre.

Pero esto son tan solo leyendas que corren, y no hay más detalles al respecto. Lo cierto es que la que sigue es la última aventura de Joenes en el Octágono, y que empezó en el momento en que despertó de nuevo tras su encuentro con Teseo.

LA HISTORIA DE MINOTAURO

Joenes fue despertado por el contacto de una mano en su hombro. Se puso en pie de un salto, e inmediatamente constató que el vestíbulo donde se había dormido ya no era vetusto y ruinoso, sino moderno y brillando con innumerables cromados. El hombre que acababa de despertarle era de apariencia fuerte, tan alto como fornido, con el aire severo de quien no pierde el tiempo en tonterías. A todas luces se trataba de un alto personaje.

—¿Es usted Joenes? —preguntó—. Bueno, si ya ha terminado su sueñecito, supongo que podemos ponernos a trabajar.

Joenes presentó sus más humildes excusas por haberse dormido en lugar de buscar como era su obligación el despacho en el cual estaba citado.

—Eso no tiene ninguna importancia —dijo el alto personaje—. Aquí nos regimos por un cierto protocolo, pero no creo que nadie pueda acusarle de no haber procedido conforme a las reglas. Y de todos modos es mejor que haya dormido usted un poco. Yo tenía mi

despacho al otro lado del edificio, y los Servicios de Seguridad me han comunicado que debía trasladarme aquí inmediatamente, tras haber efectuado las reparaciones pertinentes. Los operarios lo hallaron dormido, y decidieron que era mejor no molestarle. Han trabajado en silencio, y solamente lo han movido para reparar la parte del suelo que ocupaba su cuerpo. Y eso ni siquiera le ha hecho abrir los ojos.

Joenes contemplaba incrédulo la enorme cantidad de trabajo que se había llevado a cabo durante su sueño. A su derecha, donde antes había una cuarteada pared, había una puerta de cristal donde podía leerse, en caracteres perfectamente distinguibles, la inscripción: SALA 18891, PISO 12, NIVEL 6, ALA 63, SUBSECCIÓN AJB-2. Ese era exactamente el lugar que durante tanto tiempo había estado buscando en vano. Se sorprendió en voz alta de que su búsqueda terminara de esa manera.

—No hay nada sorprendente en ello —dijo su interlocutor—. Es un proceso completamente normal. Los servicios oficiales conocen a la perfección no solamente este edificio y su contenido, sino también todo lo que ocurre en él. Son conscientes de las dificultades con las que tropiezan los extraños que quieren dirigirse a algún lugar concreto, y desgraciadamente hay leyes muy precisas que impiden ayudar a esos extraños. De modo que, en determinadas condiciones, los altos estamentos oficiales le dan un giro a la ley y desplazan el despacho de referencia de modo que sea él quien encuentre a la persona que lo está buscando. Es algo razonable, ¿no? Ahora venga conmigo: debemos ponernos a trabajar.

En la oficina había una enorme mesa de despacho repleta de papeles, y tres teléfonos que sonaban al mismo tiempo. El alto personaje le hizo una seña a Joenes para que se sentara mientras se ocupaba de ellos. Lo hizo con una pasmosa celeridad.

—¡Más fuerte, chico! —le rugió al primer teléfono—. ¿Qué? ¿Una nueva inundación en el Mississippi? ¡Construye una presa, diez presas si es necesario, pero conténla!

¡Envíame un informe cuando hayas terminado con ello!

—¡Sí, le oigo! —le gritó al segundo teléfono—. ¿Qué ocurre? ¿Que la gente se muere de hambre en su zona? ¡Distribuya inmediatamente raciones! ¡No tiene más que firmar con mi nombre en los almacenes del gobierno!

—¡Cálmese, no entiendo nada! —le vociferó al tercer teléfono—. ¿Una epidemia en Los Ángeles? ¿Y qué espera para enviar vacunas por avión, helicóptero o lo que sea? ¡Telegráfeme cuando tenga dominada la situación!

Colgó el tercer teléfono, y dijo a Joenes:

—Esos imbéciles de asistentes se asustan por nada. No se atreverían a sacar de una bañera a un bebé que se está ahogando sin pedirme antes mi autorización.

Escuchando el rápido flujo de decisivas órdenes pronunciadas con voz firme, Joenes sintió que una sospecha penetraba insidiosamente en su alma.

—No me atrevería a asegurarlo —dijo—, pero tengo la impresión de que cierto joven, exasperado por los deseos de venganza, anda merodeando por aquí...

—...con la intención de asesinarme —terminó el hombre por él—. Es eso, ¿no? Bueno, el asunto ha quedado arreglado hace como una media hora. Edwin J. Minotauro duerme siempre con un ojo abierto. Mis guardias personales lo han arrestado. Seguramente será condenado a cadena perpetua. Pero no se lo diga a nadie.

—¿Por qué?

—Mala publicidad. Sobre todo si se supieran las relaciones que mantenía con mi hija, que, entre nosotros, está embarazada de él. Y eso que le dije a esa estúpida que podía traer a casa a todos los amigos que quisiera. Pero no, tuvo que ir a flirtear en secreto con los anarquistas. Hemos preparado una versión para la prensa: ese Teseo me ha herido gravemente, se teme desesperadamente por mi vida, y luego ha huido raptando a mi hija y violándola. ¿Comprende todas las ventajas de una tal historia?

—Bueno, no demasiado bien.

—Maldita sea, eso va a atraer hacia mí las simpatías de la gente. Me compadecerán cuando sepan que estoy agonizando, y me compadecerán aún más cuando sepan que mi única hija ha sido raptada y violada por mi asesino. Entienda, pese a mis numerosas cualidades, el pueblo no me quiere. Esa historia los atraerá hacia mi causa.

—Muy ingenioso —dijo Joenes.

—Gracias —dijo Minotauro—. Hablando francamente, hace algún tiempo que estoy preocupado por mi publicidad, y si ese cretino no hubiera venido con su ovillo y su revólver hubiera tenido que alquilar a alguien para que hiciera el trabajo. Lo único que espero es que los periodistas saquen partido inteligentemente de todo esto.

—¿Tiene usted motivos para dudarlo?

—Oh, van a escribir lo que yo les diga. Además, he comprado a un escritor para que haga una novela de todo esto. Luego haré que saquen de ella una obra teatral y que produzcan una película. No se preocupe, explotaré este asunto al máximo.

—¿Y qué pasará con su hija?

—Bueno, como ya le he dicho, ha sido raptada y violada por ese sujeto. Al que luego obligaremos a casarse con ella, sólo para que el niño tenga un nombre, claro. Luego iniciaremos los trámites del divorcio. Mientras tanto, vaya usted a saber lo que escribirán esos imbéciles acerca de mi gordita Ariane. Seguramente alabarán su belleza para complacerme. Y la gente que lee todas esas tonterías sentirá que las lágrimas corren por sus mejillas al saber sus desdichas. Incluso es probable que se emocionen hasta los reyes y los presidentes, que prefieren leer esa burda literatura del corazón en lugar de una buena estadística. La raza humana está compuesta en su mayor parte por inútiles, mentirosos y torpes. A veces consigo llegar a hacerles actuar como creo que deben actuar, pero sinceramente, que me ahorquen si los entiendo.

—¿Y las niñas? —preguntó Joenes.

—¿Eh? ¿Qué niñas? —gruñó Minotauro, con el ceño fruncido.

—Esto... Teseo me dijo...

—Oh, ese hombre es un perturbado, inteligente pero perturbado. Si no fuera por el puesto que ocupo, lo demandaría por difamación. ¡Niñas! ¿Cree usted que tengo tiempo de pensar en esas cosas? Olvide esa historia de las niñas. Mejor que pasemos a discutir su misión.

Joenes asintió, y Minotauro le expuso brevemente la situación política que seguramente iba a encontrar en Rusia. Le mostró un mapa secreto, en el cual se hallaban indicadas aproximadamente la posición y la fuerza respectivas de los ejércitos comunistas y occidentales, de uno a otro extremo del planeta. Joenes se sintió sorprendido por la tremenda magnitud de las fuerzas enemigas, pintadas de un color rojo sangre, esparcidas por numerosos países. Las fuerzas occidentales, pintadas de un color azul cielo, parecían en comparación absolutamente insuficientes.

—La situación no es tan desesperada como parece —dijo Minotauro—. En primer lugar, este mapa es tan sólo fruto de nuestras conjeturas. Además, poseemos un gigantesco stock de cabezas nucleares, así como un sistema completo de misiles para transportarlas. Esos misiles fueron experimentados el año pasado, durante las Grandes Maniobras del Simulacro. Un misil Gnomon, equipado con un modelo perfeccionado de cabeza nuclear, hizo saltar él solo a lo, uno de los satélites de Júpiter, en el cual habíamos construido una falsa base rusa.

—Esto suena como si realmente fuéramos fuertes —dijo Joenes.

—Oh, sí. Lo somos. Pero los rusos y los chinos también disponen de misiles perfeccionados, que hace cuatro años consiguieron hacer estallar el planeta Neptuno. Bueno, en pocas palabras, parece que las fuerzas están bastante equilibradas. Quizá últimamente haya algún desacuerdo entre rusos y chinos a causa del incidente de Yingdraw, pero no podemos contar con ello.

—¿En qué podemos contar entonces? —preguntó Joenes.

—Nadie lo sabe —dijo Minotauro—. Es por eso por lo que lo enviamos a usted allá. Nuestro problema es información, Joenes. ¿Qué está tramando actualmente el enemigo? ¿Qué está pasando realmente allí? ¿Comprende en qué consiste su misión, Joenes?

—Sí, creo que sí —dijo Joenes.

—Tenga en cuenta que no estará sirviendo usted a una facción o a un grupo en particular; y sobre todo, a su regreso no debe contarnos usted lo que supone que deseamos oír. No hay ni que minimizar ni que aumentar lo que usted vea allá, sino describirnoslo lo más objetivamente y lo más sencillamente posible.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo Joenes.

—Supongo que no se le puede pedir más —dijo Minotauro, a regañadientes.

Luego le dio los papeles y el dinero que iba a necesitar. Y, en lugar de enviarlo de nuevo a los pasillos en busca de la salida, abrió una ventana y pulsó un botón.

—Siempre utilizo esta salida —dijo Minotauro, ayudando a Joenes a instalarse en la silla al lado del piloto—. No tengo tiempo de romperme la cabeza con esos malditos pasillos. Buena suerte, Joenes, y no olvide nada de lo que le he dicho.

Joenes aseguró que no iba a olvidar nada. Se sentía profundamente emocionado por la confianza que Minotauro depositaba en él. El helicóptero tomó la dirección del Aeropuerto de Washington, donde lo esperaba un avión a reacción especial autopilotado. Pero, en el momento en que el helicóptero se despegaba de la ventana, Joenes creyó oír unas ahogadas risas infantiles en la habitación que comunicaba con la oficina de Minotauro.

12. La historia de Rusia

(según la narración de Pelui de la Isla de Pascua)

Joenes ocupó su lugar en el jet especial, y unos minutos más tarde volaba hacia el norte, muy alto en el cielo, en dirección al polo. La cena le fue servida automáticamente, y luego pudo contemplar un film exhibido especialmente para su placer solitario. El sol estaba bajo en el horizonte cuando el piloto automático del jet le pidió a Joenes que se atara el cinturón de seguridad, ya que iban a aterrizar en el aeropuerto de Moscú.

El aterrizaje se produjo sin el menor incidente, y Joenes, dominado por la aprensión y la excitación, aguardó a que la puerta del jet se abriera sobre la capital del mundo comunista.

Fue recibido por tres representantes del gobierno soviético. Llevaban gorros, pellizas y botas de piel, una protección necesaria contra el helado viento que soplaba sobre la llana tierra. Se presentaron, y le pidieron a Joenes que subiera al coche oficial que aguardaba para llevarlos a la ciudad. Durante el viaje, Joenes tuvo ocasión de observar detenidamente a los hombres con los que tendría que tratar.

El camarada Slavski era barbudo hasta los ojos, pequeñitos, profundos y maliciosos.

El camarada Oruthi era pequeño, pelado al cero, y cojeaba ligeramente.

El mariscal Trigask era redondo, jovial, y parecía un hombre en quien se podía confiar.

En la Plaza Roja, el coche se detuvo ante la Casa de la Paz. En el interior, el fuego crepitaba alegremente. Los rusos ofrecieron a Joenes un confortable sillón y se instalaron a su lado.

—Será mejor que no perdamos el tiempo con palabras vanas —dijo el mariscal Trigask—. Como prólogo a nuestra discusión, me limitaré a desearle la bienvenida a nuestra querida capital. Siempre nos sentimos felices cuando un diplomático occidental tan acreditado como usted acude a visitarnos. Tenemos por costumbre ir siempre directos al grano, y deseamos que nuestros interlocutores actúen de igual modo. Esta es la única forma de que funcionen las cosas. Quizá haya observado usted, a su llegada al aeropuerto...

—Sí —interrumpió Slavski—; ruego que me perdonen, suplico su perdón, ¿pero han observado ustedes esos cristalinos de nieve inmaculada? ¿Y ese cielo invernal tan

blanco, tan blanco? Lo siento muchísimo, no debería levantar la voz, pero pese a mi bajeza esos sentimientos me exaltan, y una fuerza irreprimible me impulsa a veces a expresarlos. ¡La naturaleza, señores! Perdonen, pero debo decirlo: a veces la naturaleza tiene algo que...

—Ya es suficiente, Slavski —interrumpió a su vez el mariscal Trigask—. Estoy convencido de que Su Excelencia el Enviado Presidencial Joenes ha tenido ocasión, en uno u otro momento, de observar la naturaleza. Soy un hombre sencillo, y mis palabras son sencillas. Creo que podemos ahorrarnos esas mundanidades. Aunque no quisiera parecer grosero. Soy un soldado, y las sutilezas de la diplomacia me son extrañas. ¿Está claro?

—Absolutamente —dijo Joenes.

—Estupendo —dijo el mariscal Trigask—. ¿Cuál es entonces su respuesta?

—¿Mi respuesta a qué?

—A nuestras últimas proposiciones —dijo Trigask—. Supongo que no habrá hecho usted todo ese viaje tan sólo para tomarse unas vacaciones.

—Me temo —dijo Joenes— que me veo en la obligación de pedirle que me explique en qué consisten esas proposiciones.

—Es muy sencillo —dijo el camarada Oruthi—. Tan sólo deseamos que su gobierno destruya su stock de armamentos, nos ceda su colonia de Hawai, nos autorice a instalarnos en Alaska (territorio que, originalmente, nos pertenecía), y nos dé, como muestra de buena voluntad, la parte septentrional de California. En estas condiciones aceptaremos, a cambio, acceder en algunas cosas que en este momento no recuerdo exactamente. ¿Qué dice usted al respecto?

Joenes intentó explicar que no poseía ninguna autoridad para aceptar o rechazar nada, pero los rusos se negaron a aceptar eso. Consecuentemente, sabiendo que Washington no consideraría aceptables aquellas proposiciones, Joenes respondió en forma negativa.

—¿Se dan cuenta? —dijo Oruthi—. Les dije que no estarían de acuerdo.

—De todos modos, valía la pena intentarlo, ¿no? —dijo el mariscal Trigask—. A fin de cuentas, podían haber dicho que sí. Pero volvamos a lo esencial. Señor Joenes, quiero que tanto usted como su gobierno sepan que estamos dispuestos a rechazar cualquier ataque susceptible de ser lanzado contra nosotros.

—Nuestras defensas —dijo Oruthi— cubren un territorio que, desde Alemania del Este, se extiende a lo largo desde el Báltico hasta el Mediterráneo, y en profundidad desde Berlín a Omsk. Además, nuestras defensas son automáticas, y mucho mejores que las de la Europa occidental. En pocas palabras, les superamos ampliamente, y nos sentiremos orgullosos de demostrárselo cuando ustedes quieran.

Slavski, silencioso desde hacía rato, dejó oír de nuevo su voz:

—¡Usted podrá ver todo eso, amigo mío! ¡Usted podrá ver la difusa luz de las estrellas reflejándose en los cañones de los fusiles! Le ruego que me perdone, pero incluso una persona tan humilde como yo, una persona que fácilmente podría ser tomada por un comerciante de pescado o un carpintero, tiene sus momentos poéticos. ¡Es cierto, señores, aunque ustedes se rían! ¿Acaso uno de nuestros mayores poetas no ha dicho: «Oscura es la hierba / Cuando la negra noche / cae como un manto»? ¡Oh, ustedes seguramente nunca esperaron oírme recitar versos! Ya sé que eso no es conveniente. ¡Soy consciente de ello, se lo aseguro! Lamento mi conducta más de lo que pueden ustedes imaginar, la deploro. Sin embargo...

El camarada Oruthi palmeó suavemente su hombro, y Slavski calló. Oruthi prosiguió:

—No preste atención a sus inspiraciones, señor Joenes. El camarada Slavski es un brillante teórico, y eso explica que se siente inclinado a la autocrítica. ¿Dónde estábamos?

—Creo —dijo el mariscal Trigask— que yo estaba explicándole al señor Joenes lo perfectamente a punto que está nuestro sistema defensivo.

—Exacto —dijo Oruthi—. No querría que su gobierno se equivocara al respecto. Y le aconsejo también que no le dé mucha importancia al incidente de Yingdraw. Seguramente los publicitarios de ustedes lo habrán presentado bajo una óptica falsa. La verdad es muy simple. Y el propio incidente fue el resultado de un incidente también muy simple.

—Yo estaba allí cuando sucedió —dijo el mariscal Trigask—, y puedo explicarle lo que ocurrió realmente. Las fuerzas que yo comandaba, es decir el primero, octavo, decimoquinto y vigésimoquinto cuerpos de ejército, se hallaban de maniobras en Yingdraw, cerca de la frontera con la República Popular China. Durante esas maniobras, fuimos violentamente atacados por un grupo de revisionistas chinos corrompidos por el oro capitalista, que habían escapado, no sé cómo, de las autoridades de Pekín.

—Por aquel entonces —dijo Oruthi— yo era comisario político, y puedo jurarle que todo lo que está diciendo el mariscal es cierto. Aquellos bandidos se arrojaron sobre nosotros, vestidos con el uniforme del cuarto, duodécimo, decimotercero y vigésimosegundo cuerpos del ejército chino. Naturalmente, antes de hacerlos retroceder hasta el otro lado de la frontera, informamos debidamente a Pekín.

—Por supuesto —dijo el mariscal Trigask sonriendo irónicamente—, ellos pretendieron que habíamos sido nosotros quienes habíamos invadido su territorio, y que ellos tan sólo nos expulsaron. Éste, naturalmente, es el tipo de explicación que puede esperarse de tales rebeldes, de modo que empleamos todas nuestras fuerzas en la batalla. Mientras tanto, habíamos recibido un mensaje de Pekín. Desgraciadamente, aquel mensaje estaba escrito en chino. Como éramos incapaces de descifrarlo, lo enviamos a Moscú para ser traducido. Mientras esperábamos, el combate creció en virulencia, y durante una semana ambos bandos se destrozaron furiosamente.

—El mensaje nos fue remitido de vuelta —dijo Oruthi—. Estaba escrito en estos términos: «El gobierno de la República Popular China protesta contra las acusaciones de expansionismo formuladas contra él, principalmente en lo que concierne a las tierras ricas e incultivadas vecinas a las superpobladas regiones fronterizas chinas. No hay rebeldes ni revisionistas en el territorio de la República Popular China, y su existencia es imposible en un Estado realmente socialista. En consecuencia, ordenamos que renuncien inmediatamente a sus acciones hostiles dirigidas contra nuestras apacibles fronteras.»

—Puede usted imaginar cuál fue nuestra perplejidad —dijo el mariscal Trigask—. Los chinos afirmaban que no había rebeldes ni revisionistas entre ellos, mientras nosotros estábamos luchando contra más de un millón de ellos que habían robado uniformes del Glorioso Ejército Popular Chino.

—Afortunadamente —dijo Oruthi—, el Kremlin nos había enviado también un consejero, un experto en asuntos chinos. Nos dijo que no teníamos que preocuparnos por la primera parte del mensaje, la que contenía las acusaciones de expansionismo, ya que esto no era más que una fórmula de cortesía. En cuanto a la segunda, la que negaba la existencia de rebeldes y revisionistas, manifiestamente iba destinada a cubrir las apariencias. En consecuencia, nos animó a rechazar al enemigo hasta China.

—Lo cual —hizo notar el mariscal Trigask— no fue nada fácil. Los rebeldes y revisionistas habían recibido un refuerzo de varios millones de hombres armados, y con la sola fuerza de su número habían conseguido empujarnos hasta Omsk, saqueando a su paso el Semipalatinsk.

—Observando que la situación se agravaba —dijo Oruthi—, solicitamos refuerzos. Acudieron veinte divisiones del ejército ruso. Gracias a ellas pudimos masacrar un número incalculable de rebeldes y revisionistas, y empujar a los demás hasta la otra orilla del SiKiang.

—Con lo cual —dijo el mariscal Trigask —creímos haber terminado el incidente. Avanzábamos sobre Pekín para cambiar impresiones con el gobierno de la República China, cuando un nuevo contingente de rebeldes y revisionistas se arrojaron sobre

nosotros. Esta vez eran casi cincuenta millones. Afortunadamente, no todos poseían armas.

—Incluso el oro capitalista tiene sus límites —hizo notar Oruthi.

—También recibimos una nueva nota de Pekín —dijo el mariscal Trigask—. Nos ordenaba abandonar inmediatamente el territorio chino, y dejar en paz los elementos defensivos del Ejército Popular Chino.

—Eso al menos es lo que nosotros creímos leer —dijo Oruthi—. Pero, por algún demoníaco ardid, el mensaje estaba construido de tal forma que, leído de arriba a abajo, se convertía en un poema que decía: «Qué hermosa es la montaña / que flota en el río / al otro lado de mi jardín.»

—Lo más divertido —dijo el mariscal Trigask— es que, mientras descifrábamos el mensaje, el enemigo nos obligó a retroceder varios miles de kilómetros, atravesando toda el Asia septentrional hasta Stalingrado. Allá resistimos lo suficiente como para sembrar la muerte entre las filas de los rebeldes y revisionistas. Pero éstos nos forzaron a retroceder de nuevo hasta Karkov, y de allí hasta Kiev, y desde allí hasta Varsovia. La situación empezaba a ponerse seria. Recluíamos voluntarios en Alemania Oriental, en Polonia, en Checoslovaquia, en Rumania, en Hungría y en Bulgaria. Traicioneramente, los albaneses se unieron a los griegos que, juntamente con los yugoslavos, atacaron nuestra retaguardia. Tras rechazarlos, concentramos nuestras fuerzas en dirección este. Obligamos a los rebeldes y revisionistas a retroceder todo el camino que habían hecho, hasta más allá de Cantón, que devastamos a nuestro paso.

—Entonces —continuó Oruthi—, los rebeldes y revisionistas echaron mano a sus últimas reservas, y nos obligaron a volver a nuestras fronteras. Una vez reagrupadas allí nuestras tropas, transcurrimos bastantes meses librando una serie de escaramuzas. Finalmente, y de mutuo acuerdo, nosotros nos retiramos al otro lado de nuestra frontera, y ellos también de la suya. Así terminó el incidente de Yingdraw.

—Desde entonces —dijo Oruthi— no hemos podido volver a entrar en contacto con Pekín. Pero suponemos que el enfado de nuestro gran aliado pasará pronto.

—De todos modos —dijo el mariscal Trigask—, no olvide decirle a su Presidente que, pese a ello, nuestro sistema de defensa automática y nuestro potencial misilístico están intactos, aunque nuestros efectivos militares convencionales se hayan visto algo reducidos. Estamos dispuestos a hacer llover sobre su país la destrucción y la muerte si es necesario. Por cierto, imagino que deseará tomar usted algo...

Joenes se reconfortó a base de grandes cantidades de yogurt y pan negro, que era lo único de que disponía el país por el momento. Luego, sus tres interlocutores lo acompañaron, a bordo de su propio avión, a fin de que pudiera ver las fortificaciones.

Joenes pudo ver hileras y más hileras de cañones, de minas, de metralletas, de alambradas, de búnkers, extendiéndose interminablemente hasta el horizonte bajo la apariencia de granjas, pueblos, ciudades, troikas, droshkys... Sin embargo, todo aquel territorio estaba desierto, lo cual le hizo recordar lo que había oído acerca de la situación en la Europa occidental.

De regreso al aeropuerto de Moscú, los rusos descendieron del aparato, tras desearle a Joenes un buen viaje.

Pero, antes de su partida, el camarada Slavski le dijo:

—No olvide, amigo mío, que todos los hombres somos hermanos. Oh, puede usted reírse de los buenos sentimientos expresados por un borrachón como yo, que ni siquiera es capaz de hacer correctamente lo que se le pide. No me enfadaré si se echa usted a reír a carcajadas, como tampoco me enfadé ayer, cuando mi jefe, Rosskolenko, me tiró de la oreja amenazándome con que perdería mi empleo si volvía a presentarme borracho a la oficina. No odio a Rosskolenko, amo a ese terrible hombre como a un hermano, aun sabiendo que cualquier día volveré a emborracharme y me despedirá. Pero entonces, me pregunto, señores, ¿qué le ocurrirá a mi pobre mujer, que llora día y noche, y que reza

tendida en el sofá del salón? ¿Qué le ocurrirá a mi hija mayor, Grustikaya, que plancha pacientemente mis camisas y ni siquiera me insulta cuando le robo sus ahorros para ir a beber? Ya me doy cuenta de que usted me desprecia, pero no se lo reprocho. Nadie es más despreciable que yo. Pueden ustedes abrumarme de injurias, caballeros, pero sin embargo seguiré siendo siempre un hombre cultivado, en mí florecen los buenos sentimientos, y hubo un tiempo en que tenía un brillante futuro ante mí...

En aquel momento el avión de Joenes despegó, y éste no pudo oír el final del discurso de Slavski, en el caso de que ese discurso tuviera algún final.

Joenes reflexionó largamente sobre todo lo que había visto y oído. Necesitó un buen tiempo para darse cuenta de que la guerra no era inevitable, que ni siquiera era una posibilidad en las actuales circunstancias. Las potencias del caos se habían abatido sobre Rusia y China, al igual que sobre toda la Europa oriental. Pero no existía ninguna razón para que lo mismo se produjera también en América.

Joenes envió este mensaje, con todos los detalles, para que le precediera en su camino a Washington.

13. La historia de la guerra (según la narración de Teleu de Huahine)

Es triste relatar que, mientras Joenes sobrevolaba California, una estación automática de radar tomó su aparato por un avión soviético, y lanzó contra él toda una serie de misiles. Aquel trágico incidente marcó el inicio de la gran guerra.

Errores de este tipo se han producido en todos los tiempos. Pero, en la América del siglo xxi, en la que el hombre había entregado a las máquinas su afecto y su confianza, y donde las propias máquinas eran semiautónomas, esos errores no podían tener más que trágicas consecuencias.

Joenes contempló con horror y fascinación los misiles volando a toda velocidad contra su aparato. Luego sintió un violento choque: el piloto automático, dándose cuenta del peligro, había lanzado a su vez sus misiles antimisiles.

Aquella iniciativa desencadenó la reacción de otras estaciones de misiles de los alrededores. Algunas de ellas eran automáticas, otras no, pero todas respondieron inmediatamente a la señal de alarma. Durante este intervalo, el aparato de Joenes había lanzado todo su armamento.

Pero no había perdido nada de la sofisticada inteligencia que los ingenieros que lo habían construido habían introducido en su cerebro electrónico. Conectó su radio sobre la longitud de onda utilizada por las estaciones para mantener el contacto con sus proyectiles, emitió a su vez la señal de alarma, se declaró atacado, y dio órdenes de destruir los misiles lanzados con anterioridad, que hizo pasar por blancos enemigos.

Su táctica tuvo un cierto éxito. Los misiles más antiguos, los más rudimentarios, se negaron a atacar a un aparato que identificaban como perteneciente a su propio bando. Pero los demás, más sofisticados, habían sido concebidos precisamente con las instrucciones necesarias para eludir cualquier tentativa de engaño de este tipo por parte del enemigo. Prosiguieron la lucha, mientras sus congéneres más antiguos defendían ferozmente el solitario avión.

Cuando la batalla estaba en pleno apogeo, el aparato de Joenes desapareció. Dejando que los misiles lucharan entre sí en el aire, puso rumbo a su base, el aeropuerto de Washington.

Inmediatamente después de su llegada, Joenes fue conducido por un ascensor automático a las salas subterráneas que albergaban el Alto Mando, a varios centenares de metros bajo tierra. Fue interrogado sobre lo que sabía del ataque que había sido lanzado contra él, y cuál era la identidad de sus atacantes. Pero todo lo que Joenes pudo responder fue que había sido atacado por un enjambre de misiles y defendido por otro.

Aquella información, y otros datos relativos a la batalla, fueron introducidos en una calculadora automática, que un poco después emitió una lista de posibilidades, por orden decreciente de probabilidad:

El Bloque Comunista había atacado California.

Los países neutrales habían atacado California.

Los miembros de la Alianza Occidental habían atacado California.

Invasores del espacio habían atacado California.

Nadie había atacado California.

La calculadora emitió también todas las combinaciones y permutaciones imaginables de esas cinco posibilidades, señalándolas como subposibilidades alternativas.

Los oficiales que aguardaban el resultado se vieron abrumados por esa enorme cantidad de probabilidades, subprobabilidades, posibilidades y subposibilidades. Habían creído poder adoptar inmediatamente aquella que la máquina juzgara más verosímil, y obrar en consecuencia. Pero eso no era posible. A medida que recibía nuevos datos, la calculadora revisaba y redefinía sus posibilidades, cuyo orden y designación cambiaba constantemente. Al ritmo de diez por segundo, iba escupiendo correcciones señaladas como URGENTÍSIMAS, todas ellas diferentes. Los oficiales se desesperaron.

La situación era desconcertante. Por ello no hay que sorprenderse de la decisión que adoptaron finalmente los responsables: eligieron las cinco posibilidades mayores elegidas por la máquina, les atribuyeron un índice de probabilidad idéntico, y las sometieron al general Voig, Comandante en Jefe de las fuerzas armadas, a fin de que se diera la decisión definitiva, ya que una Calculadora de Posibilidades de Guerra no emitía órdenes sino tan sólo evaluaciones: el emitir órdenes era únicamente responsabilidad y gloria de los seres humanos.

Voig estudió las cinco alternativas que le eran propuestas. Tenía plena conciencia de los problemas que planteaba la guerra moderna, y se veía obligado a reconocer tristemente que debía apoyarse en las informaciones que tenía ante sí para tomar una decisión con conocimiento de causa. Sin embargo, sabía también que la mayor parte de aquellas informaciones tenían por autor a unas máquinas tremendamente costosas que, sin embargo, eran a menudo incapaces de distinguir un cohete de un pato salvaje; máquinas que necesitaban ser constantemente vigiladas, reparadas, perfeccionadas, reconfortadas por regimientos de ingenieros altamente especializados. Y pese a los cuidados que se les prodigaba, Voig sabía que uno no podía confiar por completo en ellas. Las creaciones no eran mejores que sus creadores, e incluso se les parecían en sus peores aspectos. Al igual que los hombres, las máquinas eran presa a menudo de crisis de inestabilidad emocional. Algunas sufrían de exceso de celo, otras tenían alucinaciones, depresiones funcionales o psicósomáticas, algunas terminaban por hundirse en un estado catatónico. Y además de sus propios problemas, sufrían la influencia de sus operadores humanos. De hecho, las más impresionables de entre ellas no eran más que extensiones de la personalidad de aquellos que velaban por su funcionamiento.

Por supuesto, el general Voig sabía que las máquinas no eran realmente conscientes, y que por lo tanto no podían sufrir realmente ninguna de las enfermedades reservadas a los seres conscientes. Sin embargo, daban la impresión de que sí podían, lo cual venía a ser más o menos lo mismo.

Sin embargo, el general Voig estaba entrenado para tomar decisiones rápidas. Es por ello que apenas se tomó el tiempo de echar una ojeada a las cinco alternativas y dudar por última vez de su propia competencia, antes de tomar su teléfono de emergencias y dar sus instrucciones.

Ignoramos cuál de las cinco posibilidades eligió el general, y cuáles fueron las instrucciones que dio. De todos modos, eso no tenía la menor importancia. La situación ya no dependía de él: no podía parar el ataque ni acelerarlo, ni siquiera podía ejercer

ninguna influencia en el curso de las hostilidades. La batalla había escapado de su control, y todo ello a causa de la naturaleza misma de las máquinas.

Un misil californiano fue a estrellarse contra la base de Cabo Cañaveral, en Florida, destruyéndola a medias. El resto de la base reunió sus fuerzas y las lanzó en represalia en dirección de donde parecía haber llegado el enemigo, es decir California. Otros misiles, más o menos alcanzados, cayeron un poco por todas partes a lo ancho y a lo largo del país. Los jefes militares del estado de Nueva York, de Nueva Jersey, de Pennsylvania y de otros lugares reaccionaron bajo su propia responsabilidad, al igual que las estaciones de misiles automáticos. Hombres y máquinas disponían de todas las informaciones necesarias para justificar su acción. De hecho, antes de la ruptura de su red de comunicaciones, habían recibido un auténtico diluvio de informes que cubrían todas las posibilidades imaginables. Puesto que eran soldados, eligieron la más desastrosa.

De uno a otro extremo de California, y a través de toda la extensión de la América occidental, las represalias se sucedieron a las represalias. Los comandantes locales imaginaron que el enemigo, cuya identidad ignoraban, había establecido cabezas de puente en la costa este de América. Su principal empeño era destruirles, y para ello no vacilaron en emplear cabezas nucleares cada vez que lo juzgaron necesario.

Todo aquello se produjo con una terrible rapidez. Los comandantes locales y sus máquinas, sometidos a una infernal lluvia de fuego, intentaban resistir el mayor tiempo posible. Algunos de ellos quizá esperaron órdenes más específicas; pero, a fin de cuentas, todos aquellos que podían luchar lo hicieron, sembrando el desorden y la destrucción hasta las regiones más alejadas del globo. Y muy pronto aquella civilización donde proliferaban las máquinas desapareció de la faz de la Tierra.

Mientras se producía todo esto, Joenes contemplaba, con ojos alucinados, en el Alto Mando, cómo unos generales daban unas órdenes que eran revocadas inmediatamente por otros generales. Asistía a todo aquello, y seguía sin saber contra quién se estaba luchando.

De pronto, un enorme temblor sacudió la estructura del edificio. Aunque enterrado a centenares de metros, acababa de ser alcanzado por los misiles especialmente concebidos para enterrarse profundamente en el suelo antes de estallar.

Joenes tendió los brazos para mantener el equilibrio, y se agarró al hombro de un joven teniente. Éste se giró, y Joenes lo reconoció inmediatamente.

—¡Lum! —exclamó.

—¡Hey, Joensey! —dijo el teniente.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Joenes—. ¿Y qué haces con uniforme de teniente?

—Bueno —dijo Lum—, es una historia larga y más bien extraña, ya que yo nunca he tenido lo que podría llamarse un temperamento militar. Pero estoy realmente contento de que me hayas hecho esta pregunta.

El Puesto de Mando tembló nuevamente, tirando por el suelo a varios oficiales. Pero Lum consiguió mantener el equilibrio, y le contó a Joenes cómo se había unido al ejército.

14. Cómo Lum se unió al ejército

(según las propias palabras de Lum, tal como están narradas en el Libro de las Fiji, Edición Ortodoxa)

Bueno, muchacho, me largué del Asilo Psiquiátrico para Criminales Dementes poco tiempo después que tú, y me fui a Nueva York, donde me habían invitado a un viaje más que swing. Aquella noche me pegué un buen latigazo de cocaína, lo cual es un buen relleno cuando uno no está acostumbrado a ella. Tú sabes que siempre he sido fiel al

peyote; la heroína nunca me ha interesado; en cuanto a la cocaína... bueno, antes de probarla en esa ocasión pensaba que era buena tan sólo para esos viejos jodidos.

Mientras flotaba, me sentía como una especie de Florence Nightingale: sentí deseos de ir a curar a las máquinas heridas en los campos de batalla. Cuanto más pensaba en ello, más me decía que había nacido precisamente para eso, y más triste me sentía imaginando a todas aquellas pobres máquinas dolientes, aquellas metralletas con los cañones quemados, aquellos tanques cubiertos de herrumbre, aquellos reactores con el tren de aterrizaje roto... Me decía que sus sufrimientos eran aún más terribles por el hecho de ser mudos, y sabía que debía consagrar todo el resto de mi vida a aliviarlos, a reconfortarlos.

Como puedes ver, fue un maldito viaje; y en ese estado me presenté a la oficina de reclutamiento más cercana, y me alisté para estar más cerca de mis pobres máquinas.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me di cuenta de la jodida situación en que me había metido; eso me despejó. Me fui en busca del cochino de reclutador que tan vergonzosamente se había aprovechado de mi estado, pero se había ido a Chicago, donde debía dar una conferencia sobre reclutamiento en un burdel. Entonces me precipité a ver al comandante, y entre otros detalles le dije que yo era un drogadicto, que acababa de salir de un asilo psiquiátrico para criminales dementes, que se lo probaría cuando él quisiera, y que además tenía tendencias homosexuales latentes, que no podía soportar las armas de fuego, que estaba completamente ciego de un ojo y que sufría de la columna vertebral, por todo lo cual, legalmente, no podía ser aceptado en el ejército, tal como señalaba el párrafo C de la página 123 del Código de Alistamiento.

El comandante me miró fijamente a los ojos, sonriendo como sólo saben sonreír los militares de carrera y los polis.

—Soldado —me dijo—, tu nueva existencia no hace más que empezar, así que estoy dispuesto a cerrar los ojos sobre ciertas irregularidades en tu forma de dirigirte a tus superiores. Ahora, lárgate de aquí y ve a pedirle instrucciones al sargento.

Al ver que yo no tenía ninguna intención de irme de allí, dejó de sonreír y dijo:

—Mira, soldado, el hecho de que estuvieras cargado como dices cuando te alistaste no le importa a nadie. En cuanto a los distintos impedimentos que mencionas, no te preocupes por ellos. He conocido a drogadictos empedernidos que hacían un trabajo de primera en Planificación, y nadie podrá decir nada de los estupendos logros de la Brigada Homosexual en nuestra última actuación en la Patagonia. Así que compórtate como un buen soldado, y verás cómo el ejército no es tan malo como eso. Pero no pases tu tiempo citando el Código de Alistamiento como si fueras un abogado de oficio, porque vas a hacerte mal ver de mis sargentos, y puede que te vuelvan la cabeza del revés y te la peguen así de nuevo al cuerpo. ¿Has comprendido? Estupendo. Ahora ambos sabemos cuál es nuestro lugar, y no voy a tomar ninguna acción sobre ello. Incluso te felicito por el ardor patriótico que demostraste ayer por la noche, alistándote en el ejército por un período ininterrumpido de cincuenta años. ¡Así me gusta, muchacho! Ahora, lárgate de aquí y preséntate al sargento.

Así que me fui de su despacho, preguntándome cómo iba a salirme de aquello, ya que uno puede escapar de una prisión o de un asilo, pero nunca del ejército. Me sentía terriblemente deprimido. Luego, unos pocos días después, fui nombrado subteniente, e inmediatamente después agregado al estado mayor personal del general Voig, que es quien manda en todo este embrollo.

Al principio creí que había sido elegido por mi encantadora personalidad, pero he terminado por darme cuenta que no era nada de eso. Al parecer, al alistarme bajo los efectos de la mierda, escribí en la línea reservada a la profesión: «alcahuete», y esto llamó la atención a los oficiales encargados de tomar nota de los nuevos reclutas con talentos especiales. Le hablaron del asunto al general Voig, y éste se apresuró a solicitar mi traslado y asegurarse mis servicios.

Al principio, no habiendo trabajado nunca en esa rama, no sabía exactamente lo que tenía que hacer. Pero otro alcahuete del general, bautizado más sofisticadamente como Oficial de Servicios Especiales, me puso al corriente. Mi misión consistiría en organizarle un buen viaje al general Voig todos los jueves por la noche, único día que se lo permitían sus obligaciones militares. Es un trabajo sencillo: no tengo más que llamar a cualquiera de los números que figuran en el Libro de Entretenimientos del Área Defensiva de Washington, o si el tiempo apremia enviar un mensaje a los Servicios de Aprovisionamiento de las Fuerzas Armadas, que tienen ramificaciones en todas las grandes ciudades. El general se mostró muy satisfecho de mi eficacia, y debo confesar que el ejército no es tan terrible y siniestro como yo había imaginado.

Ésta es, Joenes, la razón de mi presencia aquí. En mi calidad de teniente y amigo del general Voig, puedo asegurarte que esta guerra, sea cual sea la identidad del enemigo, no puede estar en mejores manos. Esto es algo que todo el mundo tendría que saber, ya que demasiado a menudo circulan calumnias acerca de las personas que ocupan puestos importantes.

Por otra parte, Joensey, muchacho, me creo en el deber de señalarte que acaba de producirse una explosión, una explosión anunciadora de inminentes catástrofes. Acaban de apagarse las luces, y el aire empieza a hacerse irrespirable. Así pues, mi querido amigo, puesto que es evidente que nuestros servicios aquí ya no son necesarios, te propongo que nos larguemos inmediatamente, si aún es posible.

—Hey, Joensey, ¿estás todavía aquí conmigo? ¿Te encuentras bien, muchacho?

15. La huida de América (según la narración de Paauí de las Fiji)

Joenes se hallaba aturdido por una explosión que se había producido muy cerca de su cabeza. Aún bajo los efectos de la conmoción, se dejó conducir por su amigo hasta un ascensor que los hundió todavía más en las entrañas de la tierra. Cuando abrieron la puerta del ascensor, se hallaron ante un largo pasillo. Ante ellos había un cartel que decía: AUTOPISTA SUBTERRÁNEA DE EMERGENCIA. SÓLO PARA PERSONAL AUTORIZADO.

—No sé si pertenecemos o no al personal autorizado —dijo Lum—, pero no hay tiempo de ocuparse de detalles técnicos. Joenes, ¿puedes hablar? Justo delante de nosotros tiene que haber un vehículo que nos llevará a un lugar que espero sea seguro. El general me ha contado todo eso, y no creo que ese viejo buitre hablara por hablar.

Hallaron el vehículo allá donde Lum esperaba hallarlo, y durante varias horas circularon bajo tierra hasta la costa este de Maryland, frente al océano Atlántico, donde se hallaron de nuevo bajo la luz del día.

En aquel punto, la fuerte voluntad de Lum se derrumbó, y ya no supo qué hacer. Pero Joenes se había recuperado por completo. Tomando a su amigo del brazo, descendió a la silenciosa playa. Luego echaron a andar hacia el sur, hasta llegar a un puertecito desierto.

Elegió de entre todos los botes que había amarrados a los muelles un velero, al que transportó comida, agua, mapas e instrumentos náuticos que tomó de los demás barcos. No había hecho la mitad de las cosas que deseaba hacer cuando unos misiles pasaron aullando sobre su cabeza, de modo que decidió levar anclas inmediatamente.

Lum no recuperó por completo sus sentidos hasta que se hallaron a varias millas de la costa. Miró a su alrededor y dijo:

—Hey, muchacho, ¿puedo saber adonde vamos?

—A mi casa —dijo Joenes—. A la isla de Manituatua, en el Pacífico Sur.

Lum consideró aquello, y luego dijo suavemente:

—Eso cae un poco lejos, ¿no crees? Bueno, quiero decir que con el Cabo de Hornos y todo lo demás, debe haber como unas buenas ocho o nueve mil millas, ¿no?

—Algo así —dijo Joenes.

—¿Y no crees que sería mejor Europa, que está tan sólo a unas tres mil millas?

—No. Yo vuelvo a casa —dijo Joenes firmemente.

—Está bien, de acuerdo —dijo Lum—. Esté por el este o por el oeste, no hay nada como la casa de uno. Pero no estamos muy sobrados de agua y alimentos para una tal expedición, y tengo la sospecha de que no vamos a encontrar gran cosa por el camino. Además, no tengo demasiada confianza en este barco. Tengo incluso la impresión de que está empezando a hacer agua.

—Efectivamente —dijo Joenes—. Pero creo que podremos arreglarlo. En cuanto a los alimentos y el agua, espero que no nos falten. Lum, realmente no hay ningún otro lugar adonde podamos ir.

—De acuerdo —dijo Lum—. No quería desanimarte. Tan sólo quería tirar al aire una o dos ideas para ver si alguna era aprovechable. Como no ha sido así, seguiré tu ejemplo: esperar que todo termine bien. Pero creo que deberías aprovechar este crucero para escribir tus memorias: valdrá la pena leerlas, y además servirán para identificar nuestros pobres cadáveres deshidratados cuando hallen los restos de este cascarón.

—No estoy totalmente convencido de que vayamos a morir —dijo Joenes—, aunque debo admitir que existen bastantes posibilidades. Pero ¿por qué no las escribes tú, Lum?

—Quizá lo haga —dijo Lum—. Pero creo que voy a preferir reflexionar acerca de los hombres y los gobiernos, y de los medios de mejorarlos. Sí, creo que voy a aplicar a esa tarea todos los recursos de mi fértil imaginación.

Una idea maravillosa, Lum —dijo Joenes—. Ambos tenemos muchas cosas que decirle a la gente, si es que encontramos en algún lugar gente a la que podamos decirle algo.

Así, pues, en perfecto acuerdo, Joenes y su leal amigo iniciaron su singladura a través de un cada vez más oscuro mar, a lo largo de una peligrosa costa, hacia un lejano e incierto destino.

16. El fin del viaje

(escrita por el editor, y compilado de todas las fuentes disponibles)

De su viaje a lo largo de las costas de las dos Américas, doblando el Cabo de Hornos y enfilando hacia las islas del sur del Pacífico, se sabe muy poco. Las pruebas que debieron superar fueron terribles, y los peligros con los que se enfrentaron enormes. Joenes nunca hizo ningún comentario de esa penosa travesía; Lum, por su parte, lo único que dijo al respecto cuando fue preguntado fue un lacónico:

—Bueno, mire, usted ya sabe.

Efectivamente, sabemos. Así que pasaremos inmediatamente al final del viaje de Joenes y Lum, cuando, casi muertos de hambre, fueron arrojados por el mar a las costas de Manituatua, cuyos habitantes se apresuraron a socorrerles.

Cuando recobró el sentido, Joenes preguntó por su bienamada Tondelayo, a la que había dejado en la isla. Pero aquella apasionada muchacha, cansada de esperar, se había casado con un pescador de las Tuamotu, al que había dado dos hijos. Joenes acogió la noticia filosóficamente, y dedicó su atención a los asuntos mundiales.

Descubrió que tanto Manituatua como sus islas próximas habían sufrido poco con la guerra. El contacto, que con Asia y Europa se había roto hacía mucho tiempo, se había roto también con América. Los más locos rumores corrían por la isla. Algunos decían que se había producido una gran guerra, en cuyo transcurso todos los países de la Tierra se habían destruido mutuamente. Otros afirmaban que la culpa había sido de unos invasores extraterrestres increíblemente malvados. Otros aseguraban que el responsable de lo ocurrido no había sido la guerra, sino una terrible epidemia que había ocasionado un derrumbamiento general de la civilización occidental.

Todas estas teorías y muchas otras eran argüidas por sus distintos defensores, y son argüidas aún. Personalmente, nos inclinamos por la opinión expresada por Joenes: que se había producido una caótica explosión guerrera, nacida de modo espontáneo, cuyo apogeo fue la destrucción de América, la última de las grandes civilizaciones del Mundo Antiguo.

Algunos efectos de esta explosión llegaron hasta las islas del sur del Pacífico. Llegaron algunos rumores, y fueron vistos algunos misiles. La mayor parte de ellos cayeron inofensivamente en el mar, pero uno cayó sobre Molotea, destruyendo completamente su lado este y acabando con setenta y tres vidas. Las bases de misiles americanas, situadas principalmente en Hawai y en las Filipinas, aguardaron órdenes que nunca llegaron, y especularon interminablemente acerca de la identidad del enemigo. El último misil cayó al mar, y ya no llegaron más. La guerra había terminado, y el Viejo Mundo había perecido como si nunca hubiera llegado a existir.

Joenes y Lum permanecieron mucho tiempo sumidos en un estado de extrema debilidad. Cuando se recuperaron, hacía ya varios meses que la guerra había terminado. Estaban preparados para cumplir con su papel en la formación de la nueva civilización.

Desgraciadamente, no comprendían sus respectivas misiones del mismo modo, y no consiguieron entenderse. Se esforzaron en preservar su amistad, pero eso se fue haciendo cada vez más difícil. Sus discípulos tenían consciencia de sus problemas, y algunos empezaron a preguntarse si aquellos dos pacifistas no terminarían llegando a las manos.

Pero no se llegó a eso. La influencia de Joenes predominaba en las islas del sur del Pacífico, desde Nukuhiva en el oeste hasta Tonga en el este. En consecuencia, Lum y sus discípulos embarcaron a bordo de una flotilla de piraguas y se dirigieron al este, hasta las islas Fiji, donde las ideas de Lum habían despertado un gran interés. Por aquel entonces ambos habían alcanzado los cuarenta años, y se separaron con auténtico pesar.

Las últimas palabras que Lum dirigió a Joenes fueron:

—Bueno, muchacho, creo que cada gato ha de ir a cazar sus propios ratones si quiere mantenerse en forma. Así que lo mejor será que me largue, ¿Okey? De todos modos, siento largarme y dejarte así, ya sabes. Las hemos pasado de todos los colores, y somos los únicos que sabemos. De modo que aunque sepa que tú estás equivocado, sigue por ese camino, muchacho, que pese a todo, tus palabras son buenas palabras. Voy a echarte en falta, chico, pero son cosas de la vida. Hasta la vista.

Joenes expresó idénticos sentimientos. Lum se dirigió a las Fiji, donde sus ideas recibieron la mejor de las acogidas. Incluso en nuestros días, las Fiji siguen siendo el centro del lumismo, y los fijianos no hablan el inglés tal como lo hablaba Joenes, sino el que empleaba Lum. Algunos expertos consideran su dialecto particular como la forma más pura y antigua de la lengua inglesa.

La base de la filosofía preconizada por Lum se encuentra en las siguientes palabras, pronunciadas por el propio Lum y recogidas en el Libro de las Fiji:

Mirad, si las cosas pasaron como pasaron, la culpa fue de las malditas máquinas. De modo que las máquinas son malas. Y están hechas de metal.

De modo que el metal es malo. Es el mal encarnado. De modo que en cuanto nos hayamos librado de todo ese maldito metal, las cosas volverán a ir bien de nuevo.

Por supuesto, ésta es tan sólo una parte de las enseñanzas de Lum. Profesaba también unas teorías muy firmes acerca de la necesidad de la intoxicación y el éxtasis («Hay que volar, chicos, hay que volar»), acerca del comportamiento ideal («no debemos hacernos marranadas los unos a los otros»), acerca de los límites que las sociedades no debían traspasar («haced que los polis os dejen tranquilos»), acerca de las ventajas de la educación, de la tolerancia y del respeto («no metáis vuestra sucia nariz en los asuntos de los demás»), acerca de la importancia de los testimonios sensoriales objetivamente determinados («yo sólo creo en lo que veo»), acerca del concepto de cooperación en el

seno de un sistema social («cuantos más seamos, más reiremos»), y acerca de casi todos los aspectos de la vida humana. Los ejemplos que acabamos de citar han sido tomados del Libro de las Fiji, donde están cuidadosamente reseñadas todas las enseñanzas de Lum.

En aquellos lejanos días del inicio del Nuevo Mundo, los fijianos se interesaron particularmente en la teoría de Lum según la cual el metal es malo de por sí. Siendo un pueblo de naturaleza aventurera y acostumbrado a largos viajes, emprendieron, bajo la égida de Lum, grandes expediciones, en el curso de las cuales arrojaban al mar todo el metal que encontraban.

En el curso de estas expediciones, los fijianos se ganaron numerosos discípulos de la ardiente doctrina lumista. Propagaron la destrucción del metal de uno a otro extremo del Pacífico e incluso hasta las orillas de las dos Américas, pasando por Australia y las junglas asiáticas. Sus hazañas han dado origen a multitud de himnos y relatos épicos, en particular el trabajo que realizaron en las Filipinas y, con ayuda de los maoríes, en Nueva Zelanda. Fue tan sólo en los últimos años del siglo, mucho después de haber muerto Lum, que pudieron cerrar el círculo visitando Hawai: habían logrado librar a las islas del Pacífico de casi las nueve décimas partes de su metal.

En el apogeo de su prestigio, aquellos orgullosos hombres conquistaron la mayor parte de las islas en las que hicieron escala. Pero eran demasiado poco numerosos como para asegurar la estabilidad de sus conquistas. Fue aquella una época en la que los fijianos reinaron en Bora Bora, en Raitea, en Huahine y en Oahu; pero las poblaciones locales terminaron o bien por absorberlos, o bien por echarlos. Por lo demás, generalmente respetaban las muy explícitas instrucciones que les había dado Lum respecto a las otras islas además de las Fiji: «Haced vuestro trabajo y luego largaos; y por encima de todo, no os quedéis merodeando por ahí y me agüéis la fiesta». Así terminaron las aventuras fijianas. Joenes, a diferencia de Lum, no nos ha dejado ninguna obra filosófica organizada, coherente. Apenas se preocupaba por la cuestión del metal. Desconfiaba de las leyes, fueran cuales fuesen, aunque reconocía su necesidad. Para él, la ley era buena cuando los hombres que la aplicaban eran buenos. Cuando la naturaleza de esos hombres cambiaba, lo cual a su modo de ver era inevitable, la naturaleza de la ley cambiaba también. En esos casos, no quedaba más solución que encontrar nuevas leyes y nuevos legisladores.

Joenes pensaba que el hombre debía tender con todas sus fuerzas hacia la virtud, pero teniendo al mismo tiempo conciencia de las dificultades que inevitablemente iba a encontrar en su camino. Tal como decía Joenes, la mayor de esas dificultades era que todo en el mundo, incluso el hombre y sus virtudes, cambia constantemente, obligando así a aquel que ama el bien a renunciar permanentemente a sus ilusiones, a buscar las modificaciones que se producen en él y en los demás, en pocas palabras, a convertir su vida en una búsqueda constante de una estabilidad provisional en medio de las metamorfosis de la existencia. Para tener éxito en esta búsqueda, Joenes señalaba que era preciso tener mucha suerte, lo cual es una cualidad indefinible pero absolutamente esencial.

Joenes hablaba de todo esto y de muchas otras cosas más; pero siempre hacía hincapié en las ventajas de la virtud, la necesidad de una voluntad activa, y la imposibilidad de alcanzar alguna vez la perfección. Algunos pretenden que, en su vejez, predicó una doctrina completamente distinta; diciendo que el universo era un horrible juguete construido por unos dioses malvados, y que este juguete era un teatro donde los dioses, para divertirse, escenificaban interminables obras en las cuales los actores eran los seres humanos, creados únicamente para este fin. Esos seres humanos eran hinchados con una especie de gas llamado conciencia, impregnado de virtudes y de ideales, de esperanzas y de sueños, de todo tipo de cualidades y de contradicciones. Luego les daban un problema para que lo resolvieran, y se divertían enormemente viendo

evolucionar por escena a aquellas orgullosas marionetas, embebidas en su propia importancia, convencidas de ocupar un lugar primordial en el universo, afanadas en probar su inmortalidad, dando cabezadas contra los dilemas que ellos les habían planteado. Los dioses se revolcaban de risa contemplando sus esfuerzos, y nada les divertía más que ver a alguna de aquellas pequeñas marionetas decidida a vivir honestamente y a morir con dignidad. Aplaudían a rabiar y se reían de lo absurdo de la muerte, la única cosa que hacía imposibles todas las soluciones del hombre. Pero aquello no era lo más terrible. Llegaría el día en que los dioses se cansarían de su teatro y de sus pequeñas marionetas humanas, y lo echarían todo a la basura y buscarían alguna otra diversión. Y entonces ni siquiera recordarían que una vez había existido algo llamado hombre. Este relato no es característico de Joenes, y no lo consideramos digno de él. Joenes permanecerá en nuestro recuerdo tal como fue en realidad, con la fuerza del orgullo y la madurez, predicando un mensaje de esperanza.

Joenes vivió lo suficiente como para asistir a la muerte del viejo mundo y al nacimiento del nuevo. Hoy en día, tan sólo las islas del Pacífico poseen una civilización digna de este nombre. Nuestra estirpe racial está mezclada, y entre nuestros antepasados muchos venían de Europa, de América y de Asia. Pero la mayor parte de nosotros somos de origen polinesio, melanesio y micronesio. El editor de este libro, que vive en la isla de Havaiki, cree que la paz y la prosperidad que gozamos actualmente tienen por causas inmediatas las reducidas dimensiones de nuestras islas, su inmenso número, y las grandes distancias que las separan. Debido a ello, un grupo aislado no puede esperar conquistarlas todas y, por otro lado, es sencillo para quien no le guste su isla natal evadirse de ella. Estas son ventajas que no poseen los pueblos continentales.

De acuerdo, tenemos también nuestras dificultades. A cada momento se producen guerras entre grupos de islas, aunque a una escala infinitesimal con respecto a las guerras del pasado. Las desigualdades sociales, la injusticia, el crimen y las enfermedades subsisten todavía, pero ninguno de estos males es nunca lo suficientemente grande como para provocar la aniquilación de nuestras sociedades insulares. La vida cambia, y estos cambios suelen ser a menudo para empeorar en vez de para mejorar; pero los cambios se producen hoy en día mucho más lentamente que en nuestro febril pasado.

Quizás esta lentitud sea debida en parte a la gran escasez de metal. Siempre ha sido escaso en nuestras islas, y los fijianos han destruido grandes cantidades. Se sigue extrayendo todavía algo del suelo de las Filipinas, pero es muy difícil ponerlo en circulación. Las sociedades lumistas siguen siendo muy activas: requisan todo el metal que encuentran y lo arrojan al mar. Somos muchos los que pensamos que este odio irracional al metal es algo deplorable, pero nadie ha encontrado aún respuesta a la pregunta que Lum hacía a sus discípulos, y que estos nos arrojan a la cara como si fuera un desafío:

—Chico, ¿has intentado tú alguna vez fabricar una bomba atómica con coral y nueces de coco?

En lo que respecta al final de los Viajes, eso es lo que se cuenta. Lum murió a la edad de sesenta y nueve años. Un día que dirigía a un grupo de destructores de metal, un gigantesco hawaiano que intentaba proteger una máquina de coser le fracturó el cráneo con un garrote. Sus últimas palabras fueron:

—Bueno, chicos, por fin voy a trepar al Gran Salón de Té en el Cielo donde manda el Alcahuete Mayor de Todos Nosotros, los pijos.

Su vida se apagó con estas palabras. Aquella declaración fue la última que hizo en materia religiosa.

Para Joenes, el final llegó de un modo muy distinto. A los setenta y tres años, visitaba la isla de Moorea, cuando vio a un grupo de indígenas agitando en la playa. Un hombre

de su raza acababa de embarrancar en la arena en una balsa; sus ropas estaban hechas jirones, sus miembros profundamente quemados por el sol, pero aún estaba con vida.

—¡Joenes! —exclamó el hombre—. ¡Estaba seguro de que lo encontraría de nuevo! Porque usted es Joenes, ¿no?

—Lo soy —dijo Joenes—. Pero me temo que yo no le conozco a usted.

—Soy Watts —dijo al hombre—. ¿Recuerda a Watts? Ya sabe, el ladrón de joyas que encontró usted en Nueva York?, ¿se acuerda de mí?

—Sí, lo recuerdo —dijo Joenes—. Pero ¿por qué me busca?

—Joenes, nuestra conversación duró tan sólo unos instantes, pero usted ejerció una profunda influencia en mí. Al igual que sus Viajes se convirtieron en su vida, para mí usted se convirtió en mi vida. No puedo explicarle cómo llegó esta certeza hasta mí, pero no pude resistirla. Mi misión era usted. Ya no tenía más que un destino en mi vida: usted, Joenes. Tuve gran trabajo en reunir todo lo que usted necesitaba, pero las dificultades de esa tarea no me arredraron. Fui ayudado, los más altos personajes me honraron con su favor. Y luego vino la guerra, complicando aún más las cosas. Tuve que recorrer de uno a otro extremo la arrasada América para reunir los objetos que usted necesitaba. Una vez terminada mi búsqueda, llegué a California. Desde allí me embarqué para las islas del Pacífico, y durante muchos años he errado de una a otra. Por todas partes me hablaban de usted, pero nunca conseguía hallarle. Aunque no perdí el ánimo. Para mantenerme pensaba en las dificultades con que había tenido que enfrentarse usted, y mis fuerzas volvían. Sabía que estaba usted trabajando en la creación de un mundo; yo estaba trabajando en la creación de usted.

—Me siento maravillado ante todo esto —dijo Joenes, con voz tranquila—. Tengo la impresión, señor Watts, de que usted no ha recuperado del todo la lucidez, pero no importa. Lamento haberle causado tantas molestias; ni siquiera sabía que me estuviera buscando..

—No podía usted saberlo. No, Joenes, ni usted podía saber que alguien o algo le estaba buscando hasta que este alguien o este algo lo encontrara.

—Exacto —dijo Joenes—. Pero ahora me ha hallado usted. Creo haberle oído decir que tenía una cosa para mí.

—No una, sino varias cosas. Las he conservado y cuidado escrupulosamente, ya que sabía que eran necesarias para rematar su creación.

Watts soltó de una banda enrollada en torno a su cuerpo un paquete envuelto con tela impermeable, que tendió a Joenes con una placentera sonrisa.

Joenes abrió el paquete, y encontró en él las siguientes cosas:

1. Una nota de Sean Feinstein, diciendo que había tomado a su cuenta el enviarle aquellas cosas y el haber elegido a Watts como agente. Esperaba que Joenes estuviera bien. En cuanto a él, había podido escapar del holocausto con su hija Deirdre, y actualmente se hallaba en la isla de Sangar, a dos mil millas de la costa de Chile. Había puesto un negocio que funcionaba bastante bien, y Deirdre se había casado con un industrial indígena de ideas liberales. Esperaba sinceramente que las cosas que le enviaba tuvieran para Joenes algún valor.

2. Una breve nota del doctor al que Joenes había conocido en el Asilo Psiquiátrico para Criminales Dementes. El médico observaba que Joenes había demostrado su interés por el enfermo que se creía Dios y que había desaparecido sin darle a Joenes tiempo de verle. Le enviaba en consecuencia el único texto escrito que el demente había dejado tras de sí: la lista hallada sobre la mesa.

3. Un plano del Octágono con el sello oficial del Cartógrafo y aprobado por las más altas autoridades. El Jefe del Octágono en persona había escrito de puño y letra: «Garantizado y definitivo». Se suponía que podía guiar a quien fuera hasta cualquier lugar en el interior del edificio, rápidamente y sin dilación.

Joenes contempló largo tiempo todo aquello, y su rostro parecía esculpido en granito. Quizá no se hubiera movido nunca más si Watts no hubiera intentado leer los documentos por encima de su hombro.

—¡Eso no es justo! —exclamó Watts—. Todo ese tiempo llevándolos conmigo, y no los he mirado ni una sola vez. Se lo suplico, mi querido Joenes, déjame al menos echarle una ojeada a la lista del loco.

—No —dijo Joenes—. Esas cosas no van dirigidas a usted.

Watts se puso furioso, y los nativos tuvieron que impedirle que se apoderara de todas aquellas cosas por la fuerza. Algunos sacerdotes indígenas, llenos de esperanza, se acercaron a Joenes, pero este retrocedió. Un profundo horror se leía en su rostro, y por un instante todos creyeron que iba a arrojarlo todo al mar. Pero no lo hizo. Los estrujó convulsivamente, y ascendió a la carrera el abrupto camino que conducía a las montañas. Los sacerdotes le siguieron, pero no tardaron en perderlo entre los densos matorrales.

Al volver abajo, dijeron a la gente que Joenes volvería pronto, que tan sólo deseaba estudiar a solas las cosas que acababan de serle entregadas. La gente esperó durante varios años, sin llegar a perder nunca la fe. Watts murió. Pero Joenes no reapareció.

Aproximadamente dos siglos después, un cazador en busca de cabras salvajes escaló las abruptas laderas de Moorea. A su regreso, dijo que había visto a un hombre extremadamente viejo sentado ante una caverna, con los ojos fijos en un fajo de papeles que sostenía en su mano. El viejo le había hecho señas de que se acercara, y el cazador había obedecido, no sin cierto recelo. Se dio cuenta de que la lluvia y el sol habían descolorido hasta tal punto aquellos papeles que eran absolutamente ilegibles, y que el viejo se había vuelto ciego, indudablemente de tanto leerlos y releerlos.

—¿Cómo lo hace usted para leer estos papeles? —preguntó el cazador.

—No necesito leerlos —dijo el viejo—. Me los sé de memoria.

Luego se levantó, penetró en su caverna, y por un momento el cazador creyó haber soñado.

¿Es cierta esta historia? ¿Es posible que, pese a su terrible edad, Joenes siga viviendo en aquellas montañas, reflexionando aún en los secretos de una época desaparecida? Y si es así, ¿tendrán aún algún significado la lista del demente y el plano del Octágono en nuestro siglo?

Nunca lo sabremos. Tres expediciones sucesivas se han dirigido al lugar: han encontrado efectivamente una caverna, pero ni la menor huella de una presencia humana. Los eruditos piensan que el cazador estaba borracho. Creen que Joenes murió loco de dolor al recibir demasiado tarde una información que debía ser de trascendental importancia; que se retiró lejos de los sacerdotes, y que vivió como un ermitaño con sus documentos inútiles, de tinta empalidecida por el tiempo, y que murió finalmente en algún inaccesible lugar.

Esta explicación parece razonable desde todos los ángulos; sin embargo, el pueblo de Moorea ha erigido un pequeño altar en el emplazamiento de la caverna.

FIN